



POLIEDRO
EDITORIAL
DE LA UNIVERSIDAD DE SAN ISIDRO

COLECCIÓN CANOA
FICCIÓN

ALGUNAS HISTORIAS DEBIDAS CUENTOS CON LOS QUE SE PUEDE CONTAR

JORGE ALBERTO PRADELLA



Algunas historias debidas
Cuentos con los que se puede contar

Jorge Alberto Pradella

Pradella, Jorge Alberto
Algunas historias debidas : cuentos con los que se puede contar / Jorge Alberto Pradella. - 1a ed. - Beccar : Poliedro Editorial de la Universidad de San Isidro, 2023.
Libro digital, PDF - (Canoa)
Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-48799-9-8
1. Cuentos. I. Título.
CDD A863

Colección Canoa

Ficción

Fotografías de portada: fotos familiares de Jorge Alberto Pradella

Diseño editorial: María Soledad Lohlé

Poliedro Editorial de la Universidad de San Isidro

Universidad de San Isidro Dr. Plácido Marín

Av. del Libertador 17175 Beccar (B1643CRD), Buenos Aires, Argentina



Poliedro Editorial de la Universidad de San Isidro es propiedad de la Fundación de Estudios Superiores Dr. Plácido Marín

Autorizada provisoriamente por Decreto PEN Nro. 1642/2012 conforme a lo establecido en el artículo 64 inciso "c" de la Ley 24521

Sobre el autor

Jorge Alberto Pradella

1971, un niño de siete años corretea por un patio de piso damero sombreado por una parra y perfumado por malvones.

Casi no hay autos que ensordezcan a la calle Ucrania. Es Villa Adelina, en San Isidro y, para él, aquello es el Universo.

No escatima la piel de sus rodillas en el fútbol callejero. Dicen sus amigos que juega bien arriba, pero no saben que pronto perderán a un jugador, porque aquel 4 de abril, día de su cumpleaños, su madre le ha comprado un regalo.

Bendita, bendita su madre.

Y el niño, aquella noche, con el humo de las velitas todavía flotando, recibe el paquete y rompe el envoltorio (así le han dicho las tías que se hacía con los regalos) y entra en su vida *Colmillo blanco*. Y sus ojos no hacen el primer contacto con el libro: lo hace su olfato, cautivado por la virginidad de las páginas. Acaba de cruzar un umbral y se ha extraviado. Para siempre. Jorge Alberto Pradella se ha extraviado para siempre en la literatura. Y allá quedará el fútbol callejero y la televisión y acaso algunos amigos. Y hasta hoy, su mundo de expresión ha sido la escritura: la hace y la enseña. No obstante, muchos años pasaron para que se animara a dar a conocer algo de lo que ha escrito, casi en secreto. En ese camino pasó la universidad, una maestría, muchos trabajos, hasta que le llegó el tiempo maravilloso de la docencia que, según él mismo dice (ante la pregunta siempre negará la frase): “es una absoluta impostura según la cual un sujeto recibe dinero por gozar de un placer y, en el mismo proceso, sublimar su pedantería, avalado por una institución”.

Y así, las aulas universitarias lo escucharon fabular acerca de Redacción y Gramática, Teorías del Periodismo, Semiótica, Análisis del Discurso, Introducción a la Investigación y Taller de Redacción, entre otras que jura no recordar. Y gracias a la inspiración (algunos prefieren llamarla compulsión) producida por la cuarentena, abrió su taller literario en línea, que cuenta ya con varios integrantes.

Índice

Prólogo por Jerónimo Biderman Núñez	6
---	---

PRIMERA PARTE: ALGUNAS HISTORIAS DEBIDAS

Hombres de antes	9
Con el viejo no	12
Génesis de un malevo	16
Hasta la muerte	18
Larvario	22
Los fantasmas	28
Con la vaina	31
La descarnada	34
Perro viejo	40
No me toque a mi madre	46
Mano a mano	51
Por un prestigio nomás	54
Sacrificio	60

SEGUNDA PARTE: CUENTOS CON LOS QUE SE PUEDE CONTAR

El maleficio de la clepsidra	64
Más allá de ahora	71
Siniestra simetría	76
Supervivencia	83
Verdadera historia del buen ladrón	110

Prólogo

Por Jerónimo Biderman Núñez¹

En “Algunas historias debidas. Cuentos con los que se puede contar”, Jorge Pradella recupera el maravilloso arte de contar cuentos. Con una prosa cuidada, profunda y sensible, el autor logra introducir al público en un mundo en donde, todavía, los seres humanos son protagonistas de las historias. Son ellos y sus sentimientos, sus miserias y sus pasiones. No hay personas perfectas ni demonios en las historias de Pradella: hay hombres y mujeres que pugnan por su honor y su deseada y desconocida felicidad. A través de dieciocho encantadoras y hechizantes historias, el autor nos conduce a un mundo cruel, en donde el honor se resuelve a punta de cuchillo, en donde es preferible reposar bajo tierra que renunciar a una disputa.

Situadas —en su mayor parte— en tiempos de la organización nacional, Pradella recobra la épica de los cuentos criollos, de machos y malevos, de indios y milicos, de pueblos, barrios y fronteras, de estancieros y peones, de viejos y laburantes, de batallas cuerpo a cuerpo, de esclavos y sus amos, de sacrificios por amor, de relatos sobre una historia —la de una patria— que se forja (Con el viejo no, Hasta la muerte, Génesis de un malevo, Con la vaina, Mano a mano, Larvario, Sacrificio, Más allá de antes, No me toque a mi madre, Por un prestigio nomás, Perro viejo). Pero el autor también ofrece cuentos en donde irrumpe la fantasía de los sueños, de los viajes en el tiempo, de aquello que aparece y se difumina en el tiempo, de mística y de fe, de egos y modernidad (El maleficio de la clepsidra, La descarnada, Los fantasmas, Verdadera historia del buen ladrón, Siniestra simetría, Supervivencia).

El lector se encontrará en este libro con escenas heroicas, dignas de epopeyas que ya no ocurren. Como en “Hombres de antes”, cuando en un esperado encuentro de guapos de pueblo, calle y pulpería, se da una mítica escena en donde el taita Ahumada le dice al valentón Villar: “Lo acompaño [...] No quiero que lo maten en ese entrevero porque tenemos un pendiente”, ofreciéndose así a acompañarlo a una batalla cuchillera con tal de que no se le muera su enemigo. Para él, tenía reservado su facón. Y no podría ser otro el que lo pasara a mejor vida. El honor estaba en juego. El libro de Pradella está repleto de escenas de este tipo, en donde el lector se encuentra, de pronto, reflexionando sobre el sentido de la vida.

¹ Director de Editorial Poliedro. Vicerrector General de la Universidad de San Isidro (USI).

Los relatos de Pradella ofrecen, además, un conjunto de expresiones y conceptos que están destinados a permanecer en la lengua popular. Por ejemplo:

- Dicen que uno o dos pueden mentir, pero que veinte o treinta digan lo mismo, con el mismo asombro, cristaliza una verdad destinada a la leyenda o a la superstición (Con el viejo no).
- Y había visto que todas las sangres tenían el mismo color y que se muere de la misma manera (Hasta la muerte).
- No creía en Dios, pero le pidió que le quedaran todavía muchas páginas por andar (El maleficio de la clepsidra).
- Desarmado, alzó los brazos, más para terminar que para pedir clemencia. Porque ya conocía con qué moneda pagaba la clemencia (Génesis de un malevo).
- El alcohol corta los frenos de la lengua (Con la vaina).
- No se ríe uno cuando achura a un cristiano (La descarnada).
- Entre lo veraz y lo falaz, existen hombres que hacen imposibles lo uno y lo otro a fuerza de coraje (Hombres de antes)
- Mama, yo por usted le peleó a un león (No me toque a mi madre).
- No, el casamiento para un hombre como él significaba lo mismo que la gayola (Por un prestigio nomás).
- [...] y el vino, aunque fuera un solo vaso, no lo emborrachaba, pero lo ponía triste, melancólico. O peor todavía: lo hacía recordar (Perro viejo).
- Un ego lastimado es tan doloroso como una fractura (Siniestra simetría).

Como se ve, el libro presenta un sinfín de historias de vida, que nos conducirán a lo más profundo del ser humano. Es un honor para mí prologar este trabajo de Jorge Pradella. Y, para Editorial Poliedro, es un honor inaugurar su espacio de ficción con un libro de esta magnitud. Que lo disfruten.

PRIMERA PARTE:
ALGUNAS HISTORIAS DEBIDAS

Hombres de antes

Evaristo Ahumada atravesó la calle en diagonal para cruzar sus pasos con los del hombre que salía de un zaguán: Ermindo Villar.

Se le paró enfrente, con las piernas abiertas, acomodando el cuerpo como para algo por venir y dijo a media voz:

—Tenga mano, Villar, lo vengo a buscar.

El otro chasqueó la lengua y dijo:

—Vea, Ahumada. No es el momento. ¿No me ve que voy apurado?

—Ningún compromiso lo justifica, Villar. Usted sabe a qué vine.

—Sí que lo sé, pero ahora no, Ahumada. Le juro que hago este trámite, vuelvo y nos batimos.

Hacía rato que se buscaban y se perdían como en un juego. Los dos, a puro filo, habían tallado bravas reputaciones en sus barrios y las famas habían comenzado a rozarse. Y la fama no tolera el roce, no sin irritarse. Y por eso Ahumada había dejado Villa Crespo para meterse en Palermo, el dominio de Villar: quería que un único gallo cantara en los dos territorios.

Ahumada observó la cara endurecida de Villar y coligió, por el tono, que no obraba así por cobardía. La mente de Ahumada, que tenía la medida de su facón, trazó un mapa preciso: Villar sólo podía rehuir a un duelo por la madre o por un hijo. Él no tenía ni una cosa ni la otra, pero comprendió que no había doblez en su rival. Por eso preguntó:

—¿Su madre o su hija?

Villar indagó la cara de Ahumada y captó que el tono de aquella pregunta demostraba verdadero interés. Entonces se dijo que él la hubiera formulado de la misma manera. Y le hubiese gustado que el otro le dijera la verdad.

—Mi hija. La levantó un gavión y la puso en la vida, con los Cuarenta. Yo de entrada protesté, pero ella me dio salida. Así que no me metí más, pero una sirvienta me batió la precisa de que está con el bombo. Y usted sabe qué pasa cuando una lora queda preñada. Así que la voy a sacar.

—No sé si le van a atender ese pedido, hombre.

—Y bue... entonces éste será el que pida —dijo el otro y mostró una culata.

—Lo acompaño, Villar —dijo Ahumada y mostró su arma.

—No lo necesito, Ahumada.

—Eso ya lo sé, pero no quiero que lo maten en ese entrevero porque tenemos un pendiente.

Villar asintió con la cabeza y se fueron.

La dupla imposible apuró y asombró a las calles en penumbra. Iban a grandes zancadas, embozados en sus cuellos alzados y sus sombreros requintados. No había contoneo, no había esa lisura al caminar que vende al hombre seguro de sí, porque llevaban apuro y, alguno, una angustia.

—Mi hija labura en la pieza de puerta verde —dijo Villar al llegar al lugar.

No hubo mucha diplomacia: entraron en el burdel a los tiros, hicieron pagar a justos por pecadores hasta que patearon la puerta verde.

Adentro encontraron a una bella joven con un hombre muy viejo que, aconsejado por la prudencia, se deslizó debajo de las cobijas.

Villar arrastró a su hija fuera del prostíbulo, del cual salieron sin resistencia: o nadie quedaba para hacerla o decidieron que una prostituta no valía tanta muerte.

En la fría noche las pantuflas de la muchacha se llenaron del lodo de las calles, hasta que se le perdieron y siguió descalza.

Llegaron a la puerta del zaguán y Villar la empujó hacia adentro.

—Metete, Rosa, después hablamos: ahora tengo una diligencia que hacer.

En silencio, los dos hombres ganaron la calle.

—Sea como sea que termine esto, le agradezco el aguante, Ahumada.

—Usted y yo somos una cosa, Villar, y otra son los hijos.

Las armas de fuego se apoyaron en los cordones de la vereda; los sacos colgaron de una verja; los lengües abandonaron los cuellos y blindaron precariamente los antebrazos izquierdos; los cuerpos asumieron la posición de la pelea, felina y tensa.

El remolino de aceros que sobrevino careció de testigos: de haberlos tenido y de éstos haberlo contado, se lo hubiese tomado como poema de leyenda o mito: entre lo veraz y lo falaz, existen hombres que hacen imposibles lo uno y lo otro a fuerza de coraje.

Solo sonaba algún resoplido y los tacos y suelas que, fieles a fintas y amagues, hacían su música de arrastres y frenadas, sobre el empedrado brillante de vapor.

De pronto el tintineo seco del facón que cae, que define la insignificante diferencia entre una destreza y la otra.

Ahumada vio la expresión de serenidad de Villar que, apoyada la espalda en un árbol, la respiración agitada, la camisa enrojecida, esperaba el epílogo de ese trance.

Villar no vio en la cara de Ahumada ninguna satisfacción, más se hubiese dicho que vio la expresión fría de un deber cumplido.

Ahumada alzó su facón tembloroso de esfuerzo. Allí enfrente tenía al hombre que empañaba su prestigio y que en esa pelea había dejado en claro por qué podía darse ese lujo. Ahora conocía cabalmente las prendas del que mandaba en Palermo. Buscó los ojos de Villar, que le decían: “haga lo que deba hacer, Ahumada”.

El acero se movió fulgurante, hendió la carne con presteza: ni de más ni de menos. Hay quienes dicen que esos cuchillos guardan un arte del ultimar que ni siquiera la mano que lo empuña conoce del todo.

Villar apretó los dientes, los ojos retuvieron el dolor. Nada de quejas, acaso se dijo. La mano, antes armada y dispuesta a dar muerte, ahora subía rápido y buscaba inútilmente detener la sangre efusiva que caía por su cara.

—Vaya y ocúpese de su hija, Villar. Usted sabrá qué decir sobre lo que pasó acá. A mí, con esta sangre me basta.

Con el viejo no

Le decían El macho y, por corpulencia y una biografía escrita a cuchillo, se lo consideraba temible. Sin embargo, consagraba hacia el barrio una feroz nobleza: aseguraba que por cariño a la gente (y se le creía) hacía lejos sus trabajos y no permitía que ningún fulano los hiciera en el vecindario. A cambio recibía, sin haberlo pedido, reverencial respeto, mesa fija en el almacén de la esquina y copas gratis, aunque nunca abusaba: una a media mañana y otra al anochecer, para entonarse, decía.

Don Américo Ramos, uno de los vecinos más queridos del barrio, vivía en una vieja y amplia propiedad en la calle Sucre, entre Húsares y Dragones, donde también funcionaba una fábrica de mosaicos, llevada adelante por sus cinco hijos.

El viejo, como le decían todos a don Américo, ya jubilado, se pasaba la tarde tomando mate en la vereda. Un defecto tenía nada más, que el cariño que le profesaban los vecinos atemperaba: de golpe soltaba gritos a imaginarios enemigos, invitaba a la pelea o se reía de sus contrincantes con chistes de tono subido. Y tal como comenzaba, se callaba y seguía con sus apacibles mates. Muchos decían que así había quedado su cabecita por pelear en la Guerra del Paraguay y que, ya en el umbral del siglo veinte, la mente del viudo seguía prendada de aquella carnicería.

Sus hijos lo idoltraban, en especial Marcelino, el mayor, que lo complacía en todo.

Una tarde, El macho, que por seguir a una joven, se había desviado levemente de su zona de operación, tomó por la calle Echeverría y dobló por Húsares, para luego seguir por Sucre, en dirección a Dragones. No hubo piropo que funcionara, la muchacha se metió en una casa y lo dejó con un palmo de narices. El compadre, que entre otras jactancias, alimentaba la de galán, para disimular, siguió caminando en la misma dirección, con su inveterado pavoneo. De repente oyó los gritos:

—¡Vamos, saquen coraje de dónde no lo tienen y peleen, bufarrones! ¡Tuvieron que correr, eh! ¡Dale, dale, que te quedaste sin aliento, porrudo!

El macho cruzó la calle y se acercó al viejo que lo insultaba y, señalándolo con el índice, le dijo:

—Mirá, te perdono porque sos un viejo, que si no...

De pronto don Ramos apresó la mano de El macho y mordió el dedo que lo apuntaba.

El otro gritó y soltó un revés de zurda. Cayeron don Ramos, el mate y la pava.

El agua y la sangre del viejo mojaban la vereda y un niño salía corriendo.

El macho sacó el facón y lo apuntó a la cabeza de don Ramos que, con mucha dificultad, trataba de volver a sentarse, casi ajeno a lo que había ocurrido: acaso el viejo había recibido la cachetada en las Lomas Valentinas o en Curupaytí.

El cuchillo volvió a su vaina. El macho se miró el dedo, escupió sobre la cabeza blanca y se alejó.

En la fábrica, los hermanos tenían el dato, pero se habían juramentado.

—No sabemos quién fue, Marcelino —aseguró Ramón—. Nadie lo vio y el viejo no sabe nada.

Un pibito rubio, de nariz aguileña y vivaces ojos azules se arrinconaba y se mordía los labios.

Marcelino captó eso, se dio vuelta hacia el chico y gritó:

—¿Quién fue, Coquito?

Los hermanos se deshicieron en gestos.

El chico abría grandes los ojos, buscaba la salida, pero la cara amoratada de don Ramos, el hombre que lo levantara de la calle, y la bronca que lo trabajaba, pudieron más que los gestos.

—¡El macho fue! —soltó apretando los puñitos— ¡No me la aguento más, El macho le pegó al viejo!

Había bastante gente en el almacén. El macho se acodaba en la ventana y disfrutaba de una primavera avanzada, cuando vio que un hombre bajo, ancho y de gesto airado, cruzaba la calle y le gritaba:

—¿Usted es El macho?!

—Dicen

—¡Conteste, mierda!

Los gritos de Marcelino atrajeron a los que andaban por ahí, los del kiosco de diarios, el lechero, algún vendedor de sábanas.

El macho se dio cuenta de que el petiso no andaba con vueltas y que no le tenía miedo. Y que la gente lo miraba.

—Yo soy El macho.

—¡Entonces salga rápido!

El macho se paró, se acomodó el saco y el sombrero. Necesitó cuidar mucho lo ceremonioso de su andar: apurarse equivalía a obediencia, retrasarse, a medro, que es lo mismo que decir miedo.

A la calle lo acompañó el ronroneo interesado de los circunstantes.

Ahí lo esperaba Marcelino que, enrojecido, se había arremangado.

—¿Qué asunto tenemos usted y yo, si se puede saber? —dijo El macho con solvencia.

—¿Usted le pegó a mi viejo, en la calle Sucre?

El otro fingió hacer memoria, como si recorriera una larga lista de hechos similares.

—Puede ser, me insultó.

—¿Por qué no me pega a mí?

La pregunta de Marcelino, que flotó y se hizo parada, activó la alquimia de la hombría y, enseguida, entre los del boliche y los de la calle, habían hecho ronda en la esquina. No había bandos, pero sí valoraciones: El macho juntaba prestigio, Marcelino, conocido por manso, admiración y alguna pena. Aquello prometía.

El macho se sacó el sombrero, lo puso con cuidado en el suelo, adentro metió el facón y el lengue y después se quitó el saco. Se arremangó y se puso en guardia.

Dicen que uno o dos pueden mentir, pero que veinte o treinta digan lo mismo, con el mismo asombro, cristaliza una verdad destinada a la leyenda o a la superstición.

Pelearon como fieras, nunca soltaron un grito, pero bufaron y se sangraron mucho. El macho aventajaba en tamaño y estilo, pero Marcelino lo resistía todo y sus manos de cemento pegaban fuerte; uno boxeaba, el otro tiraba zarpazos. Cayeron y se volvieron a parar muchas veces. Hasta que la rodilla de El macho ya no se despegó del empedrado.

Marcelino, jadeante, las manos ensangrentadas, la ropa en jirones, las piernas temblorosas, tomó aire y dijo:

—¿Tiene algo que decir?

El macho se paró y también tomó aire, estropeado.

—Que me dejé llevar.

Marcelino extendió la mano derecha y dijo:

—¿Terminamos?

El macho aceptó la mano tosca que había sabido hacerlo sufrir y la apretó muy fuerte.

—Terminamos

Algunos refieren esta leyenda de otro modo y en otro tiempo, con alguna cobardía o doblez y con algún matiz más veraz. El que narra no la vio, pero hay quien lo deja exornar, torcer algún pormenor, pero no mentir.

Génesis de un malevo

Llegó a Buenos Aires durante la primavera en la cual la ciudad se hacía capital de una nación que no era la suya. Llegó lleno de memorias que es lo mismo que decir cicatrices. Memorias de sufrimientos y derrotas; de dolores y pérdidas; de chuzas rotas, de soldados y fortines. Lo que no traía era el agradecimiento hacia el hombre que le salvara la vida.

Le revisaron las heridas y lo volvieron a curar. Él dejó hacer porque los muertos no cobran las cuentas pendientes. Oyó la palabra esclavitud, que no llegó a comprender, pero sí supo que se lo consideraba inútil.

En una casa llena de jardines, comió lo que le dieron, cuando le dieron, y cuando no, disputó el alimento de los perros. Fue mordido y mordió y fue azotado por lastimar a los animales.

Algo en él lo hizo sobreponerse: el deseo de revancha que su raza indómita le exigía. Y esa revancha tenía la cara de un hombre: el que le conservara la vida, en aquella rinconada final, en la Cañada de Bustos, para permitirle agostarla en ese infierno de muros y techos.

Cuando se tuvo parado, alguien le puso un hierro con mango en la mano y lo hizo hacer agujeros en la tierra y en ellos poner semillas. Y le dijo que sólo para eso lo podían usar. No lo hizo sentir bien, pero se fortaleció su muñeca.

Un día escondió el hierro con mango (del cual supo que su nombre era zapa) y lo reportó perdido. Lo azotaron y le quitaron el jergón en el que dormía.

Pronto supo que su cama la gozaba un mulato y fue a recuperarla.

El mulato se negó con una sonrisa radiante y exhibió un cuchillo.

Él, de su ropa extrajo la zapa afilada, y de su alma, una escondida destreza guerrera que le venía de la pampa y que ningún brío había cedido.

En tres lances el negro boqueaba sangre.

Levantó el cuchillo del muerto, saltó la tapia y ganó la calle, un lugar que nunca había pisado en los tres años de esclavitud (ahora conocía bien el significado de esa palabra) en aquella casa de señores. Corrió sin parar hasta que se le doblaron las piernas.

Ahora tenía menos que antes aunque se sabía libre. Pensó en ganar el desierto, que lo llamaba en alguna parte, pero necesitaba un caballo.

Y lo encontró uncido a un carro, vigilado por su chofer, que fumaba aburrimiento.

Golpeó y robó.

Ahora, centauro otra vez, dueño de su raza, sintió que todo lo podía. Usó las piernas para dirigir al animal, que no llevaba riendas y no tenía crines, pero el galope duró poco: el matungo, desmemoriado y acostumbrado a la tutela de las varas del carro, patinó en los adoquines, cayó, resolló fuerte y claudicó.

Se escondió en un galpón y escuchó al hambre que le hormigueaba las entrañas.

Decidió salir y humillarse por comida: sólo recibió empujones.

Golpeó y robó para comer un mendrugo infame de alguien más infame aún.

Golpeó y robo para procurarse algo de ropa de abrigo.

Vagó por meses mascando bazofias ajenas y odio de su propiedad.

Entonces mató y robó para comer algo mejor.

Y quiso hacer lo mismo, ahora para quitarle la ropa a un fulano que lo encontró con su elegancia.

Pero esta vez el otro sacó un acero y se defendió. La pelea se hizo brava. Uno a los hachazos, el otro con flores y fintas. Sin embargo no se dieron ventaja en medio de la noche casi desnuda de luz. Pero el oficio del atacado resultó mejor y de pronto el cuchillo que robara al mulato, rebotaba sobre las piedras de la calle solitaria.

Desarmado, alzó los brazos, más para terminar que para pedir clemencia. Porque ya conocía con qué moneda pagaba la clemencia.

El otro guardó el facón, sacó un arma de fuego y la puso en la frente del ladrón.

—Sos muy bravo, para ser manco —enfundó el revólver y agregó—: necesitamos gente como vos. ¿Cómo te llamás?

Su espíritu, trabajado por la venganza, le negaba su nombre. Le venían gritos y fogonazos; fragores de batallas y rendiciones; muertes y perdones impiadosos. Todo le venía, menos su nombre. O acaso no lo quería traer. Recordó de pronto qué nombre le daban en la toldería, pero se le impuso uno que lo encontró cargado de fijeza y de memoria.

Bajó los brazos, escondió el muñón y dijo:

—Bustos

Hasta la muerte

Nacieron el mismo día, pero bajo estrellas muy distintas. Tadeo: hijo del estanciero; Martín: hijo de un puestero.

Sin embargo Dios arrea a las almas de la forma que se le antoja y, por más que don Patricio, el dueño de la estancia, se propuso separarlos, entre Tadeo y Martín se forjó una amistad de acero.

La lejanía de todo pueblo los puso juntos en la escuela que funcionaba en la estancia, los juegos de muchachos hicieron lo demás.

El exceso de mimos y un existir fácil no habían ayudado a forjar el poco favorecido cuerpo de Tadeo; a Martín, la dura vida de campo le había impreso en su sangre el temple y la fiereza. Y esa fiereza lo puso a defender a Tadeo, que cuando lo buscaban, se escondía.

Y como antiguos caballeros, un día se juraron amistad hasta la muerte.

Y se hicieron jóvenes y Martín clavó sus ojos en Cecilia, la hermana de Tadeo, dos años menor. Toda su fibra varonil se estremecía ante esa jovencita: por bellísima y por imposible. Pero lo imposible enamora más que ninguna otra cosa.

Se lo dijo un día, y ella, con sonrojo, no contestó nada, pero ese silencio alimentó el fuego de Martín.

Al poco tiempo estalló la temida guerra con Paraguay y a don Patricio le hicieron ver que todos los hijos de buenas familias se enrolaban: aquello comprometía el honor. Pero don Patricio no lo quería a Tadeo en el frente. Entonces, del muchacho que no había querido como amigo para su hijo, le vino la salvación: se había enterado de ese asunto del personero y le pediría a Martín que reemplazara a Tadeo en una segura matanza.

—Yo voy, don Patricio, pero con una condición.

—La que necesites, muchacho, si es plata, te garantizo, tu familia quedará asegurada para toda la vida.

—No es plata, señor. Si vuelvo, usted me va a dejar cortejar a Cecilia, si ella me acepta.

La cara de don Patricio hablaba sola, pero había mucho en juego.

Apretó la mano del muchacho y selló el pacto. Confiaba en el destino.

Ver irse a su hijo a la guerra no le gustó al padre de Martín, pero el joven tenía su plan y pensaba cumplirlo.

Salió, no sin antes pedirle a Cecilia que lo esperara.

Ella sonrió y volvió a callar, pero él lo tomó como un juramento.

Cinco años de penuria, de balas y de matar para no morir. El hambre y la enfermedad. El llanto callado y el fuego. Y todos, en ese matadero, hablaban de la gloria que ganaban cada día, pero Martín tenía una razón más grande para encadenarse a la vida. No hubo herida que doblegara ese sueño que mitigaba todo dolor. Cada jornada en ese infierno le agregaba una posibilidad más de ganar el amor de Cecilia.

Un día nublado vieron llegar a un hombre curtido, vestido con uniforme, que cojeaba, llevando a su caballo de la rienda.

La madre, que no mira con los ojos, no necesitó salir del rancho: se arrodilló ante la virgencita a la que tanto le había rezado.

El padre no lo quiso avergonzar y se mordió los labios, firme debajo del alero, las manos apretadas a la espalda.

Pronto la noticia llegó a la casa principal de la estancia.

—Cecilia se ha comprometido, Martín. Sé que teníamos un trato, pero...

—*Tenemos* un trato, don Patricio —corrigió Martín.

—Ya no, muchacho. No se puede ir contra el corazón de una mujer.

Toda la guerra se le vino encima al hijo del peón. Todo el sacrificio se le hizo vano, pero no tenía más que eso para ofrecer. Lo había hecho antes y lo hacía ahora:

—Ahora soy mayor del Ejército Argentino, señor, nombrado en el campo de batalla. ¿Acaso eso no alcanza para pretender a su hija?

—No es eso, muchacho...

—¿Qué es entonces? —se airó Martín— ¿No soy digno porque soy hijo de un peón?

—No lo tomes así, hijo...

A Martín lo trabajaron los sentimientos. En la guerra, mucho le habían hablado del honor y de cómo él, un hijo de puestero, había demostrado más coraje que tantos otros que se decían venir de “casas patricias”. Y había visto que todas las sangres tenían el mismo color y que se muere de la misma manera. Y entonces entendió que su honor valía tanto como el del estanciero. Y entre esos sentimientos ganó el del orgullo herido. Y quiso lastimar donde más dolía, aquello que más había cuidado ese hombre ya viejo y por lo que él se había batido por cinco años. Quiso que otra sangre, ya no la suya, se derramara. Se puso firme y dijo:

—No se ha cumplido un compromiso, señor y exijo una compensación en el campo del honor. Y como usted es un hombre mayor, mi reto se extiende a su hijo Tadeo. Que él elija armas.

Hubo consejos amorosos de la madre de Martín, cosas sobre el perdón, que ella nunca supo si el hijo que la paz le había devuelto, escuchó.

Y un padre que quiso hablar de hombre a hombre bajo el árbol que los juntara tantas veces.

—Es tu amigo, tu hermano, hijo.

—Me han traicionado. Me he pasado cinco años peleando en lugar de Tadeo y me pagan con esta traición. Y ella... ¡No me cabe en el corazón!

—Reculá, hijo, te estás dejando llevar por la calentura. Vas a matar a un inocente y vas a vivir con esa sangre para siempre.

—No puedo, tata. Si ahora reculo, ¿dónde quedará mi honor?

—¿No lo has probado lo suficiente ya? Nadie tiene que saberlo. Don Patricio va a estar feliz de guardar el secreto.

—¿Y yo cómo duermo con eso, eh?

Hubo llantos y ruegos y una hermana que proponía romper un compromiso, pero nada detuvo a Tadeo, que veía puesta en duda su hombría.

—Hijo, te va a matar —dijo don Patricio—, ese muchacho sabe bien cómo usar las armas.

—Ya bastante he hecho el cobarde, papá. Dejame alguna vez decidir.

—¡No, hijo, no! ¡Razonemos con él! ¿No son como hermanos?

—Ya no, papá, ahora somos enemigos.

Cuando Martín caminaba rumbo al lugar señalado, entendía que había llevado las cosas a un lugar sin retorno. Su decepción lo había empujado a un duelo inútil. Y ahora mataría a Tadeo. *Debía* hacerlo. Y bien conocía que su amigo no representaba peligro: apenas sabía empuñar un cuchillo. Tanta facilidad lo hizo vacilar. Lo turbaba la idea de una ejecución. Pero la perfidia de Cecilia volvió a encenderle el furor. Y no podía matarla a ella.

El sol de la madrugada se escondió, cansado de tanta historia repetida.

Los padrinos cortaron los precintos de la caja, cargaron las armas y las entregaron.

—A muerte, caballeros —dijo uno— Veinte pasos.

Los duelistas, que se veían por primera vez en cinco años, asintieron con la cabeza y se dieron la espalda.

Los pasos terminaron, los hombres giraron dispuestos a matarse y sonó el primero de los estallidos.

El eco del disparo no se había extinguido todavía, cuando se oyó, contra el suelo húmedo, el golpe sordo de la pistola humeante que dejaba caer Tadeo, cuya mano inexperta había cometido su yerro único y acaso último.

Martín miró a su amigo que, con el pecho urgente, de recién adquirida valentía, enfrentaba gallardo la rúbrica de aquella trágica historia.

Echó atrás el percutor y se puso el caño en la sien.

Larvario

Hacer tarea de corralero, hembraer bolsas y cuidar los jardines no iba con él. Eso era cosa de peones y gringos. Entonces, Mateo Ayala, domador y resero, de entrada sonrió. No quiso ver y prefirió pensar que el patrón se había puesto de acuerdo con el capataz para tomarlo para la chacota. ¿Desde cuándo la hacienda va a estar encerrada? ¿Cómo que ya no hacen falta reseros para repuntarla?

Mateo Ayala tampoco quiso ver a la gente poniendo postes y estirando alambres. Hizo como que no pasaba. Cuando abrió los ojos ya era tarde: el alambrado lo había atropellado y revolcado en una realidad que se le escapaba de las manos. Manos que sólo tenían dos habilidades: el cuchillo y la rienda. Y ahora juntarían ocio. Y el ocio nunca fue buen compañero para el paisano. Sin embargo, no aceptó las tareas que le propusieron porque había que estarse fijo en un lugar. Y eso no es para un resero, porque para él andar pampa no significaba un trabajo, sino una necesidad. Necesidad que, no atendida, se le haría queresá en las entrañas, hasta el dolor. Dolor que lo haría juntar inquina y eso aconseja mal y conduce a la muerte. Muerte del otro, a quien se le busca pendencia para ganarle el duelo y escupir el malestar, pero por sobre todo, para ver caer a alguien en mayor desgracia que la de uno.

No obstante Mateo Ayala escuchó algún consejo y vendió su tropilla de un pelo. Nada más se quedó con su flete favorito, que aperó y rumbeó para las orillas de Buenos Aires, para buscar en algo en qué ocuparse.

Media jornada anduvo, al paso, como no queriendo llegar. Pero no se puede no llegar si se anda. Y al final, se le cruzó Buenos Aires.

Respiró profundo y se decidió a buscar trabajo.

Todos lo miraban raro cuando se quitaba el sombrero y se lo ponía en el pecho para contarles cuáles eran sus oficios. Ni él mismo supo si se descubría por respeto o para proteger su corazón de los que se burlaban de sus habilidades: algunos le dijeron que tenían unas gallinas batarazas muy bravas, que si las quería amansar; otros lo mandaron a arrear ratones.

Primero pensó en vender su cuchillo, pero lo había forjado su padre y le había hecho un precioso cabo de vena de yeguarizo. No pudo: sin él se sentía desnudo. Entonces con dolor se separó de su potro, después de todo, en esos encierros que por ahí llamaban calles, no había gente de a caballo. Se lo vendió a un aguatero. Se quedó con su apero porque nadie quería pagar por algo inútil y, además, lo sentía como un lazo que lo ataba a su vida anterior.

Lo puso de colchón en el catre de la pieza de La Vascongada, una pensión rotosa, pero la única que podía pagar.

Pronto lo abismó la angustia y así vivió inseguro hasta que entre el alquiler y la costumbre de comer, se le ventilaron todos los billetes del cinto. Y no conseguía empleo. ¿Nadie sabía valorar el oficio de un buen hombre de campo?

Un día un milico lo detuvo y, con la macana, le golpeó el facón, que lo llevaba cruzado en la espalda.

—¿Usted se cree que esto es el campo, hombre?

Mateo primero sintió que la mano se le iba sola al envenado, pero pensó y se lo quedó mirando al policía. Y le vino la imagen de su padre, que por plantársele a los milicos, se había ganado un viaje a la frontera, a pelear con los indios, de dónde nunca había vuelto. Y casi le gustó la idea, de no recordar que en ese fin de siglo ya no había indios y no había frontera.

—Si quiere usar eso vaya al matadero que andan necesitando gente —siguió el policía—. Si se lo veo otra vez en el cinto, lo meto preso.

Las palabras del policía hicieron yunta con las del dueño de la pensión, que le había dicho que si en una semana no pagaba, lo echaba a la calle.

Se negó a ir al matadero. Un animal se mata nomás por necesidad, en medio de una arreada, esa vaca vieja que no aguanta el tranco, pero no como un vicio, como si uno fuera un tigre cebado. Eso de matar a sueldo no iba con él.

Aquella mañana fría y de llovizna, no tuvo tiempo de nada. Cuando se quiso defender de los palos que le encajaban, ya tenía la boca llena de sangre y del barro de la calle. Y sobre él caían apero, facón, alpargatas, sus pocas ropas y su matra.

Buscó entender y nada más vio al dueño de la pensión que, acompañado de otros dos, sonreía con una cara que a él se le antojó de jarana.

—¡Te dije que si no me pagabas te iba a echar a la calle, vago!

—Pero, don Arrieta, yo no soy vago y le voy a pagar.

—¡Qué no vas a ser vago, vos! —Arrieta amagó a darle un revés y agregó—: ¡Andá, andá, rajá antes de que me enoje en serio!

Mateo no contestó nada y se paró como pudo: no porque sintiera dolor —un domador de lo que más sabe es de dolor—, sino porque las miradas de la gente que pasaba, entre admonitorias y divertidas, lo paralizaban de vergüenza.

Entonces, si Mateo Ayala hubiese sabido que esa infección que le crecía en el alma se llamaba resentimiento, acaso hubiera interpuesto sus virtudes para curarla, pero no supo y la pudrición quedó ahí, creciendo como una deuda, un pendiente.

Amontonó sus cosas dentro de la matra, se calzó las alpargatas y levantó el apero. Lo miró y con furia lo revoleó. El cuero y sus partes rodaron por una barranca, pero él no se enteró. Después encaró al matadero.

—¿Y usted sabe manejar un cuchillo? —dijo un tal Mazzari, con voz humosa— ¿Sabe matar un animal?

—Algo

—Le voy a traer un cuchillo, a ver qué hace.

—No hace falta —dijo Ayala y rebuscó el facón en la matra—. Márqueme el animal.

Cuando Mazzari, que resultó ser el capataz (otra vez un capataz, esa maleza que crece en toda tierra), lo vio ultimar a una res de un solo corte, solvente y limpio, no lo dudó un instante y lo puso a prueba.

No había el cobijo de un cielo infinito, no había fogón ni guitarra, pero había paga segura, buena comida y un lugar donde dormir. Y la virtud de su facón seguía intacta.

La luz eléctrica no daba trabajo y no faltaban mujeres pagas. Sin embargo el dolor de andar apeado todavía le agriaba el carácter.

Una tarde se sintió incómodo porque el plazo de prueba ya se había cumplido de sobra y todavía no tenía una palabra en firme. Se calzó el cuchillo a la espalda y pidió permiso para hablar con el patrón. No le gustaba matar a sueldo pero necesitaba un trabajo seguro.

El capataz se alzó de hombros y le señaló una puerta.

Cruzó el patio llenando sus alpargatas con barro de sangre.

El dueño del matadero se movía lento. Vaya a saber qué enfermedad tenía, pero los ojos de huevo duro le relucían con veloz avaricia.

Mateo Ayala hizo su postura.

El viejo se lo quedó mirando y, cuando iba a abrir la boca para contestar, entraron tres tipos vestidos con sacos negros, blancos pañuelos al cuello, pantalones ceñidos a las piernas y sombreritos requintados. Uno de ellos mostraba un revólver, los otros dos, cuchillos.

Yo le escuché decir alguna vez (entre risas y cuando él era el jefe) que aquello lo había hecho menos por defender al patrón, que por la molestia de que le hubieran interrumpido su reclamo.

Lo cierto es que el cuchillo de Ayala salió como una luz y se envainó en el vientre del ladrón que llevaba el revólver. Después el acero fue a armar la guardia para enfrentar a los otros dos que, con poca convicción, esgrimían sus facones.

El patrón vio como tres fieras se agazapaban y se movían en un círculo de muerte. Esperaban el primer movimiento del otro para lanzar su mejor golpe.

Y así fue. Y uno de los tres hincó las rodillas porque el aire se le metió directo a los pulmones por la garganta abierta y eso no lo tolera el cuerpo, que se retoba y muere.

No hubo otra cosa más que un insulto y un escape.

Ayala limpió el cuchillo en el pantalón y lo devolvió a la espalda.

El viejo lo miraba fijo, muy serio. Le latía un párpado y ahora en los ojos veloces de avaricia, relucía una idea que enseguida pasó a la boca.

—Vos estás para otra cosa, Ayala.

Y Mateo Ayala descubrió otro mundo, uno que corría como un arroyo secreto, debajo de su realidad. Cambió su forma de vestir, usó un bigotito fino y escondió el facón en la sisa (porque no renunció a cargarlo, a pesar del arma de fuego). Se negó a bailar con otros hombres eso que algunos llamaban habanera y otros preferían decirle tango. Conoció nueva gente. Gente que hablaba de él con respeto y algún temor. A media voz se comentaba sobre su velocidad con el acero y su temple para sostener el revólver. El Taita Ayala le dijeron. Y tuvo que aprender palabras nuevas de una lengua que él creyó secreta del ambiente en el que se movía. Y eso lo hizo sentirse parte de algo, por primera vez, desde que vendiera su tropilla de un pelo.

Lo pusieron de guardaespaldas del hombre de los ojos de huevo duro, que se llamaba Ranieri. El tipo tenía enemigos porque hay gente que se molesta cuando les roban los animales para

carnearlos. Caminaba detrás de él, a cinco pasos, porque otros dos se movían pegados al viejo: tenían más categoría o los creían más valientes.

Hasta que hubo un entrevero: los custodios escaparon y, Ayala, herido de bala por cubrir al patrón, se cruzó a los tiros y mandó a boquear al otro mundo a tres fulanos.

Entonces, cuando se levantó de la cama, marchó pegado a Ranieri.

Ganó una cicatriz que le bajó un párpado y su fama de implacable creció y tuvo gente a cargo, hasta que Ranieri lo puso al mando de una timba y lo dejó hacer sus negocios. Allí atendía a la gente. Algunos pedían trabajo, otros justicia: que no me paga lo que me debe, que hace ruido de noche, que a mi hijo no me lo atienden en el hospital.

Él sonreía, recordaba el alambrado y daba órdenes a sus hombres para enderezar los entuertos: Ayala mandaba desde una mesa.

Su mundo se había ampliado, pero la infección que había dejado crecer en su interior seguía produciéndole una leve molestia. No conocía el motivo, pero le picaba, no mucho, pero le picaba.

Hasta que una noche vino un muchachito flaco y con cara de pedir permiso. Le contó que había ganado a la quiniela, el noventa y nueve a la cabeza, pero que el quinielero no le pagaba porque decía que era mucha plata.

Ayala se rió, hizo un gesto y uno de los suyos se acercó.

—Che, ¿qué salió a la cabeza anoche?

—Los hermanos, don Ayala.

—Decime —se dirigió al que reclamaba—. ¿Dónde vive el *quía* ese que no te quiere pagar? Voy a mandar a alguien.

El otro le indicó la dirección.

Ayala alzó las cejas y dijo:

—Vení mañana a la tardecita a buscar tu guita, pibe.

Ayala, acompañado de dos de sus hombres, llegó a la dirección que le indicara el muchacho. Se detuvo un instante. Después dejó la calle y, para sorpresa de sus acompañantes, se metió entre los árboles y los pajonales y desapareció en el barranco.

Buscaba con la mirada y encontraba: allí en el zanjón, después de tanto tiempo, un apero, enredado entre las cortaderas, se podría de puro silencio y pasado.

Volvió a la calle, le dio el revólver a uno de los hombres, palpó el envenado, se requintó el chambergo y entró solo, a sacarse una picazón, en la pensión La Vascongada.

Los fantasmas

En lo que iba del mes, había ido a golpear esa puerta seis veces y nunca lo habían atendido. Aquella séptima vez, los goznes chirriaron y apareció la cara macilenta de Elisa, que en la cadera cargaba a su hijo de no más de un año.

El hombre se descubrió con inusitada velocidad, como si esa situación formara parte de alguna obra de teatro, una tragedia o tal vez mejor, un sainete.

Ella lo miró largamente y a los paquetes que cargaba. Y decidió que no quería tratos con fantasmas.

Él entendió que había interrumpido algo, acaso un llanto o un sufrir seco, de esos que matan de a poco y en silencio.

Ella lo odió fuerte, sin embargo, creyó que si lo dejaba hacer, ese fantasma se iría. Así que le hizo un gesto con la mano en dirección a una mesita que se ubicaba ahí cerca.

Él dio un paso largo y puso los paquetes sobre la mesa, luego rebuscó en el bolsillo y agregó un fajo de billetes arrugados.

—Hay un pollo, verduras y unos churrascos y un poco de... —dijo él sin mirarla—. Bueno, el mes que viene vuelvo.

—No lo quiero ver nunca más.

Ruiz iba a decir algo, pero asintió, se encasquetó el chambergo y se fue sin saludar.

Salas volvía del taller cuando vio a Ruiz, un viejo compañero de andanzas que cruzaba la calle para encontrarse con él. Aunque buscaba alejarse de lo que los unía, no pudo evitar alegrarse y se detuvo para esperarlo.

—¿Qué decís, Salas? —dijo Ruiz.

—Y acá me ves, vengo del yugo.

—¿Podemos hablar?

El otro asintió con la cabeza y dijo:

—Vamos a mi casa.

Entraron y se quedaron en una pequeña salita, una suerte de ante-comedor, en la cual apareció una mujer bonita, de delantal, de andar doméstico.

—Él es un antiguo amigo, Elisa, Héctor Ruiz.

Ella le estrechó la mano con una sonrisa que no pudo esconder del todo su desconfianza. A las mujeres que aman el pasado las amenaza.

—Traete una cañita, Elisa, por favor.

Cuando la mujer se alejó, Ruiz tomó la palabra.

—La cosa es con Hilario.

Salas cerró los ojos y suspiró.

—¿Qué hay con Hilario?

—Se hizo el *taura* en un boliche muy pesado, apostó *a la gorda* y perdió. Si pasado mañana no *garpa*, es *boleata*.

—Pero yo, Ruiz, entre el alquiler y las cuentas, le peleo el *morfi* a las ratas. ¡No tengo para prestarle! ¡Te juro que de tener, le doy, pero...!

—No, Salas —interrumpió Ruiz con una sonrisa—. Lo que tiene que pagar no lo *acamalamos* ni en una vida. Nos necesita para un *yeite fetén*, tenemos un dato preciso.

En ese momento entró Elisa con dos copitas en una bandeja. Sus ojos se pasearon por los de los hombres, pero se detuvieron un instante más en los de Salas. Había más ruego que recriminación en esa mirada.

Salas esperó a que la mujer desapareciera y dijo con tono de tristona disculpa:

—Yo ya no ando en esas cosas, ya lo sabés. Me casé y...

Ruiz, con tono cargado, dijo:

—Se la debés a Hilario, Salas.

En una llamarada, lo ocurrido un par de años atrás, se le hizo presente a Salas.

Recién ingresado en el penal, algunos decidieron que para marcar cancha se quedarían con su plato de comida. Salas no tenía por costumbre achicarse, así que tiró la comida al piso, levantó una cuchara de la mesa como toda arma, se apoyó en la pared y se preparó a batirse. Pero cuatro se le harían cuesta arriba. Los guardias, bien, gracias. Muy rápido aparecieron

cuchillitos y aquello hubiera terminado en un cajón para Salas, si no hubiera aparecido Hilario Espósito, un desconocido que le puso en la mano una faca y se le pegó en la pelea. Los dos fueron a parar a la enfermería y allí arrancó una firme amistad que, al salir, los unió en el delito muchas veces. Hasta que Salas conoció a Elisa y decidió enderezarse. Entonces, sin rencores, pero con poco disimulado desprecio por parte de Hilario, se alejaron.

Ahora el fantasma de un pendiente aparecía.

—Sí, se la debo. ¿Dónde es el trabajo?

—En la carbonería de los Abdala —contestó Ruiz—. Es pan comido: entramos y salimos. Al vigilante que tenían, un viejo más jodido que la mierda, lo rajaron. Es esta noche.

Salas volvió a suspirar.

—¿Quiénes vamos?

—Nosotros dos, Hilario y el mulato Lorenzo —dijo Ruiz.

—No me gusta Lorenzo, es muy nervioso.

—Es el único que tiene *bufoso*.

Salas vació su copa de un trago y dijo:

—Voy con una condición.

—*Batí* —dijo Ruiz.

—Si llega a pasar algo, jurame que a mi familia no le va a faltar nada.

De pronto se oyó el llanto de un niño.

Ruiz hizo un respingo y no sin cierta sorpresa, dijo:

—¿Tenés un pibe?

El otro asintió.

Ruiz lo miró fijo y apoyando su mano sobre el antebrazo de su amigo, afirmó:

—Te juro que no les va a faltar nada, hermano.

Con la vaina

Lo que voy a contar es un dibujo de recuerdos ajenos que me fueron referidos en mi juventud, por alguien tan viejo como yo ahora. Y aquel hombre tampoco sabía muy bien cómo se habían forjado en él esas memorias.

Desde muy chico, Virginio Valencia había mostrado un prodigioso don: no había muchacho de su edad ni hombre hecho que le ganara una vistada. Su disposición para divertirse haciendo unos tiritos con quien se cruzara, ya se había hecho costumbre del caserío. En un principio su padre decía, con orgullo, que su hijo podía leer en la mirada del otro y adivinar sus intenciones. Es como si mi hijo pudiera saber cómo va a ser la pelea. Pronto el padre habría de arrepentirse de ese precoz orgullo: Virginio se hizo vanidoso y sobrador y comenzó a lucrar con su habilidad, apostando por sí mismo. Y poco tiempo pasó hasta que uno, enconado por la fanfarronada innecesaria, quiso cambiar los palitos tiznados por cuchillos y batirse a duelo de veras. Así Virginio aprendió que el sobrevuelo de la muerte hacía más hábil su muñeca. Marcó y ganó esa vez y muchas más, hasta que se forjó una reputación y muchos vinieron a quererla apropiarse.

Dormía poco, hablaba menos y su carácter se hizo oscuro.

Hizo su primera muerte y luego vinieron otras. Se cargó de hombros, se le frunció el ceño y se hizo matrero. No lo perseguía la justicia porque cada duelo había sido justo, pero la reprobación que Virginio podía leer en la mirada de su padre, lo obligó a alejarse de la población.

Se conchabó de guardaespaldas, se aficionó al alcohol y a las mujeres fáciles y se perdió. La violencia y el coraje lo apadrinaron a partir de ese día.

Peleó algunas guerras, ganó alguna cicatriz y asentó su fama.

Un día andaba aburrido por la zona de Navarro y se quiso probar, ponerse él en desafiante: hablaban de uno que usaba la daga con la derecha o con la zurda, con la misma habilidad.

Y Virginio le hizo un barbijo en la frente.

Así inició un camino sin sentido: encontrar al que le copara la parada. Sus mentas calificaban para leyenda y ya no encontraba quien se animara a probarlo.

En un almacén del Cantón de las Mulitas ganó una cuadrera y pagó unas cuantas vueltas a los presentes. El alcohol corta los frenos de la lengua y, uno que ya se había pasado de copas, lanzó:

—Usted será un gran cuchillero, pero no se compara con El calavera.

Virginio apoyó el vaso y se dio vuelta. No se agitan los hombres como él, pero la indiferencia se podía confundir con aceptación.

—¿Dice usted? —dijo Virginio sonriendo de lado—. ¿Y quién es ese Calavera?

—Es el facón más fuerte que haya pisado Navarro, Mercedes y la Villa del Luján, nadie lo empardó en el Bragado ni en Chivilcoy. En Trenque Lauquen dicen que les peleó a tres y se los cargó.

Virginio se sintió picado. Un aire de entusiasmo lo despabiló: si había tal hombre, debía enfrentarlo.

—No hay arma que le resista el golpe —siguió monologando el otro—. Una vez le bajó un hachazo a uno, que se cubrió con el rebenque, pero el cuchillo partió el cabo de fierro y la cabeza. Dicen que después endemonió su facón porque le mandó a hacer un crucero con el pedazo de hueso de la calavera. Y de ahí le viene el nombre.

—¿Y en dónde puedo encontrar a ese cristiano? —preguntó Virginio.

Ni ese hombre ni ningún otro supo o quiso decirle dónde encontrar a El calavera: como conjurados, se mantenían en reverencial silencio. Virginio creyó leer más temor que fidelidad en esas miradas.

No supo Virginio cuántos años buscó. Desanduvo todos los caminos conocidos, descubrió los ocultos y abrió nuevos, pero no encontró al hombre que ponía en entredicho la fama de su facón invencible.

Una noche, después de mucho preguntar, se arrimó a un fogón en el que churrasqueaban seis o siete hombres. Uno de ellos lo hacía en cuclillas, como listo para saltar.

Virginio, movido por la curiosidad, se le sentó al lado y se dio cuenta de que se trataba de un viejo reseco y flaco. Pudo ver un lado de la cara cruzada de arrugas, medio cubierta por la barba y el pelo blancos. Su mano huesuda se movió y apareció armada de un gran facón con el que acomodó el churrasco que humeaba en las brasas.

Virginio notó el extraño crucero que remataba la mellada hoja y la separaba del cabo. Superó un respingo inicial, se paró y preguntó con gravedad y calma:

—¿Usted es El calavera?

—Así dicen.

—Yo lo ando buscando hace tiempo.

—Ya me enteré —contestó el otro sin moverse—. Me anda buscando para pelearme.

—Sí, pero ya me estoy arrepintiendo, porque usted es un viejo.

—Yo no he llegado a viejo por manco —dijo el otro sin mirarlo—. Si quiere le doy gusto.

—Entonces párese de una vez.

El Calavera no se paró. Tan solo alzó la cara, que se coloreó con la caprichosa luz de la fogata, lo miró a los ojos y dijo:

—Sepa que yo no me ando con planazos.

Yo no sé qué habrá leído Virginio Valencia en esa mirada. Pero sí sé que dejó aquel fogón y nunca más se lo vio.

La descarnada

Avelino Tolosa, cuchillero mañoso, para cubrirse las espaldas se acomodó en el rincón más alejado: desde allí podía ver toda La Descarnada. Piso de tierra, mesas torcidas, griterío y humo de velas rancias y tabaco malo, dibujando almas en pena.

Ansina es nomás, se dijo. Pa'l criollo no hay más que estas pulperías 'e mandinga.

Abrió la botella de caña que don Atanasio, el dueño de la pulpería, dejara sobre la mesa. Del bagayo sacó el queso que había robado de la despensa del patrón: al que no quiere pagar lo justo, se le roba o se le pega un susto. Iba a cortar el queso cuando un tipo apareció de la nada.

—¿No me recordás, verdad? —dijo el aparecido con voz seca, y se acomodó en una silla.

Avelino levantó un poco el “panza de burro”, fingiendo interés. Vio la ropa vieja, el sombrero agujereado, la cara común y silvestre, piel arrugada, labios finos y resecos. Y unos ojos negros, muy negros.

Avelino arqueó los labios.

—A los únicos que recuerdo yo, son a los que he matado. Y que yo sepa, usted no está muerto.

—No, yo diría que no.

—Entonces —dijo Avelino y clavó el cuchillo en la media horma de queso—, hágase humo. No me he sentau acá pa' que me vengan a jorobar. ¡Mueva las tabas! No ando con ganas de tener otro pa' recordar.

—No coma ese queso y escuche. Le conviene.

—¿Y usted quién es pa' decirme lo que me conviene? —dijo Avelino, y cortó una rebanada—. Naidas sabe eso mejor que yo. Acá el único que no sabe lo que le conviene es usted.

—Veo que no querés recordar. Que te molesto. Hablemos.

—¿No conoce el respeto, usted? —preguntó Avelino mirando su cuchillo—. Me está cansando, amigo. ¿Anda buscando que lo manden al camposanto?

Hubo un destello en la sonrisa de dientes blancos y separados.

—Vos —dijo el tipo, y negó con la cabeza—, no podés hacer eso conmigo, Avelino...

—¡Qué no puedo!

Avelino empujó la mesa, tiró la silla y, en un solo movimiento, empuñó el cuchillo y lanzó el tajo directo al cuello. No sintió roce, ni sintió el freno blando de la carne. No había cortado nada. Imposible: él no pifiaba jamás.

El tipo le clavó los ojos. Avelino miró a su alrededor. Nadie se había movido. Cada uno seguía en la suya. Se quedó parado ahí, mirando como el otro se paraba y le decía:

—No has aprendido nada, Avelino Tolosa. En fin. Me voy.

—Sí —dijo Avelino con la voz clueca por un miedo que no entendía—, mejor andate. Te has salvao porque estoy medio chuco, ¡que si no...!

El otro le dio la espalda. Lento, muy lento, pasó entre las mesas y salió de la pulpería.

Avelino se acomodó otra vez y metió la rebanada de queso en la boca. ¡Qué gusto ‘e mierdal, se dijo. ¡Mucho patrón, mucho patrón, pero ni un queso como la gente tenía ese gringo piojoso! Cortó otra rebanada y la masticó aguantando el mal gusto, mientras pensaba en lo del cuchillo: nunca la había pifiado tan fiero. Debía cuidarse un poco más con la bebida.

Tragó a la fuerza otros dos pedazos, apuró el último trago de caña para sacarse el mal gusto y encaró la puerta. Mareo no tenía. ¿Y entonces por qué no había tajeado? Pasó frente a Atanasio y se tocó el ala del sombrero.

Salió a buscar a su flete. No lo vio. La noche, tumba abierta, dormía. ¿Y los grillos? ¿Y los sapos? Avelino no pudo ver más allá del alero, iluminado por un farol destartado. Sintió que la niebla, cerrazón espesa, tenía ojos, lo miraba. Un súbito pánico que desconocía le llenó de sudor las alpargatas.

Se dio vuelta para entrar en la pulpería. No pudo abrir la puerta. ¡Pero si esta puerta e’ mierda ni tranca tiene! Golpeó. Tironeó. Golpeó.

—¡Eh, Atanasio, abra! ¡Vía dormir adentro! ¡Abra, carajo!

Silencio. ¿Por qué no se escuchaban los trucos, las risas, los eructos?

—¡Abrí, Atanasio, porrudo ‘e mierda!

Hubiesen arrancado un árbol los sacudones que le daba a la puerta. Avelino tiró y tiró hasta que el clavo de la manija se le encajó en la mano.

—¡La puta que lo parió! —se apretó la muñeca y se puso debajo del farol: no había herida.

En la oscuridad, hundida en la neblina, se oyó un ulular cansado, de gargantas huecas, llenas de polvo, de desierto.

Por instinto, por maña, no por coraje, Avelino sacó el facón. Le temblaba en la mano, y se le cayó cuando a su derecha oyó una voz antigua, lejana:

—Eso no te va a servir de nada.

Reconoció la voz de aquel hombre desconocido, que ahora se acercaba cubierto con una capa negra y una capucha. La cara le refulgía.

—¿Quién sos vos? —Avelino retrocedió—. ¡El diablo sos vos!

—No, Avelino, no. Hay quienes me confunden con él. Y es porque él tiene muchos tratos conmigo. Sin embargo me quiere bien lejos. Porque hasta él le tiene miedo a mi libreta. Sobre todo porque yo tengo una paciencia inextinguible.

En la negrura se movían bultos. Algo se arrastraba.

—Ellos vienen a buscarte, Avelino —siguió el desconocido señalando a la oscuridad—. Ellos te necesitan.

De las tinieblas, envueltos en una bruma fosforescente, surgieron docenas de cuerpos. Se acercaron gimiendo, tambaleantes, los brazos colgantes, vacilantes las piernas. En esas caras —si se las podía llamar así —, asomaban los huesos, serpeaban gusanos en los ojos ahuecados, las encías ennegrecidas, las lenguas rezumando baba. Dejaron de arrastrar los pies a pasos del alero.

—¿Ves a alguien conocido entre ellos? —dijo el encapuchado.

—¿A quién tengo que conocer yo? —contestó Avelino, alzando un hombro.

—Vos mismo los mataste, Avelino. ¿Cómo no los recordás?

—No, que vía recordar.

—Pero vos dijiste que a los únicos que recordabas eran a los que habías matado.

—¡Yo no conozco a ninguno!

El otro soltó una risita burlona.

—La historia del hombre se hizo de olvidos y de agachadas, Avelino.

—¿Qué es lo que querés?!

—¡Que te acuerdes, Avelino! ¿Ves? Ese de pantalones a rayas, el tendero sirio. ¿Te acordás?

—¡Turco ‘e mierda! No me quiso fiar. ¡Yo le iba a pagar!

—¿Y lo mataste por eso?

—Usted no sabe lo que es el vicio, ¿eh? La caña...

—¿Y a aquel otro, el de camisa roja? El mercachifle.

—Yo..., me gustaba ese apero labrado. Y no me alcanzaba la plata.

—Mmmh... Avelino. ¿Podés contarme algo de éste? —dijo el desconocido, y un hombre alto y corpulento, que llevaba una guitarra, se separó del grupo.

—¡A ese lo maté mano a mano! ¡Mano a mano lo maté!

Un viento blando, desvaído, sacudió los harapos de los espectros.

—Él dice que no. Que lo esperaste en la oscuridad.

—¡Me calenté! ¡No quise matarlo! ¡Él me provocó!

—Puede ser: se llevó a la *guaina* que tanto te gustaba...

—¡Eso, eso fue! ¡Cualquier hombre hubiera hecho como yo! ¿O no?

—No sé —dijo el otro golpeando el piso con algo que escondía entre su capa y que Avelino no alcanzó a distinguir—. Matar por la espalda...

—Bueno, yo... ¿Cómo iba a...? ¡Mire lo grandote que es!

Entre aquellas ánimas se movió un cuerpo más pequeño, aniñado. Y se acomodó delante del grupo.

—¿Y a éste por qué, Avelino?

Avelino levantó el cuchillo y dio un paso atrás. No había quijada en esa cara: la lengua colgaba, una corbata podrida. Avelino dio vuelta la cabeza y miró al desconocido. Tiró el facón, que se enterró en el piso: una cruz brillando bajo la luna.

—¡Usted no sabe lo que es estar meses sin una china! —Avelino señaló al muchachito—. ¡Él, él!

—¿Qué? ¿Se negó?

—¡Me amenazó con el rebenque!

—¡Qué gurí terrible, Avelino! ¿Y por eso lo mataste?

—¡Sí! —gritó Avelino y cayó de rodillas—. ¡Lo maté pa' que no hablara! ¡A todos los maté, sí!

El desconocido dio unos pasos y se paró frente a Avelino ocultando la poca luz que daba el farol. Apestaba. Hedor de matadero abandonado.

—Sí —dijo—, y no sos el único que ha matado a traición en la frontera. Pero te voy a recordar algo que te enseñaron: “No se ríe uno cuando achura a un cristiano”. ¿Quién te enseñó eso, Avelino?

—¡Mi tata, mi tata! —lloró quebrado Avelino— ¡Mi tata fue!

—Y vos no lo escuchaste. Nunca supiste escuchar. Esta noche yo quise hablarte, y no me dejaste. ¿Te acordás, Avelino? Y ahora podrías estar adentro, sentado a la mesa.

—¡Quiero, ahora quiero escuchar! —Avelino juntó las manos—. ¡Ayúdeme, don! ¡Perdóneme, don! ¡Dígales!

Un rumor de gorgoteos le llegó desde la tribu de muertos: todos lo miraban ávidos.

—No, Avelino, yo no sé salvar. Y ellos te reclaman para que ocupes tu lugar.

—¡Nooo! —Avelino se paró y pegó la espalda a la pared de la pulpería—. ¡Si yo no estoy muerto!

—¿Cómo sabés eso, Avelino? —dijo el desconocido riendo.

El otro se miró las manos, se tocó las piernas. Comprobaba.

—Otra cosa que no aprendiste, Avelino: no hay que robar, y menos de una despensa donde se combaten las ratas.

—¡Aaah! —Avelino se pasó las manos por la garganta—. ¿Y quién sos vos?

—¿Yo? —dijo el desconocido mientras la carne de su rostro desaparecía con un resplandor—. ¿No te has dado cuenta? Yo —dijo y señaló con la guadaña—, yo soy la paciencia inextinguible.

Perro viejo

Argentino Morales sólo tomaba caña o grapa. En la frontera nunca había habido otra cosa, y el vino, aunque fuera un solo vaso, no lo emborrachaba, pero lo ponía triste, melancólico. O peor todavía: lo hacía recordar. Sin embargo, la copita de grapa le había abierto el corazón y una mano tozuda se encarnizaba en clavarle los dedos en la memoria.

Hacía ya dos meses desde que don Abdala lo había echado de la carbonería. Sí, lo había echado.

Y todo porque había despachado a un ladrón. ¿Y si no, para qué le pagaban? ¿Para espantar? Los espantapájaros sirven para eso. Él se ocupaba de que no robaran, ese era su deber y, si para cumplirlo tenía que ponerse bravo, lo hacía. Además, esa última vez, cuando aquel narigón le encajara el cuchillazo en el costado, Argentino había hecho lo primero que le había salido: tirar un puñete. ¿Él qué sabía que a los sesenta años todavía podía matar a un tipo de un solo golpe? Había tirado para defenderse... ¡y defender el negocio, qué tanto! ¿Qué iba a hacer, aplaudir? ¡Él, Argentino Morales, cumplía con su deber! ¡Y ojo, que no lo hacía por la plata! ¡No, señor: lo hacía por lealtad, por amistad!

Sacó el sobre que don Abdala le dejara sobre la mesa cuando le ordenó que se mandara a mudar. Billetes estropeados de haber ido de mano en mano, para pagar el pan o tal vez una prostituta.

“Son unos pocos pesos”, había dicho el turco. “Para que vayas tirando, hasta que te conchabes otra vez”.

Argentino seguía viendo a ese dinero como una limosna, y durante esos dos meses ni siquiera había abierto el sobre. Andaba un poco hambreado, no lo podía negar, pero él la plata se la ganaba trabajando. O haciendo changas, si hacía falta. No le importaba vivir de changas. No le importaba dormir en un banco del andén y comer salteado. Él, Argentino Morales, a la plata se la ganaba trabajando. Y Dios, muy pronto, le mandaría un trabajo seguro y bien pagado.

¡Qué mal se había portado don Abdala! Que lo echara, vaya y pase: después de todo, él pagaba y, como patrón, si quería, lo echaba. El dolor que a Argentino le comía el alma venía por otra cosa. A veces, las palabras pueden lastimar más que los golpes. Y él podía recordar cada palabra pronunciada aquel día: “sos como un perro viejo, Argentino. Corajudo y bravo, pero sin olfato y muy mañoso. Te vas al bar a paso de tortuga, te tomás tu grapita, dormís la

siesta...”. Y después vino la puñalada trapera: “el comisario me dijo que sos un problema, Argentino. Me dijo que me deshaga de vos. Que ya no servís, que estás gastado”.

¿Gastado? ¡Que vaya a preguntarle al narigón si estaba gastado! ¡Un pibe era el narigón! Cerró el puño con fuerza, hasta poner blancos los nudillos. ¡Y este viejo lo mató de una piña! ¡Quedó seco, tirado sobre la pila de carbón!

Argentino hizo tintinear algunas monedas sobre la mesa y salió del bar. Buenos Aires, de madrugada, con viento y frío, le recordó su paso por la frontera. ¿Qué cosa no le recordaba a la frontera? ¿Cómo no recordar el único lugar en el que se había sentido en su casa?

El reluciente banco de una plaza, de hierro forjado y lapacho, rechinó furioso bajo el peso de su corpachón. Echó la espalda hacia atrás y tomó aire con profundidad, con los ojos cerrados.

Cruzando la plaza, desde una mansión de ventanas despiertas, le llegaban los sones festivos de un... ¿Cómo se llamaban esos cosos nuevos? Gramófono, eso.

Meneó la cabeza. El paso del tiempo le había pegado flor de revolcada. Apoyó los codos en los muslos y se miró las manos, las mismas que supieran empuñar el sable contra el malón. Se arremangó y apareció una horrenda cicatriz que le recorría el antebrazo. Se tocó el costado, debajo de las costillas, donde conocía un chuzazo. Palpó la media oreja que le quedaba y el tajo que la tapaba la barba. Algunos costurones le parecieron poco dignos de recordar y olvidó otros. Incluso el que recibiera dos meses atrás.

Veinticinco años tenía nada más. Veinticinco años y, a fuerza de sangre, coraje y lealtad, se había ganado el grado de teniente a cargo de un fortín.

La puerta de la mansión se abrió y, junto con la música, salió un pituco trasnochado, un oligarca, un agrandado. Dos mujeres le seguían el tren. El tipo le dio un largo trago a la botella que llevaba en la mano y soltó un dilatado alarido. Morales cerró los ojos y sonrió: el grito, agudo y prolongado, le trajo a su mente los rostros cetrinos de los indios, las melenas al viento. Otra vez, el ulular salvaje de los maloneros indóciles. Esas mismas gargantas araucanas que lo llamaban “Morales, mucho toro” y que en las tolдерías hablaban de él con respeto. Y con miedo.

Aquel había sido él. No ese vigilante aburrido, contratado por lástima gracias al recuerdo de mejores tiempos compartidos con los dueños de la carbonería.

Ya se lo había dicho doña Olinda, la mujer de don Abdala, dos meses atrás, mientras lo cosía: “No seas desagradecido con mi Fair. Cuando vinimos acá en el ’88, te habías dado la baja y no tenías ni para comer. Mi marido te dio trabajo”.

Doña Olinda...

¡Qué linda estaba en el ’74 doña Olinda, recién llegada a la frontera!

¿Cuántas veces lo había cosido?

Docenas de veces.

El cuchillazo del narigón había sido la última.

“La guerra con el indio terminó hace rato, Argentino”, le había dicho ella, ajustando la venda. “El país cambió. Hace once años que empezó el siglo veinte. ¿Cuándo lo vas a entender?”.

¿Entender qué? ¿Que ya no había honor? ¿Eso tenía que entender? ¡Siglo veinte! ¡Que no le vinieran a él con el siglo veinte!

Se quitó el quepis, se rascó la cabeza y negó. Negó ese presente de inútil. Negó una realidad que no entendía. Negó que todo estuviera al revés. Se tapó la cara y lloró a sacudones. Lloró sin lágrimas. Todas las había dejado en el desierto.

Y ya la plaza le quitaba el aire.

El trasnochado gritón y las mujeres, aferrados desesperadamente a sus abrigos, lo miraron con una sonrisa de desprecio. Morales se dio cuenta de que hablaba sólo. Le pareció oír la palabra “borracho”. No le importó. Muchas cosas empezaban a no importarle. Golpeó el quepis sobre el muslo y se lo puso. Tenaz como un tiento para estaquear, la melancolía no lo soltaba: ¿cómo andaría la carbonería, dos meses después? ¿Y doña Olinda? Nunca más había vuelto, ni por la vereda de enfrente había pasado.

¿Y si se mandaba? A espiar desde afuera nomás. Sueño no tenía, y caminar lo ayudaría a despejarse del alcohol.

Se detuvo en la vereda de enfrente a la carbonería, oculto en la oscuridad, contra un paredón. Pudo imaginarlo todo: apenas se pasaba el portón, a la izquierda, aparecía la casa de los Abdala. A la derecha, el depósito y los establos. Más allá, a unos cuarenta metros, evocó la barraca donde viviera tantos años junto a los peones y a los carreros. Podía sentir en sus

manos el áspero quebracho del portón de doble hoja y el frío de la cadena. Cadena que, cada noche, él mismo se ocupaba de enganchar con un candado.

¿Lo engañaban sus ojos turbios o la cadena colgaba? Capaz que el siglo XX la había cambiado por una cerradura y ahora la cadena colgaba de pinta. Esas cerraduras que se abren con una ganzúa. ¡Qué cerradura ni cerradura! ¡Una buena cadena, bien tirante, y un candado del lado de adentro! ¡Así se cierra un portón! ¡Cerradura!

Salió de la oscuridad y se acercó un poco: no había cerradura. Y la cadena le parecía muy floja. Podía ser: nadie tenía las manos tan fuertes como él para ajustarla. ¿Y si miraba más de cerca? Cruzó la calle y tiró de la cadena... y se le quedó en la mano: ¡cortada!

Empujó el portón y se metió en el patio, oscuro como el silencio que a gritos anunciaba desgracia. Los peones y los carreros, allá lejos, dormían a pata ancha. Argentino nunca había hecho eso. Después de todo, ellos no eran los encargados de cuidar la carbonería. Él sí. O lo había sido.

Se arrimó a la casa de los Abdala: si habían entrado ladrones, fija que los encontraba ahí. La puerta entreabierta y una luz mortecina, confirmaron sus temores. Hizo crujir el piso de madera del vestíbulo y oyó una voz ahogada. Buscó y encontró a Doña Olinda: maniatada en la cama matrimonial, se retorció junto a una gran mancha de sangre. Un pañuelo la amordazaba. Se le abrieron grandes los ojos cuando vio a Argentino. Liberada su boca, la mujer tomó aire con desesperación.

—¡Dios bendito, Argentino! —dijo atropellando las palabras—. ¡Virgen santísima! ¡Se lo llevaron al depósito! ¡Le cortaron un dedo! ¡Acá, acá, delante de mí! ¡Dios mío!

Morales la iba a desatar, pero la mujer lo empujó con el hombro y le gritó:

—¡No, Argentino, dejá! ¡Corré al depósito, ayudalo a Fair! ¡Corré por favor!

Argentino Morales no corrió. Se limitó a caminar, como quien va al bar a tomarse una grapita o a dormir una siesta. En el fondo quería que don Abdala sufriera un poco. Nadie se muere porque le corten un dedo.

A través del vidrio turbio de telarañas y polvo, vio en la oficina a cuatro tipos y lo que quedaba de don Fair. Lo habían quemado, cortado y deformado a golpes: hay quienes tardan mucho en darse cuenta de que les importa más la vida que la bolsa. Peleaba don Abdala por no decirles donde escondía la plata, cuando Morales pateó la puerta del depósito. Le salieron dos. Sin decir agua va, un mulato le encajó una bala justo donde no terminaba de sanar el

cuchillazo. Argentino aguantó el tizón en las tripas y el golpe de la espalda contra la pila de carbón: la misma pila de carbón donde cayera muerto el narigón. Tanteó el martillo que usaban para partir los carbones, y desde el suelo se lo tiró al mulato, y de chiripa nomás se lo encajó en el cuello. El otro se llevó las manos al cogote y cayó haciendo ruidos a gárgaras. Morales agarró la pala, se levantó y se la dio en la cabeza al que intentaba recuperar el revólver. De la oficina salieron los otros dos ladrones. Uno de ellos levantó el arma, el hombro izquierdo de Morales estalló en sangre y lo hizo tambalear. Llenó la boca con un grito y se les fue encima con la pala que, afilada por años de trabajar los carbones, se abrió paso dócil en la garganta del maleante armado. Pero no llegó a parar a una larga faca, que se le enterró debajo de las costillas. Bufó, se abalanzó sobre el tipo y cayeron. El ladrón boca arriba, Argentino sentado encima. El puño cayó sobre la cara como un batán. Una, dos, tres veces. Cuando ya la cara no fue tal cosa y el tipo dejó de moverse, Morales se tiró de costado. Resolló fuerte al sacarse la faca. Vacilante, se levantó y empezó a caminar hacia don Abdala, que gemía sangrando por los cuatro costados.

Tarde entraron los peones y los carreros: no pudieron evitar que el único ladrón con vida descargara tres balas en la espalda de Morales y, a punta de revólver, escapara.

Después ayudaron a don Abdala para que se acercara a Argentino que, boca arriba sobre unas bolsas de maíz, tosía sangre.

El turco habló como se le habla a alguien que se sube a un largo viaje en tren.

—¿Qué hacías acá, Argentino?

—Mi trabajo. ¿Qué voy a estar haciendo?

—Te estuve buscando... —dijo Fair Abdala con tono lastimoso—. ¿Dónde anduviste? Estuve mal con vos, Argentino. ¡Qué lo parió! —se le quebró la voz—. Te iba a pedir que volvieras...

Morales tosió otro retazo de vida, acaso el último. Sus cejas se contrajeron. Haciendo crujir las muelas, metió la mano en el gabán y sacó un sobre empapado de sangre.

—¿Qué es esto, Morales?

—Es suyo...

El viejo soldado volvió a toser y se llevó la mano al corazón. Sus ojos brillaron en un feroz destello de felicidad. Las facciones se le ablandaron. La boca roja sonrió.

—Se vienen al galope —dijo—. ¡Lindo! ¡Nunca vi tantos pampas juntos, carajo!

No me toque a mi madre

Argentino Morales llevaba el caballo al paso. Volvía de la herrería de don Blas, donde por unas monedas, aprendía el oficio y, de paso, algunas cosas que jamás le enseñarían en su hogar.

¿Hogar? ¿Se podía llamar hogar a ese lugar en el vivía?

Por eso Argentino no apuraba al caballo: no quería llegar. ¿Quién quiere poner el pie en un lugar donde sólo recibe golpes? Y del propio padre. No se mandaba a mudar porque temía miedo de que los golpes los recibiera su madre. Y Argentino veneraba a esa mujercita callada y amorosa que con sufridos esfuerzos trataba de mantener la paz entre los hombres de la casa. Nada hay como la madre y él la cuidaría con la vida misma. Ya había dejado claro eso alguna vez: “no me toque a mi madre, porque lo mato”.

Y ese día, al entrar al patio, algo le enfrió la espalda: vio que su madre salía corriendo del rancho y caía de bruces. Vio que lo miraba, que se cubría la cara con un brazo, se paraba y volvía a correr adentro de la casa.

Argentino, en principio, no quiso anoticiarse, prefirió la duda, creer que había visto mal. Igual, un impulso imparable tensó sus quijadas.

Ató al caballo con lentitud: rogaba que hubiese sido nada más que un mal sueño, que alguna magia hiciera que su madre saliera otra vez y que nada de lo que había visto fuera cierto. Pero de sobra sabía que no había magia.

Avanzó con la cabeza gacha y se quedó parado en el patio, rascando con la punta del botín la tierra apisonada, las manos en los bolsillos. Se sacó el chambergo.

Nicasio Morales, su padre, apareció en la puerta —puerta por la cual apenas pasaba— y lo miró de arriba a abajo.

—Ya me cansó —dijo y escupió—. Esa no me sirve para nada.

—Usted le pegó a mi madre —dijo bajito Argentino, retorciendo el sombrero.

Nicasio avanzó, se detuvo en seco, se apoyó en un parante del alero y cayó en la cuenta de que Argentino ya tenía su misma estatura y más espalda. Y vio las manos gruesas de herrero y recordó que lo había visto *cogotear* un toro y voltearlo, nada más que para chacotear. Y notó

un cambio en la mirada de ese muchacho. Y sintió algo que, de entrada, no entendió que se trataba de miedo. Por eso gritó:

—¡Vamos, salga de ahí! ¿Qué hace ahí parado como un poste? ¿No tiene nada que hacer?

—Usted le pegó a mi madre —repitió Argentino, que alzó un poco la voz.

Corrió Dorotea Funes y se abrazó a las piernas del muchacho.

—¡Hijo, hijito mío! —rogaba con la cara apuntando al piso—. ¡Dejá las cosas así! ¡No pasó nada, la culpa fue mía! ¡Te va a matar!

Argentino le levantó la cara. Ella resistió todo lo que pudo: al final, la marca del talerazo se dibujó roja, tan intensa como las dos fuerzas que tironeaban por dentro al muchacho: el niño que quería llorar y el hombre que reclamaba un ajuste de cuentas.

Ahí nomás murió un niño.

—Hágase a un lado, mamita —dijo apartándola con delicadeza—. Vamos a ver quién mata a quién.

Tiró el sombrero a un costado y se quitó el abrigo. Señaló a Nicasio.

—A ver usted, que es tan hombre, venga y pégueme a mí. Pero sepa que esta vez me voy a defender.

Nicasio dudó. No se movía.

—¡Vamos, maula! ¿O tiene miedo?

A Dorotea le saltaron las lágrimas, escondió la cara, se mordió el puño.

Y Nicasio se le abalanzó a Argentino.

Chocaron y empezó la sorda y salvaje letanía de los puños, la respiración agitada, los insultos y el rechinar de muelas.

Y la caída de Nicasio Morales, la sangre le humillaba la boca.

Argentino lo instó a levantarse.

Nicasio se demoró: dudaba.

—¡Basta! —gritó Dorotea, que se puso en el medio y un revés del marido la mandó al piso.

Argentino se agachó a ayudarla y Nicasio aprovechó para patearlo en las costillas.

Argentino cayó, y el otro lo siguió pateando.

El joven aguantó hasta que pudo agarrarle la pierna y mandar a su padre al suelo.

Se pararon y volvieron a ponerse en guardia.

—¡Yo te voy a enseñar, porrudo! —dijo Nicasio, y lo atropelló bufando, sacando espuma por la boca.

Argentino se afirmó y lanzó el puñetazo, justo en la nariz.

Nicasio Morales retrocedió haciendo aspavento con los brazos. Pegó contra el marco de la puerta y cayó adentro del rancho con un estruendo de maderas y vidrios destrozados.

Dorotea corrió, pero Argentino entró primero y encontró a su padre boca arriba, se agarraba la cara ensangrentada.

Nada pudo hacer Dorotea, se le colgó, pero no pudo evitar que Argentino lo pateara de punta, lleno de odio, lleno de lágrimas, patadas envenenadas en las costillas, en la cabeza, en la espalda. El cuerpo de Nicasio saltaba de acá para allá, se cubría como podía, hasta que ya no se defendió más.

Dorotea entonces, pudo llevar a su hijo de vuelta al patio.

El sol último de la tarde epilogaba aquella desgracia.

Argentino ajustó las sogas del bagayo y abrazó a su madre.

Dorotea alzó la cara magullada y quiso decir algo.

Él le apretó la mano.

—No se olvide de avisarle a don Blas —dijo con una sonrisa desteñida—. Tan luego, él ha sido un padre para mí.

Dorotea asintió:

—¿Lo pensaste bien, hijito?

Argentino se rascó la nuca y se calzó el sombrero.

—¡Qué sé yo, mamá! ¡Yo me voy! No quiero que me metan preso. ¡Si me meten preso, me mato!

—¡Ay, no digas eso, hijo! —lo agarró de la ropa—. ¡No vas a ir a la cárcel! ¡Le pegaste para defenderme a mí! ¡Yo se los voy a decir!

—Le pegué hasta matarlo, mama. Y voy a ir preso.

—No sabías lo que hacías —gimió Dorotea.

—Sí que sabía. Él me la tocó a usted y yo lo quería matar.

—Quedate, Argentino. Algo voy a hacer. Yo les voy a decir.

—¿Qué les va a decir usted? ¡Ahí está, muerto! ¿O lo va a esconder?

Dorotea negó con la cabeza, mirando hacia abajo.

Él puso el atado en el anca del caballo: anunciaba la partida.

—¿Y vos te creés que en la frontera es jarana? —se enojó ella—. ¡No vas a durar ni un día contra esos salvajes! ¡Si ni tirar sabés, vos!

Él la besó en la frente.

—Cualquier cosa es mejor que la cárcel, mama. Ya aprenderé.

Dorotea se plantó y con ojos llorosos, puso los brazos en jarra y con la voz quebrada, ensayó una desesperada actuación:

—¡Quédese, le digo, haga caso a su madre!

Él la abrazó, le besó la cabeza y contestó:

—Mama, yo por usted le peleó a un león, pero no me pida que vaya a la cárcel.

Ella, moqueando, deslizó algo en el bolsillo del gabán del muchacho.

—Es una virgencita, para que te cuide y te acuerdes de que tenés una madre.

—Yo no necesito una estampita para recordarla a usted.

El muchacho montó y salió al galope.

Ella se quedó larguísimo rato mirando como su hijo, de a poco, se hacía bulto en el horizonte, hasta que ya no fue más que una imaginación de polvareda y luego se lo comió la noche.

Sintió miedo de volver a la casa, de ver el cuerpo muerto, de tener que ir al pueblo a denunciar lo ocurrido y de mentir para cubrir a su hijo.

Pasó el umbral y se armó de coraje para encender el candil.

Y a la luz bailarina vio una mano que se alzaba ensangrentada.

Mano a mano

Al sargento Cárdenas no le gustaba eso de los Remington: se consideraba hombre de pelea y matar de lejos y a repetición, le repugnaba.

Por eso, en aquella fría mañana, más allá de toda orden, cargaron a sable contra el cerco erizado de chuzas que, en la rinconada de la Cañada de Bustos, defendía a un cacique viejo y encorvado. Los soldados lo siguieron sin importarles una corte marcial porque el sargento nunca escondía el cuerpo en el entrevero.

Cuando la confusión del primer embate se despejó, ya no había cerco.

Con el brazo izquierdo hecho jirones, un último indio defendía a su jefe, revoleando la lanza.

Un soldado alzó el fusil para acabarlo, pero Cárdenas se interpuso porque no se imaginó a aquel valiente muriendo de esa manera. Nunca supo para qué, pero se lo imaginó viejo, sin dientes y malcriando nietos, un sueño parecido al suyo, para cuando esa guerra terminara de una vez.

Desmontó Cárdenas y se paró frente al hombre, que chorreaba sangre por donde había tenido una mano, de entre las costillas y de una pierna, pero no bajaba la lanza.

—Yo soy el sargento Timoteo Cárdenas. Sométase y le garantizo buen trato.

Cárdenas se encargó personalmente de que se le hicieran las curaciones.

Algunos días después se enteró de que lo habían mandado para Buenos Aires. Entonces entendió que la responsabilidad que había sentido, se terminaba ahí.

Con el cargo de comisario, el mayor retirado, Timoteo Cárdenas, de caminar desparejo y mentón adelantado, sintió que se coronaba su hoja de servicio. Había recibido heridas siempre en el bando leal al gobierno, desde la guerra de fronteras hasta las enmudecidas pero no calladas revoluciones de la última década del siglo XIX.

Las lealtades de acero se recompensan con oro, había dicho alguno.

Ahora, con un nuevo siglo, se proponía pelear una nueva guerra. En la ciudad prosperaba una red de prostitución y juego: El Club de los Cuarenta. Y ya le habían avisado que esa tarea lo enfrentaría con El Manco Bustos, un guapo que dirigía una organización paralela, Los

aucas, que se ocupaba de tramitar a todo elemento molesto para el Club. Trabajaban sin dejar huellas y solamente se servían de la mudez de las armas blancas. Bustos dirigía en persona las operaciones, de lejos, y sólo él llevaba arma de fuego, decían que para epilogar situaciones complicadas.

La doble dificultad no hizo más que encender el ánimo de Cárdenas.

Muy pronto, su trabajo relacionó a un político en ascenso con el Club de los Cuarenta. Cárdenas no hacía distinciones, así que presentó el informe a su superior.

Y su superior lo hizo con el suyo.

—Si llega a los radicales, soy un cadáver político.

—Pero yo tengo todas las pruebas, señor.

—No alcanza. ¿No se puede comprar?

—No, señor, a éste no se lo compra.

—Entonces que lo arregle El Manco.

Cárdenas salió de la casa cuando el sol todavía no asomaba. Hacía frío y llevaba las manos en los bolsillos del sobretodo. Nadie animaba la calle más que él.

Una sombra a su izquierda lo alertó y lo hizo ladearse.

Ese movimiento instintivo lo salvó: la cuchillada en la espalda no llegó a entrarle de lleno, el agresor perdió pie en el empedrado mojado, cayó y se desnucó.

A Cárdenas no le hizo falta mucho para saber que se trataba de Los aucas. Y tampoco imaginar al Manco Bustos afantasmado en la oscuridad. Quiso desabotonar el sobretodo para sacar el revólver, pero los otros dos se le vinieron. Entonces alzó el cuchillo del matón caído y se dispuso a batirse. Gente de facón contra uno que tan solo lo revoleaba para ganar tiempo y llegar al revólver. Se cruzaron otra vez y un corte le paralizó el brazo izquierdo: ya no había forma de buscar el arma. Resonaban los aceros en el frío matinal. Cárdenas resistió una puñalada en las costillas que le hizo temblar las piernas, pero alcanzó también a cortar una mejilla que quiso ser cuello.

Retrocedieron los matones como pumas, se acomodaban para tomar nuevo impulso, pero una voz seca y entonada de mando, los detuvo.

Un hombre que llevaba embozada la mano izquierda en su abrigo, emergió de las sombras de la vereda de enfrente.

Cárdenas ya sabía de quien se trataba y a qué venía y se preparó. Ya no importaba el silencio: ahora se abandonaban los facones y se le daba la palabra a otra voz. Se trataba de cumplir el trabajo y nada más.

—Han pasado muchos años, sargento Timoteo Cárdenas, pero es el mismo torazo que en la rinconada de la Cañada de Bustos. Pero hoy han cambiado los lugares.

Con facilidad Cárdenas juntó algunas imágenes en su memoria y, como un fuego, le vino el reconocimiento del que tenía enfrente.

—Métase en su casa, hombre, y cúrese esas heridas —siguió El Manco Bustos—. Pero sepa que ahora estamos a mano.

Por un prestigio nomás

Por su forma de ganarse la vida, a Godoy alguno lo hubiera llamado compadrón, de no mediar su fidelidad a los antiguos códigos del guapo: nada más llevaba cuchillo y en la calle su silencio se imponía más que su voz.

La ciudad se arreglaba para festejar el próximo Centenario de la Independencia y Godoy veía venir mucho trabajo, así que entró en la pieza, sacó a Irene de su plácido sueño, le dio un sopapo, la revoleó contra el ropero y le dijo:

—Mejor que no le hagas asco a ninguno, porque te mato.

Irene se limpió el fino hilo de sangre que caía de la comisura del labio y no dijo nada. Alimentaba la esperanza de que esa fuera la forma en que Godoy la quería. Se paró y acomodó las cobijas, como para ocupar las manos.

Godoy a veces se sentía forzado a ejercer esas violencias sobre Irene, pero hombres como él sabían que a una mujer se la hace fiel tallándola con asperezas.

—No te escuché.

—Sí, Godoy, voy a laburar lo que haga falta.

—¿Hay yerba?

—En el armario —contestó ella y señaló con la cabeza.

—Preparame un mate que voy a comprar bizcochos.

Irene puso la pava en el brasero. No podía evitar esa felicidad que sentía cuando Godoy salía a comprar bizcochos, porque sabía que le traía una medialuna de grasa bañada en almíbar, ésas que ella adoraba. Y pensaba que así la quería él y alguna vez entendería su lealtad. Y los golpes cesarían.

Preparó el mate despacio, para tenerlo listo justo cuando su hombre volviera y tirara el paquete sobre la mesa, jactancia del macho que salía a buscar qué comer.

Y Godoy volvió con bizcochos y una medialuna de grasa bañada en almíbar.

—Dale, limpiate la jeta y cebá de una vez.

Irene sonrió al son del agua que caía blanda en el mate y arriesgó:

—Vos a mí me querés.

Godoy hizo tronar el mate y dijo:

—Sí, yo te quiero como el organillero a su organito: el día que deja de darle el *morfí*, lo revolea en un baldío y se busca otro. ¿*Calaste* esa?

Godoy empujó sobre la mesa el mate vacío y se estiró en la silla de paja.

Irene se encogió un poco más.

Algunas semanas y palizas después, Godoy contaba la plata que venía juntando con el oficio de Irene, cuando ella habló:

—Dorita se va a casar con el Zurdo.

Godoy alzó la mirada.

—¿Y qué?

—Y que se van del conventillo, a vivir al Rosario. ¡Qué feliz debe estar Dorita! El Zurdo le dijo que largue la vida, que se había conseguido un *laburo* de ferroviario.

Godoy se paró y, casi al desgano, le cruzó un revés con la derecha, mal dado, sin convicción, que Irene sintió apenas en la carne, pero que alcanzó para desilusionarla. A esa altura, esperaba otra reacción de parte de Godoy.

—¡Y qué!, ¿vos no sos feliz acá? —rugió Godoy—. ¡Te cuido, te compro pilcha, tenés donde *apolhjar*...!

—¿Y qué más, Godoy? —dijo ella con voz serena, pero amarga—. ¿Me comprás medialunas con almíbar?

Godoy alzó la mano como para volver a darle otro revés, pero en lugar de encontrar a una Irene que se cubría, encontró a una que lo miraba con desafío y le decía:

—¡Dale, pégame, dale! ¡Es lo único que sabés hacer!

Godoy dejó el brazo en alto pero notó que ella no aflojaba, entonces le mostró el dorso de la mano, donde tenía el tatuaje del escorpión.

—¿Ves esto, otaria? —y lo señaló con el índice—. ¡Hay tipos que arrugan nada más de pensar en esto! ¡Y vos te hacés la chúcará, gila!

Empujó la mesa y salió de la pieza.

Aquel día Godoy volvía del boliche, cuando al pasar por la plaza pensó en Dorita y el Zurdo. Ya *acollarados*, contaban en una carta que habían alquilado una casa en el Rosario, que él trabajaba de señalero y ella en una panadería.

También vio a unas domésticas paseando a los chicos de los patronos. Corrían los niños y hacían ruido. A su pesar, se dijo que algo de bueno debía de tener eso de formar familia. La noche anterior había desatado el paquete y contado la plata que había acumulado durante casi un año: tenían para tirar unos meses, hasta conseguir trabajo y empezar una vida nueva. Meneó la cabeza. Aquello pondría feliz a Irene, pero para él se haría una atadura. No la iba con eso. Hay cosas que un hombre no puede hacer si quiere que lo sigan respetando. Aunque él conocía compadres muy de prendas, casados y con hijos. Y Irene, *gamba* y consecuente, merecía otra vida. Dorita no le llegaba ni a los talones y el Zurdo la había sacado del *laburo*. Él tenía que hacer lo mismo. Pero ¿y su prestigio de guapo? Se lo había ganado en bravos entreveros, al servicio de gente de la política, que lo llamaba cuando las cosas se ponían difíciles. Y había arreglado esos asuntos a cuchillo, nada de *bufosos*. Para el Zurdo que *pungueaba* nada más, había sido fácil ahuecar el ala, no tenía compromisos. Pero a él ya lo tenían como hombre de confianza y no podía hacer ese renuncio. No, el casamiento para un hombre como él significaba lo mismo que la *gayola*. O peor, porque ponía en entredicho la hombría. Pero tampoco quería que Irene siguiera con esa vida: no lo merecía.

Pasó por la panadería, compró un cuarto de bizcochitos y dos medialunas de grasa bañadas en almíbar. Apuró el paso, con un secreto entusiasmo que no pudo explicar.

Sobre la mesa de la pieza había un papel. Antes de leerlo supo de qué se trataba.

La letra infantil de Irene le hirió los ojos: “Me voy a laburar a la Zwi Migdal, así no me sacan de la cama para darme sopapos y tirarme contra un ropero. Ahí saben tratar a las mujeres. Es una empresa no el negocito de un *gavión*”.

Nada más decía.

Godoy abrió el ropero y solamente encontró su ropa. Irene se había ido en serio.

Miró la cama, prolijamente hecha, como sólo sabía hacerla ella.

Se sentó en la silla de paja y se acodó en la mesa. Y hubiera llorado, de no recordar que los hombres no lloran. Sin embargo, contra toda su voluntad, un grueso lagrimón le bajó por la mejilla. Se lo secó y dio un fuerte puñetazo de bronca: bronca por flojo y bronca porque no lloraba por haber perdido su fuente de ingresos.

Ese atardecer nublado y frío de fines de agosto, volvía Godoy con el ceño fruncido. Hacía rato que la gente de la política no le daba trabajos. No es que le hiciera falta plata: con unos buenos pesos que le habían devuelto, se arreglaba. Godoy necesitaba recuperar el valor, porque se había enterado de que se decía que ya no era el mismo, que andaba raro. Él les había (y se había) pretextado problemas de salud, pero ninguno lo había creído. Si hubiera sido capaz, se habría dado cuenta de que su mal se llamaba tristeza.

Encendió el brasero y puso a calentar un poco de sopa.

Burbujeaba ya la olla cuando escuchó los pasos inconfundibles.

La puerta se abrió y entró Irene.

La abrazó sin hablar.

La notó flaca y descangallada, los labios lívidos, la mirada escondida.

—¿Qué hacés acá, Irene? —dijo con una ternura que tanta felicidad no le permitió disimular.

—Eso es un infierno, Godoy.

—¿Renunciaste o te escapaste?

—De ahí no se renuncia —sonrió con candidez—. De ahí nomás salís en el sobretodo de madera.

Al hombre se le borró la sonrisa y asintió con la cabeza. Abrió el ropero, aquel mismo ropero, sacó una bolsa de arpillera, metió la mano adentro y puso sobre la mesa un paquete atado con hilo de albañil. Rebuscó otra vez y apareció un revólver.

Le dio el paquete a la mujer y verificó que el arma tuviera balas.

—¿Qué es esto? —dijo Irene sopesando el bulto.

—¡Guita, qué va a ser!

—¿Y ese *chumbo*? ¡Vos no andás con *chumbos*, Godoy!

—Callate y salí por la calle de atrás —dijo él tomándola del brazo—. Andate a Retiro y escondete hasta que salga un tren al Rosario. Andá a lo de Dorita. Yo te busco allá.

Irene entornó los ojos. Una lágrima caía sobre su mejilla. Agarró fuerte a Godoy de la mano que tenía el escorpión y rogó:

—¡Vamos los dos, Godoy, te lo pido! ¡Nos escapamos juntos!

Él se desprendió de un tirón y contestó:

—Yo no puedo.

—¿Cómo que no podés? —gimió ella—. Nos vamos los dos, al Rosario.

—No, no puedo. Te van a venir a buscar y yo los tengo que entretener para que llegues a la estación. Esperame en lo de Dorita y empezamos de nuevo.

—Pero...

—¡Rajá de una vez, Irene!

Ella salió sollozando un réquiem.

Irene terminó de armar el paquete de facturas, lo ató con cinta de papel, lo entregó con una sonrisa y volvió a mirar hacia la entrada: seguía con la ilusión de que algún día lo vería entrar. Se sentía agradecida con Dorita: la hospedaba y le había conseguido trabajo en la panadería. Además, vivir en ese pueblito alejado de Rosario le daba tranquilidad. Pero no dejaba de pensar en Godoy, de quien no sabía nada hacía ya un largo mes. Entonces vio entrar a aquel hombre de traje y mirada dura que, llevando una bolsa, con pasos lentos y una amplia sonrisa, se le acercó. Ella también sonrió, así le habían recomendado que siempre lo hiciera para atender a los clientes.

—¿Qué va a llevar, señor? —dijo, no sin cierta ansiedad que no entendió.

—¿Irene?

Ella dudó. ¿Quién podía ser ese tipo que conocía su nombre? Se sintió aterrada, pero logró dominarse, sostuvo la sonrisa y repreguntó:

—¿Y usted quién es, señor?

El hombre levantó la bolsa y sin dejar de sonreír tampoco, dijo:

—Traigo esto de parte de Godoy.

Sacudió la bolsa y sobre el mostrador cayó una mano blanquecina, rígida.

Irene quiso, pero no pudo evitar ver el escorpión.

Sacrificio

Un año tenía el siglo del Centenario. Aquella noche, en un viejo y vacío almacén, de un impreciso lugar, donde la Capital pierde su vértigo y se hace un poco campo, un hombre de traje negro, sombrero del mismo color, y reluciente lengüeta blanca, vaciaba su botella de ginebra. Sobre la mesa lo acompañaba un papel arrugado.

Sin mover la cabeza, sus ojos de visteador, acostumbrados a verlo todo, notaron la entrada de una mujer que, con pasos urgentes, se acomodaba en la mesa más arrinconada.

No tardó mucho en llegar un llanto apagado: sabía que las mujeres de pasos urgentes van a los bares a llorar.

Cada cual con su desgracia, pensó el hombre y tragó otra copita.

“No te dejes porque no te quiera —decía la nota—. Lo hago por Clara, por su futuro, es un buen hombre, adinerado. Y dice que me quiere. Espero que alguna vez puedas perdonarme”. Cien veces la había arrugado para tirarla y otras tantas la había estirado para leerla. Como si leerla muchas veces le permitiera entender lo que decía.

Apuró una copa más: maldita sea esta costumbre de tomar, se dijo, no me deja emborracharme para el olvido.

Los sollozos aumentaron.

Cada cual con su desgracia.

Y de pronto se paró, levantó su botella, su copa, metió la carta en el bolsillo y se arrimó a la mujer.

En esa carita de nena se podía leer cómo se ganaba la vida. Y en letras más grandes, el miedo. Rogó que nunca su Clarita sintiera ese miedo. El miedo nunca rebaja, se reparte entre la gente, y él deseaba que a su hija le tocara la parte más chica. El hombre vio en aquella belleza a su hija perdida.

Acaso ella vio en él a un padre, porque se lo quedó mirando, sin hablar.

Él se tocó el ala del sombrero y, despacio, como se trata a un ave asustada, dijo:

—Si se puede preguntar: ¿de quién anda escapando?

Ella bajó la mirada.

—¿Tanto se nota?

—No hay que ser muy ducho, señorita.

—Me escapé de una casa de...

—Ya sé, no me cuente —dijo y se sentó.

A cuántas como ella él había salido a buscar.

Entonces ella volvió a llorar, con sequedad, con la cara entre las manos.

Él dejó hacer.

Cuando de la mujercita el dolor pareció alejarse, tan sólo alejarse, le contó todo. Un engaño viril que la tiró en un prostíbulo. Y que tenía una hermana en Tigre, en una isla, y que le conseguía trabajo en un aserradero. Soñaba con elegir un buen hombre y arrancar de nuevo. Y que se había robado unos pesos del prostíbulo para escaparse en el último tren.

—Uno no se escapa así nomás de esa gente. Sé muy bien de lo que hablo.

—Si agarro el último tren, me salvo.

El hombre dudó con un movimiento de la cabeza. Su Clara algún día encontraría un hombre honesto, trabajador, que la hiciera feliz. Tal vez la madre de Clara había hecho bien. Muchas veces él había prometido cambiar de vida y no había cumplido. Y la madre siempre piensa primero en la cría que en el padre. Vio a Clarita en la criatura desgraciada sentada frente a él. Y vio una oportunidad de tener ese olvido que el alcohol no le había procurado. Aquel hombre no creía en Dios o creía poco, pero confió en que lo que iba a hacer se apuntara en las hojas del haber de la libreta de su hija.

—Yo la voy a ayudar —sirvió otra copita, que no vació—. Usted va a tomar ese tren.

—No, señor, no se meta con esa gente —se paró con fingida decisión—. Entré acá para descansar un poco, pero ya me voy. Le agradezco mucho.

—Siéntese, señorita y déjeme ayudarla.

—¿Por qué lo hace, señor? Ni me conoce.

—Sí que la conozco. Déjeme ayudarla, señorita, se lo pido. Lo he perdido todo, hasta la fe, déjeme saber si no he perdido la hombría también.

De pronto los ojos de la joven se abrieron muy grandes, como los abre el espanto.

Él supo, por eso se paró y se dio vuelta.

—Vamos, Elena —dijo uno de los tres.

—La señorita no va a ningún lado.

—Ábrase, amigo, llévese de un consejo —dijo uno de nariz de boxeador.

—¿Y quién lo dice?

—¡Éste! —dijo el tercero y sacó un revólver.

Nadie vio salir al facón, pero en un movimiento feroz, de abajo hacia arriba, caían tres dedos y un revólver.

Al compás de los alaridos, el hombre pateó lejos el arma, se sacó el lengue, lo enrolló en la zurda, se puso delante de la mujer y, a punta de cuchillo, retrocedió, con la salida a su espalda.

Entonces le ordenó a la jovencita:

—Corra, Clara, y esta vez elija bien a su hombre.

Ella corrió.

Él la vio pasar por la ventana. Sus miradas se cruzaron en un fugaz parpadeo.

El hombre llegó a la salida, cerró la puerta y se apoyó en ella.

Dicen que no se recuerda una pelea igual (quisiera saber qué vieron los ojos del mozo) y se asegura que el hombre se batió como un tigre y que con cada herida, sonreía más. Rato los tuvo entretenidos y refieren que no cayó hasta que el único matón que quedaba parado, se ahuyentó con la sirena policial.

Los agentes encontraron tres dedos y tres cuerpos: la mano de uno de ellos apretaba fuerte un papel lleno de sangre.

SEGUNDA PARTE:
CUENTOS CON LOS QUE SE PUEDE CONTAR

El maleficio de la clepsidra

Salió sudado de su sueño y con mano urgente encendió unas velas: necesitaba atar los hilos de esa red que, durante la vigilia, nos empeñamos en llamar realidad. Se había soñado inmaterial, flotando o deslizándose en un espacio negro, indeterminado y fluyente. Viajaba hacia el futuro y allí se encontraba y hablaba con un hombre que conocía y escribía los pormenores de su ser y su destino. Ese autor, que trabajaba junto a un almanaque que fijaba la pasmosa fecha del 5 de mayo de 2016, urdía su historia a través de un cristal empañado y luminoso. Se daba cuenta de que en esa narración se cifraba toda su existencia y tuvo dos horribas y enlazadas certezas: sin esas líneas, su entidad se reduciría a la nada y el escritor lo ignoraba. Una voz, que era la suya, pero que no le pertenecía, lo instaba a actuar y le dictaba las formas de un artefacto que desafiaba los mandatos del tiempo y viajaba a ese futuro. Datos de dimensiones, materiales y vibraciones necesarias se registraban con letras de humo sobre aquel cristal empañado: lo escrito se borraba y volvía a aparecer, pero cambiado; las letras se esfumaban o tomaban formas caprichosas y fugaces.

Entonces le llegó el lento goteo de la clepsidra y eso le hizo entender, con angustia, que había abierto los ojos a la vigilia y ya nada podría retener del sueño. Pensó que detrás de una gota vendría otra, y que esa sucesión obsesa y aparentemente inocente, definía al Universo entero en su tránsito hacia el futuro. Y ese goteo era pseudo-infinito porque él había creado un ingenioso sistema de vasos comunicantes que hacía que el líquido caído regresara a la clepsidra. ¿Volvía entonces la misma gota a esperar su momento de caer? ¿Era determinable el momento en que esa gota individual volvía a hacerlo? ¿Respetaban las gotas el orden de caída? La gota no sabe que es gota, pero tal vez obedece a la gota que la precedió y que le muestra el camino hacia la disolución en un orbe de gotas caídas con anterioridad. Con modestia, sin pretensiones, esa gota y la anterior y la posterior forjaban, en forma inexorable, el futuro. ¿O no será que el futuro es el que viene hacia nosotros, a su vez inexorable, y nos forja? ¿Somos todos nosotros como esas gotas? Comprendió o creyó comprender que si tan solo se mantenía vigilante, el hombre que lo escribía aparecería en su vida. Y si había podido soñarlo era porque ese hombre se hallaba entre las cosas que ya había visto y, si se atenía al calendario del sueño (el pensamiento lo abismó), esa visión había ocurrido en el futuro y eso significaba que él llegaría a ser dos veces centenario. El pensamiento que siguió lo turbó porque comprobaba su especulación: nada podemos soñar que no hayamos visto. El profeta no nos adelanta el futuro, simplemente nos refiere algo que ya vio (muchas veces en éxtasis o en sueños, que es decir casi lo mismo) en un lugar temporal que ya visitó: para el profeta

el futuro es pasado. A pasos atolondrados se acercó a su biblioteca y rebuscó entre los lomos. Allí estaba, el *Somnium quasi viam scientiae* de Quinto de Anatolia. Abrió y pasó sus hojas centenarias y dio con el pasaje de la página 365: “*somnium est lingua prophetia, et aliavia, fortasse magis subtiliter organum, videre et scire*” (el soñar es la lengua de la profecía y otra forma, acaso más afinada, de ver y saber). Por lo tanto, si en su sueño había visto a ese hombre del futuro, entonces él había estado allí y, en el decurso de su vida, fatalmente, volvería: algún demiurgo había determinado eso en su porvenir. Se imaginaba compartiendo el mismo espacio con ese escritor, pero en tiempos diferentes. El tiempo. Su obsesión por el tiempo y sus insondables entresijos, lo había llevado a conseguir la clepsidra para medir las horas de su sueño y ponderar así, los momentos que consideraba de auténtico saber. Y eso hacía a despecho de las teorías de sus pares que aseguraban que esos dispositivos maquinaban maleficios para los durmientes.

Quitó su atención de la clepsidra y la puso en la habitación amplia y húmeda, en esa casa en medio de la campiña, solitaria y alejada de las personas. Y volvió a conectarse con su pasado reciente: había huido de su París natal y cruzado el Atlántico para escapar de las revoluciones y de la Inquisición. Había buscado esa ciudad última en el espacio y última en el tiempo. Y ahora esa ciudad se inflamaba de revolucionarios que deseaban saber de qué se trataba y que reclamaban libertad. Grandes atrocidades se habían cometido en nombre de la libertad y temió el advenimiento —otra vez— de lo despótico.

Regresó su oído a la clepsidra y previó la caída de la siguiente gota que le garantizaba lo irrevocable del futuro, que ni siquiera negocia con la muerte. El sonido familiar de la gota que alcanza su destino, no le llegó. Se había terminado el agua del cubo de alimentación. Se sentó en la cama, con una de las velas encendió la palmatoria y se acercó.

El recipiente se encontraba medio lleno, pero la gota flotaba en el aire, inmóvil y tensa: algo en su interior pugnaba por salir y la hacía temblar y deformaba la lisura de su circunferencia que debía ser perfecta. Se calzó los lentes. Pasó la mano por encima y por debajo de la gota, que parecía mirarlo, tan interpelada como él.

¿Por qué se había detenido la gota? ¿Qué potencia la obligaba a desobedecer las leyes inmutables? Con pavor cayó en la cuenta de que la rueda del futuro se había detenido porque el que lo escribía, en apariencia, había dejado de hacerlo. Pero si no lo escribían, ¿cómo era que seguía haciendo, pensando, siendo? Entendió o creyó entender que tal vez la gota había visto un futuro de aquel futuro, en el que se suspendía la escritura de su historia; sin embargo, él seguía haciendo porque sus pasos aún no habían agotado las páginas ya escritas. Debía

aprovechar esos retazos finales del inconcluso relato de su vida para encontrar al hombre que arbitraba los avatares de su ser y obligarlo a terminar la historia. Su historia. Si no intervenía corría el riesgo de detenerse como la gota y habitar para siempre en un limbo diegético. Ese literato del año 2016 no podía detener su pluma hasta el punto final.

No creía en Dios pero le pidió que le quedaran todavía muchas páginas por andar.

Una fulguración de su mente le trajo el dispositivo cuyas características le dictara la voz durante el pasaje del sueño a la vigilia. Entonces encendió los hogares y más luces y trató de reproducir los datos oníricos. Escribió cifras y palabras, trazó planos, arrojó cientos de papeles al fuego. Sabía que había visto el dispositivo cilíndrico y acristalado en alguna obra, pero no daba con cual. Buscó y releyó el opúsculo *Tempus ut illusio* de Risto de Kaarevusanto. Las palabras crípticas (prohibidas y jamás publicadas) de Lutero sobre esa materia lo confundieron. Nada halló entre indios y hebreos y entonces encaró una tarea titánica: sin detenerse siquiera a comer o dormir, releyó completo el desmesurado *Inmaterial voyages* del sajón Acaiseid Haslam, el ciego cuyos ojos podían captar las vibraciones y así escribir el futuro. Y se repitió que para aquel hombre, puesto a vaticinar, predecir el porvenir no era más que recordar lo visto en un lugar temporal ya visitado. Haslam entonces viajaba al futuro y volvía con noticias. Viajar al futuro. Había una luz allí: las vibraciones que el ciego captaba. Se dijo que no éramos más que vibración, ora casi inmóvil en la piedra, ora fulminante en el pensamiento. Y el pensamiento tiene la virtud de su ubicuidad: visita el pasado, el presente y el futuro. Él debía vibrar entonces como el pensamiento, para proyectarse al futuro y encontrar al hombre que lo escribía: de eso dependía que su existencia medrosa, la que vibraba en ese presente de vigilia, siguiera haciéndolo hasta el día prefijado.

Nada parecía hallar en su biblioteca. Con ira, que es otra forma de nombrar a la impotencia, arrancó los anaqueles llenos de libros y notas, que cayeron inocentes sobre el piso entarugado. De pronto, frente a sus ojos llorosos, un papel flotó en un vaivén vaporoso y lento y se posó sobre el desastre de libros: un croquis victimado por el tiempo, borroneado y amarillo. Su llanto fracasado mutó en felicidad cuando las cifras que le dictara la voz del sueño, coincidían con las anotadas en ese papel, en el que figuraba una máquina con forma de cilindro acristalado.

El tiempo que siguió, no lo recordaría después. Nunca sabría cuántas comidas se negó, cuánta ropa no mudó y el dinero que repartió. Tampoco sabría que recordó las oraciones que alguna vez olvidara: no sabría que había rogado por páginas escritas.

Y ningún esfuerzo ahorró porque se comprometía su futuro. La búsqueda de los materiales le llevó meses: varillas y placas hechas con metales templados con sangre de tigres, cristales delgadísimos y opacos a fuerza de sales arcanas de lugares innombrables donde habitan hombres como dioses; tubos de obsidiana y maderas de árboles adorados como deidades. Cuando lo tuvo todo, trabajó durante semanas, rogando que quedaran las páginas necesarias para culminar su trabajo. Construyó como un alienado. Soldó, atornilló, aserró y clavó.

Esa fría noche de mayo, cuando el cilindro acristalado, con espacio en su interior para un hombre parado, regía el centro de su habitación, llegó la comitiva que esperaba: veinte cantores de tesitura bajísima y un maestro de capilla.

Con un lienzo violeta cubrió la clepsidra de la gota renuente: podían pensar en un truco de magia y la magia suele ser un excitante para las mentes inquisitoriales. Los veinte cantores y el maestro de capilla entraron envarados: una modesta suma de dinero suele disolver con facilidad los quistes de moral que impiden un asesinato, pero casi no hay monto suficiente para exorcizar el temor que produce la frase “es para un experimento científico”.

Se armaron dos círculos con los cantores, alrededor del cilindro, a poco menos de un metro: diez sentados, diez parados detrás de éstos.

—Ya sabe qué hacer, maestro: la nota más baja.

El maestro hizo una inclinación de cabeza.

Él volvió a hablar:

—Y recuerde: no deben dejar de entonar, no importa lo que pase.

Se apartó y presencié las instrucciones que el maestro de capilla daba a los cantores, que tosieron, carraspearon y ensayaron sus voces.

Y le llegó la indicación de que todo se hallaba presto.

Abrió una puerta en el cilindro de metal, se metió en él y se aseguró con gruesas correas que le quitaban la respiración, pero necesitaba estar íntimamente unido con el artefacto. Observó los controles que había diseñado y torneado con oro, marfil, rubíes y jade. Manipuló las piezas hasta que fijó la fecha del 5 de mayo de 2016: el mismo día en el que se hallaba, pero con más de doscientos años de distancia temporal.

Miró a través de los cristales traslúcidos: podía imaginar, pero no ver los detalles de su habitación y del círculo de cantores.

Cinco de los bajos sentados, uno por medio, a la orden del director, emitieron su voz en forma sostenida. Cuando se quedaron sin aliento, superpusieron sus voces otros cinco. Luego lo hicieron los parados, del mismo modo. La secuencia no se detuvo y el cilindro de cristal comenzó a vibrar. Lo hizo de tal forma que parecía a punto de estallar. Los cantores sólo continuaron porque fueron impelidos por el maestro de capilla, ya que los ojos de todos, espantados, habían visto como la figura que se entreveía en el interior del aparato, desaparecía.

Los controles giraron enloquecidos y las paredes del cilindro y la habitación completa se esfumaron y se sintió en un espacio negro, inmaterial y fluyente. Sus miembros ya no respondían a su mente sino a un viajar vertiginoso, pero blando y pacífico: todo su cuerpo había dejado de serlo y se había transformado en materia temporal: segundos, minutos, horas, años, siglos. Sus percepciones desaparecieron.

Soy misántropo y después de muchos años he abandonado la esperanza de que la literatura logre evadirme del mundo y la gente de ese mundo que, fuera de mi casa, me sitia. La búsqueda me ha deparado dispares placeres y algún disgusto, pero el balance arroja una cifra que mi edad encuentra tolerable. Tengo una familia que amo, una centenaria y cómoda casa en Florida, con pisos entarugados y dos hogares, en uno de los cuales ahora, los leños crepitan, a dos pasos de mi escritorio. Ya superé con holgura los tres mil volúmenes en mi biblioteca. Un cartapacio de cuero, del siglo XVIII exorna mi escritorio, sobre el cual exhibo tinteros tal vez más antiguos, que nunca uso, pero que adoro. Una estatuilla de bronce, de siete centímetros, de Jorge Luis Borges sentado, con su bastón, preside mi trabajo. Y olvidaba mencionar mi última adquisición: una clepsidra original (no debo creerle al anticuario, pero me gusta pensar que tal vez es medieval) que compré en San Telmo a precio de bagatela y que esta noche decidí vaciar porque su ominoso gotear me angustia y me desconcentra.

Hace meses que, a reticentes intervalos —más espaciados de lo deseable—, intento darle forma de cuento a un sueño, pero sus instancias se me esfuman en la mente, vagan y se desdibujan, inaprensibles. He impreso ya cerca de cincuenta ensayos, que se acumulan en la bandeja de la impresora y que no he leído.

Cerré el procesador de textos y me quedé mirando los muchos archivos del cuento malogrado que, con diferentes nombres, pululaban en la pantalla. Los seleccioné a todos y

los eliminé y también lo hice de la papelera, con una mezcla de decepción y alivio. Ya no volvería a intentarlo: en el tema latía algo teratológico y amenazante.

Me acodé en mi escritorio con la esperanza de que mis libros me conectaran con alguna historia digna. Mis ojos pasearon por la *Alquimia y mística* de Alexander Roob; por las *Aventuras de Alicia en el país de las maravillas* y *Alicia a través del espejo* de Charles Dodgson, ilustrados por Tenniel; el lomo decolorado, por su estancia en un balcón vidriado, del *Diccionario de los símbolos* de Cirlot; el monumental *Diccionario ilustrado de los monstruos* de Massimo Izzi y, cuando se desdibujaba en mis pupilas la digna edición en rústica de *Fantasmas y aparecidos en la Edad Media*, de Claude Lecouteux, algo se modificó en la zona de mi estudio que se encontraba en la honda penumbra. Algo se movía. Me enderecé en la silla porque *eso* caminaba hacia mí.

Lo que sigue no pretendo que nadie lo crea, porque apenas yo lo hago, pero necesito contarlo para que salga de mí y, tal vez así, pueda conjurar el temor que me sobrevino superado el episodio y que me obligó, más tarde, a eliminar toda posible oscuridad de mi estudio. Sin embargo —y tal vez éste sea el verdadero origen de mi espanto— en el momento de los hechos, sentí como natural y previsible a aquella atroz conversación.

Eso, un hombre nítido, pero angustiosamente abstracto, de gesto adolorido y vestido a la usanza de principios del XIX (pudo fallar mi conocimiento acerca del tema) me habló, en un español afrancesado:

—¿Qué escribes en ese cristal iluminado? —su tono fue imperativo, señalando a mi computadora y después a mi impresora—. ¿Qué hay en esas hojas?

—Un injustificado intento de transformar un sueño en cuento —respondí con estudiada firmeza.

—¿Qué soñaste? —siguió preguntando y miró mi calendario—. ¿Qué quieres escribir?

Sentí aprensión por el cambio de entonación: su interrogación imperativa había asumido cierta ferocidad. Por eso busqué seguir contestando con sobriedad.

—Soñé que un hombre de otro tiempo me soñaba escribiendo su historia y que cifraba en mi literatura todas sus hipótesis de ser.

El otro abrió la boca como para decir algo, pero se detuvo. Entonces, porque noté que las miraba con insistencia, me levanté (con tal vez mal fingida calma) y saqué las hojas de la impresora. Detesto que otros lean mis bocetos tanto como yo leer mis obras publicadas.

Sopesé las páginas en mis manos y dije:

—Tengo para mí que no es lícito que un escritor use la materia de un sueño para forjar una historia.

Y como fueran demasiadas hojas para romperlas en un solo movimiento, las tiré al fuego.

Noté que el hombre gimió o rugió o eso me pareció y que estiraba los brazos hacia el hogar con muecas de desesperación pero, como si algo lo succionara desde la penumbra, se licuó en ella.

Más allá de ahora

La Buenos Aires que había dado a luz el germen del populismo, bullía por los festejos del Centenario de la Independencia. Había fiestas en todas partes y una maratón que se correría por las calles de la ciudad, constituía la atracción principal.

Los competidores calentaban sus músculos y luchaban contra el frío con suaves saltitos en el lugar.

El que parecía el más joven de ellos, de rutilantes ojos azules, que contrastaban con su piel bronceada, nada más contraía y relajaba sus muslos y respiraba profundo. Sobre la pechera de su camiseta llevaba cosido el número trece.

Cuando los ecos del Centenario de Mayo hacía ya un año que se habían apagado, Herminio Menegato llegó de su Brasil natal de la mano de sus padres, italianos del norte, eternos trashumantes en busca de trabajo. Los márgenes del virgen Matto Grosso de principios de siglo habían visto a aquel muchachito bajo, pero musculoso, moverse de la única manera que parecía conocer: corriendo. Ahora, con sus apenas cumplidos trece años, se deslumbraba con la inmensidad de Buenos Aires que, muy pronto, lo vería trabajar de peón de albañil y también correr por las calles, por el puro gusto de correr.

Así, cumplidos los dieciocho, escuchó acerca de una carrera para festejar el Centenario de la Independencia y, estimulado por sus compañeros de trabajo, que lo veían un firme candidato, decidió anotarse.

Muy temprano, con el sol apenas asomando y el permiso del patrón de la obra en la que trabajaba, Herminio ya ocupaba el primer lugar en la fila para inscribirse en la carrera.

—¿Nombre?

—Herminio Menegato.

El otro, que había bajado su enorme nariz para anotar, la levantó de golpe, con aire de sorprendida molestia.

—¿De dónde viene usted?

—De la calle Carlos Pellegrini 170, en San Martín.

—Pregunto de qué país.

—De Brasil.

—No se puede anotar, es nada más para argentinos.

—Yo soy nacionalizado —contestó con respeto Herminio, pero sin mansedumbre—. Pregunté ayer y me dijeron que sí.

—No, imposible.

Herminio Menegato levantó la cabeza y vio, unos metros más allá, al hombre que el día anterior le diera el visto bueno para competir.

—¡Ese! —dijo con júbilo—. ¡Ese hombre me dijo que podía!

El tipo que lo anotaba se dio vuelta.

—¡Señor, señor! —gritaba Herminio.

El aludido, un hombre muy bien vestido, hizo un gesto con la cabeza. Un joven bronceado y bajito lo llamaba a los saltos: detrás de él, una interminable fila de otros muchachos, se impacientaba. Eso lo decidió a acercarse.

—¿Qué pasa?

—Acá el señor se quiere anotar en la carrera, pero ya le dije que era solo para argentinos.

—¿Y de dónde sacó eso usted?

El escribiente narigón palideció.

—Es que yo... Señor.

—Vamos, inscriba al joven —ordenó el otro y agregó con tono admonitorio—. Y preste más atención a su trabajo, haga el favor.

Cuando el funcionario reticente se enfrentó a los profundos ojos azules del joven bronceado, creyó ver en ellos algún matiz de triunfo. Hubiera sido lindo que llegara a conocer a ese muchacho para saber que no había maldad en ese fulgor que acompañó a esos ojos toda la vida, incluso en los tiempos de mayor zozobra. Cuando las cosas salían mal, Herminio pensaba que Dios le guardaba algo mejor y eso le encendía los ojos y la esperanza.

—¿Cómo dijo su nombre?

—Herminio Menegato.

El otro anotó y dijo mecánicamente:

—La carrera es el domingo, a las nueve de la mañana, venga con ropa blanca o celeste. Su número de corredor es el trece.

Herminio espío el listado y notó que no había ningún otro inscripto, él iniciaba la lista y según creía, le tocaba el número uno. El trece le parecía de mala suerte.

—¿Por qué el trece si yo soy el primero?

—Porque se me antoja —dijo el otro con aire de revancha—. ¿Quiere correr? Corra con el trece.

—Igual voy a ganar.

El tipejo selló un papel y lo extendió hacia el joven.

—¡El sorteo de la panadería vas a ganar, infeliz!

Herminio tiró del papel y se alejó.

La orden de que los corredores se colocaran en posición fue dada.

El disparo y la algarabía general.

Herminio nunca había corrido una maratón, pero tenía algo claro: podía ganar si mantenía la calma y reservaba sus fuerzas.

Disparo de largada.

A los diez kilómetros (calculó), ya se ubicaba en la mitad del pelotón.

Pasaron los veinte y se encontraba entre los primeros. El aire entraba y salía cómodamente de sus pulmones, sus piernas llevaban bien el ritmo.

Cuando pasaron los treinta, los críticos treinta kilómetros de la maratón, Herminio lideraba el pelotón y le sacaba unos veinte pasos al segundo. Y entonces sintió que llegaba el momento de sacar ventaja, porque conocía su cuerpo. Sin desesperarse, simplemente imprimió a sus pasos un largo mayor. Recordó sus tiempos en Brasil, las interminables corridas en la selva,

con sus amigos, por el placer de correr. Y las caras de sorpresa cuando él seguía corriendo mientras los demás caían. Correr para él no significaba esfuerzo alguno, significaba una forma de expresarse.

Se dio el lujo de mirar hacia atrás: al segundo le llevaba más de una cuadra. Si mantenía el ritmo y, difícilmente no lo hiciera, ganaba la maratón.

Aparecieron algunos fotógrafos que en parte lo cegaron con las luces, pero no tardó en recuperarse y, por otro lado, no necesitaba ver el camino: sus piernas lo hacían todo.

Si mantenía el ritmo, ganaba.

A unos cuarenta metros, un auto se detuvo en un cruce de calles. ¿No habían cortado el tránsito los policías?

Habría que esquivarlo pero, a esa altura de la carrera, todo movimiento extra, suponía un despilfarro de energía.

A unos quince metros, el auto comenzó a acelerar, a soltar humo negro, a formar una nube imposible de evitar.

Herminio contuvo la respiración pero no lograría pasar porque sus pulmones exigían un constante intercambio de aire.

El humo negro entró de lleno, la tos le cerró la garganta y su cuerpo claudicó.

Desde el volante del auto que se alejaba, una nariz le gritó:

—¡Volvete corriendo a Brasil, otario!

Herminio vio pasar al contingente. Algunos tosían, pero ninguno se paraba, la nube se había dispersado lo suficiente como para que pasaran conteniendo la respiración.

Arrancó a caminar. La tos no lo abandonaba, pero él sabía que no debía detenerse: si lo hacía, ese gélido Día de la Independencia, enfriaría su cuerpo en un instante.

Poco a poco comenzó a acelerar el paso hasta que pudo trotar y luego alargar el tranco y más adelante vio al último del pelotón.

No alimentaba la esperanza del podio, pero algo se le había puesto en la cabeza.

Hizo el recambio de aire con mesurada pausa. Ya no tenía idea de cuánto faltaba para la meta. Y no le importaba. Su nueva meta desgarraba sus músculos cien metros más adelante.

Pronto recuperó el control de sus pulmones y afirmó los pasos.

La máquina de correr se reconstituía.

El último corredor se apuraba, aguijoneado por Herminio, que sabía que la resistencia de aquél no se comparaba con la suya.

Alargó más el tranco y acertó la distancia.

Veinte metros.

El corredor a alcanzar miró hacia atrás con expresión de dolor: dejaba todo, pero no lo suficiente.

Herminio se dijo que esa nueva competencia ya tenía ganador.

Diez metros para el último corredor y cien para la meta, en la cual estallaba la multitud vitoreando a los ganadores, a los verdaderos ganadores.

Cinco metros para alcanzar al corredor rezagado.

El infeliz, ya derrotado, echaba la nuca hacia atrás en un esfuerzo supremo.

Herminio lo pasó con postura bizarra, el pecho alzado, el tranco largo, de galgo, de antílope.

Cruzó la meta en silencio. No lo acompañaba ningún aplauso, pero había ganado su carrera: no había salido último.

Arrancó el fatídico número de su pecho mientras recuperaba el aire y sus ojos se iluminaron porque pensó en Elvira, la preciosa muchachita que había aceptado su invitación a salir y lo llenaba de esperanza.

Siniestra simetría

Los recuerdos de auténtico amor familiar terminaban cerca de sus cuatro o cinco años. Después, tenía claro que tan sólo había recibido un poco de administrativo cariño de parte de su madre. Y que su padre y hermanos lo habían tolerado, pero no compartido tiempo con él. Con tan corta edad se retrajo y trató de pasar desapercibido y como era de esperarse, reemplazó la de su familia por la deliciosa compañía de los libros.

Creció en un ambiente —si bien no hostil o violento— desapegado, sin miradas ni muestras físicas de cariño, pero lleno de agradables y largas conversaciones telefónicas: cuando su padre o sus hermanos llamaban a la casa y él atendía, compensaban sus tratos ásperos con charlas llenas de afecto.

El colegio primario y el secundario lo vieron llorar por los desprecios y burlas de sus compañeros. Hay que reconocer que no lo maltrataban, pero hacían algo peor: no lo trataban. El bicho le decían. Los recreos lo encontraban leyendo.

Cuando terminó el secundario anunció que se iba a vivir solo a la casa de los abuelos: nadie se opuso y de hecho lo mantuvieron hasta que consiguió trabajo. La relación siguió por teléfono.

En la universidad, en la carrera de Letras, ya con una personalidad más contorneada, supo manejar bien el hecho de que nadie quisiera formar equipo con él. Lo angustiante fueron los finales, no porque no estudiara, lo hacía y mucho, sino porque algunos profesores parecían desear sacárselo de encima: o lo aprobaban casi sin preguntarle nada o lo reprobaban del mismo modo. Para su fortuna, la mayoría le hacía rendir examen escrito, ocasión en la que siempre le iba muy bien.

Se recibió y se dedicó a la corrección de textos literarios, profesión que le permitió trabajar desde su casa y abandonar el puesto de atención telefónica en la compañía de seguros.

Con mucha dificultad logró pocas y efímeras relaciones con mujeres.

Cito —de fuente directa— las frases que, por teléfono, le dijeron esas mujeres cuando lo dejaron:

“No sé por qué, pero no puedo seguir con vos. En la cama, en la oscuridad, siento que toco el cielo con las manos, pero después estar juntos es muy incómodo”.

“No lo tomes a mal, sos una excelente persona, pero hay algo en vos que me hace despreciarte”.

“Terminemos, por favor. Podemos seguir siendo amigos por teléfono o por correo electrónico. Pero sin fotos, ¿sí?”.

Se pensaba, se miraba al espejo largamente y no entendía.

No tenía amigos. Excepto yo, claro. Alguna vez contaré por qué.

Examinaba su comportamiento con profundidad, buscaba en él actitudes que pudieran ser ofensivas o molestas y se respondía que no las tenía. Sus gustos musicales eran delicados y cultos: jamás cumbia, *reggaeton* o especies similares. No gustaba del cine de Hollywood, sino del bueno (las mujeres habían declarado disfrutar enormemente el compartir con él una película, pero ¡nada de cena con comentarios!). Sus gustos literarios se alejaban del *best seller* y hablaba perfecto inglés, italiano y francés. Tenía modales de academia y no seguía la moda en el vestir, por lo que era elegante.

Pensó en el suicidio. Esto lo sé porque fui yo quien lo disuadió de postergarlo.

Y fui yo, quien durante una charla telefónica, le recomendó ir a un analista.

La situación era siempre la misma sin importar la profesión o especialidad. Por teléfono lo trataban con amabilidad, como se hace cuando se inicia cualquier relación comercial; luego, cuando se encontraban, venía el gesto de desagrado, la seriedad y el moverse en la silla con incomodidad. En este caso el analista —a pesar de su supuesto entrenamiento— no fue la excepción y, después de mezquinos treinta minutos, le anunció que lamentablemente había mirado mal su agenda y que de momento no podría seguir atendiéndolo. Le pasó el teléfono de un colega.

La situación se repitió.

Armamos una lista de posibles profesionales que pudieran ayudarlo.

El médico clínico lo derivó a un dermatólogo. El dermatólogo a un psiquiatra. Éste a un andrólogo. El andrólogo a un etnólogo que, no muy convencido, le recomendó ver a un programador neurolingüístico. Éste le sugirió la visita a una colega tarotista, que lo mandó al inexplicable consultorio de una *coacher ontológica*, que lo derivó a un odontólogo, para descartar

la halitosis (la *coacher ontológica* se excusó de acercarse para comprobarla, porque declaró que la especialidad de ese oficio es otra).

En la sala de espera del odontólogo tenía la mente en blanco cuando entró otro hombre y se saludaron con parquedad. Un tipo que parecía de lo más normal, que se sentó frente a él y le clavó la mirada. No le quitaba los ojos de encima.

Entonces se sintió con el derecho de preguntar. Nunca preguntaba, porque ya se había acostumbrado a las miradas, pero esta vez, menos por molestia que por escapar de la música de Kenny G, lo hizo.

—Señor, ¿por qué me mira así?

El otro, como saliendo de un trance, alzó las cejas, hizo una mueca que pretendió ser una sonrisa y contestó:

—Soy especialista en Semiótica y, al mirarlo, usted me produce un efecto, digamos... Eeeh... Perturbador.

—¿Perturbador? —se interesó—. ¿Por qué, señor, si se puede saber?

El otro movió las manos, miró hacia arriba: buscaba las palabras.

—Voy a tomar el riesgo de ofenderlo, porque voy renunciar a todo eufemismo: siento que lo desprecio, que quiero alejarme, no mirarlo más pero, al mismo tiempo, me devora una irrefrenable necesidad de seguir mirándolo. Será por deformación profesional. Eso dice de mí un amigo que sabe de Recursos Humanos.

—Puede ser. Y no me ofendo. A todo el mundo le pasa lo mismo conmigo. Créame, he visto a todos los profesionales y ninguno puede decirme por qué la gente me rechaza.

—¿Me puedo acercar? —dijo el semiótico.

—Venga, hombre, por favor, es la primera vez que me lo piden.

—Quiero mirarlo con atención.

Se pusieron frente a frente. El especialista en Semiótica fruncía el ceño, le castañeteaban los dientes, le lagrimeaban los ojos, sudaba, pero no bajaba la mirada.

—Es... —frotaba los pulgares con los índices y los mayores—. Es... Déjeme decírselo sin vueltas, porque tal vez lo ayude a entender. Usted tiene algo. Algo que me obliga a... a... ¡A

detestarlo, a rechazarlo! —compuso su tono—. Perdóneme, por favor, no lo conozco y créame que siento que lo detesto. Es terrible, señor, me siento muy incómodo.

El especialista en Semiótica dio media vuelta, volvió a su asiento y bajó la mirada con expresión de pesar.

Al salir de la consulta con el dentista, tranquilo de no sufrir de halitosis, vio como el semiótico se paraba y le ofrecía una tarjeta.

—Creo tener la explicación a su problema. Es una hipótesis osada, diría escandalosa. Por eso le pido que no se entusiasme. Vaya a un buen fotógrafo y hágase un retrato, un primerísimo primer plano. Luego me hace llegar la foto por correo electrónico.

Tres días después de que el especialista en Semiótica le confirmara la recepción de la foto, recibió un correo.

“Ni bien miré su foto, confirmé mis sospechas: su cara es perfectamente simétrica. Si uno trazara una línea vertical que dividiera su cara en dos (cosa que hice, bueno, lo hizo un amigo que sabe de diseño) las mitades son exactamente iguales. No parecidas: son réplicas especulares. Entonces no es tan difícil entender: la simetría, la perfección, para la gente, es detestable. Y no es muy difícil darse cuenta: en forma inconsciente, las personas perciben que usted les está revelando su imperfección, su falla, su defecto. Usted es una prueba intolerable de la imperfección de ellos. Y todo el mundo se cree perfecto y no está dispuesto a enfrentar la realidad de que haya alguien *verdaderamente* perfecto. Se lo perdonan a Dios, pero no a un par secular. Cualquiera se mira al espejo y ve algo bello —incluso los más feos—, y esto es porque todos hemos tenido madres y abuelas o porque nos hemos acostumbrado a vernos, tal como le pasa a usted. Pero verá que cuando abra las fotos que le mandé, sentirá lo mismo que sienten aquellos que lo miran. La gente adora los autos simétricos, los jarrones, los cuerpos simétricos (aunque no lo sean), pero no pueden tolerar una cara simétrica. Y, según un amigo que sabe sobre psicología de la percepción, no lo desprecian porque *ven* la simetría de su cara sino porque la *sienten*. Y esa noción instintiva los angustia y los hace sentir moleestamente vulnerables. Creo haber leído que nada más en Babilonia veneraban la simetría. En fin, las fotos que le adjunto, deben ser observadas en la secuencia indicada. Se trata siempre de la misma mujer. En la primera foto es tal cual es ella; en la segunda espejé (bueno, mi amigo que sabe de diseño) el lado izquierdo, en la tercera el derecho. Mire, saque sus conclusiones y va a encontrar el motivo de su rechazo. Pero tenga en cuenta esto: el problema

no es suyo, es de los otros, de los que lo miran. Se trata de un problema de imagen, no de identidad”.

Abrió la primera foto adjunta: una mujer de unos treinta años, muy atractiva. Abrió la que seguía: la cara de la mujer parecía haberse deformado. Un repelente efecto se había producido en ella: parecía una especie de insecto o extraterrestre. Una cara repulsiva, odiosa. Un bicho.

Abrió la tercera foto: la cara en la pantalla parecía la de una tercera mujer y aunque mantenía ese efecto desagradable, ya no era tan molesto.

Apagó la computadora. ¿Cómo nunca lo había notado? ¿Cómo nunca se había dado cuenta? Se respondió (yo lo ayudé un poco) que después de tantos años, ya tenía naturalizada la imagen de su cara en el espejo y, al fin y al cabo, era su cara.

Se le mezclaron sentimientos: le llegaba la revelación del porqué del rechazo de los demás y se trataba de un avance. Lo alentaba saber la causa de su mal, ya que le daba la oportunidad de remediarlo. ¿Pero cómo? El especialista en Semiótica había dicho que se trataba de un problema de imagen y no de identidad. Y a él no se le escapaba que los problemas de imagen tienen un origen en la identidad. Tenía que trabajar sobre su identidad. ¿Pero cómo?

Despertó con la feliz idea de que ya sabía cómo ocuparse de su identidad: se haría operar la cara. Un cirujano plástico podía con mucha facilidad agregar algo que lo hiciera asimétrico, imperfecto. No tenía que ser gran cosa, un detalle que desencajara su cara nada más que un poco, que eliminara su despreciable simetría.

—De ninguna manera, señor. Yo no deforms, yo corrijo. Ante todo soy médico y he hecho el juramento de curar.

—¡Pero las cirugías plásticas no curan nada!

—¿A no?! —se airó el otro—. ¡Curan, señor! Curan el ego. Porque un ego lastimado es tan doloroso como una fractura. Y hay que curarlo. El ego es parte de la esencia de una persona, es el alma de una persona. Yo hago que una persona que se encuentra incómoda consigo, se reconcilie, se acepte.

—¡Y yo necesito eso, doctor!

—¡No, no, su caso es distinto! ¿Qué ve usted cuando mira el espejo? ¡A ver! ¿Ve algo desagradable, algo que le parezca feo?

—No...

—¿Entonces? —negó firmemente con la cabeza— Me niego a operarlo. Me niego. Simplemente porque yo no veo en usted ningún problema, no siento por usted ningún rechazo. Debería ir a un psicólogo.

—No, ya estuve ahí y no sirvió de nada —meneó la cabeza y preguntó—: dígame la verdad, ¿es un problema de plata?

—¡Claro que es un problema de plata! ¡La plata que me va a querer sacar con el juicio que me va a hacer por deformarle una cara perfecta!

Dos cirujanos plásticos más dijeron lo mismo. No había papel firmado que los disuadiera.

Se hizo golpear por uno. Se miró al espejo: la cara le había quedado muy mal, por lo menos de un lado, porque tomó la precaución de que el tipo le diera sólo del costado izquierdo.

Fue un éxito. Con la mentira de un robo, superó las preguntas sobre qué le había pasado y todos lo trataban con deferencia. Incluso yo, que conocía la artimaña, lo invité a comer asado.

Hasta que se le curó la cara. Su simetría volvía al cauce con pertinacia. Y con ella los rechazos.

Le sugerí un tatuaje, pero se negó: se trataba de algo definitivo y si bien reconoció que necesitaba algo así, eso no iba con su estilo. ¿Qué haría cuando viniera viejo?

Maquillaje, le dije, que no es nada perdurable. Se negó en redondo: su masculinidad no lo toleraba y, por otro lado, se trataba de algo que se quitaba con una lavada de cara.

La barba desapareja no ayudó porque gran parte de la cara seguía a la vista, sobre todo los ojos.

Tuve que hablar —por teléfono— con él muchas horas para que volviera a postergar el suicidio.

Un día, caminando por debajo de un puente de la Panamericana, vio uno de esos carteles que ofrecen abortos discretos. Siempre le parecieron una abominación, pero una idea desesperada le vino a la cabeza.

En un principio el cirujano se mostró reticente: él se dedicaba a abortos no a cirugía plástica.

—Yo no necesito un cirujano plástico, yo necesito a alguien que maneje un bisturí con alguna habilidad y que no tenga moral. Saque o ponga algo en mi cara, algo que no se pueda arreglar por sí solo.

La garantía de que no habría reparos por el precio allanó todo prurito.

Viene muy seguido a casa y hace casi un año que está de novio con mi prima, que me contó que la relación marchaba muy bien. Incluso él le había propuesto ir a vivir juntos. Ella le había contestado que lo haría si él aceptaba instalar espejos en la casa.

Supervivencia

¿Qué tiene de moro este tipo?, se preguntó Abelardo Landaburu cuando vio por primera vez al Moro.

Nariz aplanada de boxeador, la cara cosida de tajos, y uno sobre la ceja derecha que le cruzaba el ojo. Un ojo azul, muy azul, azul acero. Su piel alguna vez había sido blanca. El desierto y las estaqueadas la habían vuelto cobriza. El pelo rubio, duro y retorcido se confundía con la barba. Muchas cosas se contaban del Moro, más de las que él mismo sabía. Alto, muy alto, de espalda ancha y edad imprecisa, aquel sargento recibía el mayor respeto en el fortín. Respeto basado en su coraje, pero mucho más en el temor que infundía.

Había escuchado Landaburu que el Moro tenía lenta la amabilidad, y rápido el facón.

Por eso, Landaburu, delgado, reseco y miope, se acercó al Moro casi con reverencia, mientras el sargento ajustaba el apero de su alazán. Escondido detrás de sus anteojos, se le puso adelante al Moro para que lo viera. Aquel ni mosqueó. Carraspeó Landaburu, y optó por descubrirse. Con el chambergo en la mano, habló. La voz le salió menos firme de lo que había querido:

—Perdón, señor... ¿Usted es el Moro?

—Según —contestó el otro, sin mirarlo.

—Soy el profesor Landaburu. Abelardo Landaburu. Y vengo de parte del comandante Banegas.

—¿Y deái? —dijo el otro.

Landaburu se acomodó los lentes, sacó el poco pecho que tenía y respondió:

—Soy biólogo y trabajo como becario para el Instituto Smithsonian de Washington, y ha sido un honor para mí...

—No me la haga larga —lo cortó el Moro—. ¿Pa' que viene?

—Necesito ir a un lugar...

—¿Adónde? —gruñó el Moro.

—Al... al Cangrejal de Huecuvú.

El Moro dejó el apero y resopló. Se miró la punta de las botas. ¿Qué carajo quería ir a hacer allá ese porteño de mierda? Se rascó la barba, se acomodó el pantalón y le preguntó:

—¿Y se puede saber a qué quiere ir usted allá?

Landaburu acomodó el cuerpo, puso las manos en la espalda y recitó:

—Voy a estudiar la vida de los cangrejos aislados en el desierto, su forma de reproducción y las similitudes con el cangrejo marítimo. Si mi estudio es satisfactorio, puedo ser nombrado para la planta estable de investigadores del Smithsonian.

—Ahá, mire usted. Mire usted cuántas palabras difíciles, eh. Cangrejo marítimo. Planta estable, el *sonianano*...

—¿Qué me dice, Moro?

El Moro no contestó enseguida, se tomó su tiempo. Estiró la mano y alcanzó la garrafa panzona que colgaba de un travesaño del corral. El vino le resbaló por la barba, le recorrió el cuello y mojó la camisa reseca, de color indefinible.

—Que son cuatro días a caballo, eso le digo.

—¡Cuatro días!

—Es eso o quedarse, porteño —dijo, secándose con el dorso de la mano—. En todo el camino no hay una gota de agua. El sol le va a aujeriar el chambergo y le van a salir ampollas en el culo.

Por su sonrisa ladina, Landaburu supo que el Moro disfrutaba de la descripción.

—¿Y los indios, Moro?

—¿Los indios? Los indios no son el problema.

—¿Entonces?

—Entonces prepare el culo nomás, que se le ha de borrar la raya. Con la fresca salimos.

La mañana refulgía. El sol se había clavado en la tierra cuarteada.

Salieron Landaburu, el Moro, cinco soldados bien armados, Yaikekan, el lenguaraz, y el capellán. El Padre Mastronardi, sesentón, gordo y de aspecto simpático, se mostraba muy locuaz.

Impresionado por el Moro, Landaburu decidió darle charla al cura para indagar acerca de semejante personaje. Cargó la pipa de raíz de brezo, la *erica arborea*, como le gustaba llamarla. La encendió y se la ofreció al Padre, quien aceptó gustoso.

—Me extraña su presencia en esta partida, padre Mastronardi.

—Si bien estamos viviendo un tiempo de tregua con los salvajes, el hecho de que esté yo garantiza que no es una batida. Además, nunca he llevado la Palabra de Dios a los parajes que van a recorrer.

Landaburu, animado por esa afabilidad, lanzó la pregunta sin más rodeos:

—Disculpe, padre, pero... ¿por qué al Moro le dicen el Moro? A mí me parece bien blanco, europeo. Está, digamos... un poco arruinado, pero...

—¿Europeo, dice? —el cura sonrió, caló la pipa, y una nube de humo no llegó a ocultar su expresión de suspicacia—. Usted está en lo cierto. El nombre del Moro es Alexander *Morrow*, ¿entiende? Nació en Glasgow, Escocia, creo.

—¿Escocia? —se sorprendió Landaburu.

—Así es —siguió entusiasmado el cura—. Según sé, al poco tiempo de nacer, fue traído a la Argentina por su padre, un diplomático. De chico se mostró rebelde y desobediente, peleador. Cuando tenía quince años empezó a ganar unos pesos como boxeador callejero, ¡como si le hiciera falta! Así tiene la nariz, usted lo ha visto. Un día le partió la mandíbula al hijo de un funcionario.

—Un tipo fuerte...

—Aparte de lo fuerte, se dieron cuenta de que en la mano tenía un bulón. El padre tuvo que pagar una indemnización y encerrarlo en su residencia. Al poco tiempo se escapó, hizo de las suyas, lo levaron y ahí lo ve al Moro.

—Aaah... ¿Y “Moro” viene de *Morrow*, no?

—¡Así es! ¡Se imagina a un capitán llamándolo “*Alexander Morrow*, venga acá”! —dijo el cura exagerando la pronunciación del inglés.

—Entiendo, entiendo —Landaburu volvió su mirada hacia el Moro, hizo una pausa y luego afirmó—: noté que tiene muchas cicatrices... Una sobre el ojo —dijo cruzando el dedo índice sobre su ojo derecho—. Otra en...

—¡Y las que no se le ven! —interrumpió el cura—. ¡Una matadura por cada batalla con los infieles! Siempre va al frente y nunca vuelve entero. Por eso los hombres lo siguen a muerte.

Landaburu alzó las cejas y meneó la cabeza. Miró la poderosa espalda del Moro moviéndose al ritmo del paso del caballo y trató de compararla con la suya. Abandonó el ejercicio por humillante.

—Parece que los porteños —dijo— no le caemos bien. No sé, digo.

—¿Por? —el cura lo midió.

—El Moro fue poco amable conmigo, padre.

—¿Amable aquél? —el cura señaló al Moro con la pipa, que nunca devolvió—. Aquél es un salvaje. Es peor que los pampas. Cuentan que, una vez, cuando toda su partida quedó exterminada, sólo quedaban él y un baqueano malherido en un bajo rodeado de médanos. Había más de veinte chuzas dando vueltas, y el Moro sabía que no saldrían vivos.

—¿Y qué hizo?

—Se golpeó el pecho y señaló a un indio grandote como un percherón. El salvaje se le fue al humo como una fiera. El Moro, que tiene más mañas que Mandinga, lo tiró del caballo. Después lo ató, le cortó las... los testículos...

—¡Padre!

—Y se los comió crudos. Los pampas los dejaron pasar sin tocarlos. Desde ese día, para un indio, matar al Moro sería su máxima prueba de coraje. Más que matar un tigre a cuchillo. Pero no se le animan.

Un sudor frío recorrió la espalda de Landaburu. La espantosa anécdota lo había asqueado. Y lo peor tenía que ver con que el tono del cura sonaba a entusiasmo.

—Eso fue en extremo salvaje, padre Mastronardi —se oyó decir, con tono de reconvención.

El padre alzó los hombros y arqueó las cejas. Chupó de la pipa nuevamente, paladeó y, con los ojos entrecerrados por el espeso humo, le disparó:

—¿Y usted que hubiera hecho, Landaburu?

Landaburu se enderezó en la montura, se acomodó la chaqueta, carraspeó.

—No sé —contestó atropellado—, no sé qué hubiera hecho.

—Rendirse y negociar, acaso.

—Rendirme y negociar, por qué no. Algo diferente a tal crueldad. Ese indio, padre, era también un ser humano. Un hijo de Dios.

El padre Mastronardi soltó una carcajada corta y sonora, mezclada con humosa tos.

—Usted sabrá mucho de cangrejos, profesor, pero nada de la frontera. Nada. Y menos de los indios. Con ellos no hay ni rendición ni negociación. Créame: se mata o se muere.

De pronto los caballos se detuvieron. Landaburu vio que uno de los soldados, después de apearse, corría unos metros y alzaba algo de la tierra. Aquello, que de seguro se trataba de una sogá, se movía ondulante. El soldado desenvainó el facón y cortó la punta de lo que Landaburu creía una cuerda.

—Motta, vea —dijo el cura meneando la cabeza con aprobación—: cazó una yarará. ¿Usted comió yarará alguna vez?

—¡En absoluto! —contestó el naturalista, dando un salto en la montura—. Y si seguimos con lo de matar o morir, no creo que tenga que ser tan así, padre. No estoy de acuerdo con que todo deba reducirse a su fórmula de matar o morir. Usted es un hombre de oración, un sacerdote. Me extraña que apruebe el comportamiento del Moro. Me extraña que incluso lo admire.

El cura se alzó de hombros.

—Matar o morir no es mi fórmula, Landaburu, entiéndalo. Es la pampa, es la realidad que tienen que vivir hombres como el Moro. Y, por otro lado, yo no apruebo nada. ¿Qué podría aprobar yo? Ellos resuelven las cosas como más les conviene para seguir vivos. Supervivencia, que le dicen.

Landaburu meneó la cabeza y frunció los labios.

—Usted, padre, y sepa disculpar mi sinceridad —dijo alzando una mano, como atajándose—, no aprueba, aunque tampoco desaprueba. ¿No le parece muy poco compromiso para un religioso? Así, las cosas nunca van a cambiar en este lugar alejado de Dios.

El padre, que había vuelto la mirada hacia el frente, giró su cabeza hacia Landaburu y se alzó en la montura.

—¡Mirelo al porteño! —dijo golpeándose el muslo con la mano libre—. ¿Poco compromiso, dice? —y la pipa crujió entre sus dientes—. ¡Poco compromiso! ¿Sabe cuánto hace que se

me prenden fuego las sandalias en este infierno? ¡Doce años, m'hijito! ¿Sabe a cuántos les junté las tripas mientras les rezaba una oración?

—Bueno, padre, no se ponga así...

—¿Cómo quiere que me le ponga, hombre? ¡Usted viene acá, pasa un día y ya se cree con derecho a juzgar! ¡Cállese un poco y aprenda antes de hablar!

Fastidiado, el padre Mastronardi se reacomodó en la montura. Perdió la mirada en el horizonte, acaso buscaba serenidad.

Landaburu calló, jugó con las crines de su caballo. Se dejó impresionar por el tamaño desmesurado de un ave rapaz, desconocida, posada en un árbol menudo y retorcido. Recordó el hallazgo de Motta. Al pensar que sus compañeros de aventura se alimentaban de serpientes, se le retorcieron las tripas. Intento deshacerse de la idea contando las escasas nubes que manchaban el cielo. Luego miró al cura y dijo suavemente:

—Le pido disculpas, padre...

—Para juzgar, señor, hay que haber vivido la situación.

—Ha hablado usted muy bien —concedió Landaburu—. Me dejé llevar por mi espíritu teórico. Ahora...

—¿Ahora qué, Landaburu?

—Digo, si usted se viera en esa situación, padre, ¿qué haría? ¿Haría lo que fuera para sobrevivir?

El capellán sonrió y miró el dilatado horizonte, y se tomó unos segundos.

—Rezaría, hijo —respondió en voz baja y con mirada bondadosa—. Rezaría con todas mis fuerzas para que el Espíritu Santo me diera la fortaleza de aceptar lo inevitable.

Tres días. Tres días de lento peregrinaje sin novedades. Algún ñandú (avestruces los llamaban ellos) fuera del alcance de los Remington o alguna serpiente devenida en comida.

El naturalista entendió que ir al paso servía para cuidar los caballos. Muy claro. Sin embargo, ese conocimiento no hizo que mejoraran sus ampolladas asentaderas. El sol se ensañaba partiéndole los labios y despellejándole la frente. Más allá de esos detalles, el ánimo de Landaburu sufría por esa aburrida indolencia: el desierto.

Al amanecer del cuarto día, el soldado raso Lozano contestó muy solícitamente a su pregunta:

—Sí, ya estamos cerca. Cuando la tierra se pone blandita —señaló hacia el suelo— ¿Ve, don?, es porque hay un cangrejal.

En la vanguardia, el Moro volvió grupas y trotó hasta Landaburu.

—Ahí tiene su cangrejal, porteño. Y no se acerque sin atarse al pingo. Si se queda empantanado, se lo comen los cangrejos.

—¿Para tanto, sargento?

—Haga lo que quiera. Después no me venga a joder con que lo saque —y se alejó.

Mandó una avanzada lo más cerca posible del cangrejal para ver si pisaban terreno firme o si convenía acampar ahí mismo.

Los soldados volvieron pronto, y con expresión desorientada.

—Sargento —dijo el chango Suárez—, el cangrejal está seco.

—¿Seco?

—Todo seco. Como lengua e' loro.

—¡Qué va a estar seco semejante cangrejal! —dijo El Moro picando el caballo—. ¡Vamos!

Pronto lo comprobaron: Suárez no había exagerado nada. Lo que fuera pantano, ahora atrapaba cangrejos y osamentas en una masa pétreo. Landaburu arrancó uno de los cangrejos con un palo y lo alzó a la altura de sus ojos. Extrajo una lupa de su chaqueta y lo estudió.

—Estos animales —dijo— no están deshidratados. Eso pensé yo en un principio. Están... están petrificados. Fosilizados, diría.

—¿Lo qué? —preguntó uno de los soldados sacándose el quepis para rascarse la cabeza.

El Moro vio venir la curioseada del soldadaje y se los sacó de encima. Sabía que no se achicaban con los indios, no importaba cuántos fueran; eso sí: cuando algo no tenía explicación, se ponían muy nerviosos.

—¡A armar las carpas, carajo, o los estaqueo a todos!

Los soldados se desbandaron a cumplir la orden.

Él se apeó, se paró junto a Landaburu y lo agarró del brazo.

—Dígame, porteño —dijo con voz baja y amenazante—. Dígame lo que pasó con esos cangrejos...

—No tengo la menor idea —contestó Landaburu al mismo tiempo que se liberaba de la mano—. Sólo sé que ahora son de piedra, y el cangrejal también.

—¡Eso ya lo sé! ¡No necesito preguntarle pa' saber que todo está hecho piedra! ¡Quiero saber que pasó! ¿Entiende, *biólogo*?

Amedrentado, Landaburu no pudo hablar.

El Moro se quedó mirando el suelo. Repentinamente, como si despertara, alzó la cabeza y mientras se alejaba gritó:

—¡Gallo, Mendizábal, agarren los pingos y vamos! —montó y le dijo a Landaburu—: vamos a ver si le puedo contar que pasó con esos bichos. Quédese acá, porteño, y no se me mande ninguna cagada.

En menos de media hora, el campamento quedó instalado. Dentro de su carpa, Landaburu improvisó un laboratorio. Sobre una mesa montó su microscopio, amontonó libros, probetas, cuadernos, colocó un tintero y papel. Observó al cangrejo, hizo anotaciones.

De pronto oyó cascos de caballos y salió de la carpa. Eran el Moro y los otros dos. Sin bajarse del caballo, que caracoleaba, el Moro le gritó:

—¡Largue esas boludeces y venga!

Sólo quedó el soldado raso Motta haciendo guardia, los demás fueron detrás del Moro.

Cuando bajaron de los caballos, lo que Landaburu vio lo dejó pasmado. En el lado más alejado del cangrejal, una zanja de unos cien metros terminaba en un gran agujero, de unos veinte de diámetro y dos o tres de profundidad.

Landaburu se aproximó al borde del cráter, y sin querer pateó una gran piedra, que cayó y golpeó contra algo metálico, que sonó a hueco.

Miró al Moro, que con la cabeza le hizo un gesto de que se corriera. El Moro bajó al agujero y apartó con el pie la tierra suelta. Y así quedó al descubierto una gran superficie plateada, pintada con letras o símbolos que Landaburu no llegó a descifrar. El Moro siguió pateando

terrones y encontró una puerta entreabierta. Desenfundó el lafuché —regalo de un oficial a quien le salvara la vida— y se metió. Enseguida salió cargando algo. Landaburu se acercó. Eran como dos pequeñas camisetas de dormir, esas de cuerpo entero, sólo que hechas con alguna especie de metal dorado, sorprendentemente flexible, tanto como una tela. Pintadas con los mismos caracteres de la superficie metálica, llevaban algo adentro, que las estiraba con su peso. El Moro sacó el facón y, para sorpresa de Landaburu, rasgó el metal. De adentro cayeron varios objetos blanquecinos y alargados. El Moro tomó uno, y con una sonrisa se lo extendió. Landaburu asió lo que creyó un palo: se trataba de un hueso. Huesos pequeños, costillas, fémures, tal vez tibias, en apariencia pertenecientes a un niño de unos doce años o menos.

El cura se persignó y dijo:

—¡Que la Virgen guarde a esos niños! ¿Qué les habrán hecho?

—¡Esto es cosa del indio! —gritó con voz descompuesta el soldado raso Gallo.

Desde su montura, Yaikekan intervino con voz alterada por el terror:

—¡Eso no es cosa del indio! —afirmó el lenguaraz—. ¡Eso es *axshem*!

—¡El espíritu del mal tiene otro nombre —dijo el Padre Mastronardi—, y es mejor no nombrarlo!

—¡Moro, deje todo como está y volvamos! —Yaikekan señaló a Landaburu y agregó—: ¡Que el anteojos se quede si quiere! ¡Déjele comida y caballo, y vamos de una vez!

—¡Callate, indio flojo —dijo El Moro mirándolo con asco—. De acá no se va nadie sin que yo lo diga!

—Usted a mí no me manda, Moro. Yo me voy —Yaikekan taloneó a su zaino y se alejó velozmente.

—¡Indio cagón! —dijo el Moro, y le apuntó con el lafuché, apoyado en el borde del cráter.

—¡Pará, Morrow! —gritó el cura.

Y el lenguaraz hubiera sido hombre muerto, de no ser porque Suárez gritó desde unos cuarenta metros:

—¡Sargento Moro, venga, mire esto!

El Moro enfundó el revólver y saltó fuera del enorme agujero.

Todos lo siguieron hacia el lugar donde se encontraban, absolutamente perplejos, Suárez y el soldado raso Lozano. En la rama de un gran árbol, más o menos a un metro y medio del piso, colgaba algo que recordaba a un higo descomunal. Tenía el color del higo maduro, la textura del higo... pero adentro podía haber una vaca.

El Padre Mastronardi se persignó y susurró algunas palabras en latín. Los soldados rasos hicieron la señal de la cruz.

Sin ninguna precaución, Landaburu se abrió paso hacia al fenómeno. Acercó su cara al extraño objeto y lo olió. Lo observó con la lupa. Lo acarició y lo golpeó con los nudillos. Finalmente dijo:

—Esto no es un fruto ni un demonio. Es algo animal. Vengan, acérquense, miren acá — agregó señalando algo.

Nadie se movió, y Landaburu se alzó de hombros, despectivo ante esa falta de interés, o cobardía.

—Son venas —continuó—. Es evidente que un líquido circula por ellas —sacó de su morral una trompetilla acústica y arrió la oreja—. Y puedo percibir algo en su interior.... Algo... algo que suena como un latido. Un latido, dos... y otro más. Podría decirse, señores, que estamos frente a un capullo o una crisálida.

—¡No entiendo un carajo! —estalló el Moro, desenvainando el sable—. ¡Hable como un cristiano, porteño de mierda! ¡A ver, salga deái! —empujó al naturalista, que cayó al suelo, y entonces el sargento quedó ante el insólito capullo—. ¡Vamos a ver qué mierda sale cuando lo tajan!

—Con cuidado, hijo —dijo el Padre Mastronardi—, que esto ha de ser cosa del innombrable...

Landaburu desde el piso gritó:

—¡Nooo!

El Moro descargó un sablazo, y del surco en el higo brotó un líquido negruzco y espeso. Cuando el Moro retrocedió unos pasos, la cosa dejó de chorrear. Volvió a tajarla, y manó el mismo líquido, que pronto cesó.

—¡Vio, maricón, tanto grito! No pasó nada. Igual esta cosa no me gusta. ¡Lozano! ¡Echale unos leños ahí abajo y prendé fuego a esta mierda! ¡Vamos!

Landaburu, sin pensarlo, se levantó y tomó de la chaqueta al Moro.

—¿Cómo quemarlo y mandarnos a mudar? —dijo tocándose la sien con el dedo índice—. ¿Está loco, Moro? ¡Esto es un hallazgo, un hallazgo científico! ¡No nos podemos ir así nomás!

El Moro se sacudió la mano que aferraba su ropa y contestó:

—¿Ah, no? ¡Miremé cómo me voy así nomás!

Confundido, Landaburu se aproximó al capullo. Lo tocó donde el Moro lo había cortado. Giró la cabeza. Vio al grupo ir hacia donde habían dejado los caballos, ocultos por los espinillos. Todas sus dudas desaparecieron: muerto, no habría descubrimiento que contar. Corrió para unirse a ellos. Nunca los alcanzó: un ensordecedor bramido, como lanzado por el más colosal de los toros, lo hizo detenerse en seco. Se dio vuelta. Todos se dieron vuelta.

Lo que había sido esa especie de higo, se alzaba ahora en la forma de un animal desconocido de unos dos metros de altura, verde brillante. Cuerpo de gusano, patas de langosta y alas cartilaginosas similares a las de los murciélagos gigantes de Centroamérica. De la boca ancha y erizada de dientes, gruesa como el brazo de un hombre, salía una lengua que viboreaba. Lengua que también contenía en su extremo una boca ancha, llena de dientes. La vibrátil y larga cola, terminada en una garra como de buitres, se agitaba frenéticamente. Lozano se quedó allí, con un haz de troncos entre los brazos, mirando, inmóvil.

—¡Lozano, salga de ahí! —gritó el Moro— ¡No sea pelotudo!

Todos le gritaron que corriera hacia su caballo. Lozano, si bien era conocido por su bravura, más lo era por su lentitud de mollera. Soltó los troncos, aunque nunca llegó a sacar el sable: la cola se alzó, y, veloz como un látigo, la garra se le enterró en el pecho. La bestia lo atrajo hacia sí y lo cubrió por completo con las alas. Segundos después, la ropa y los huesos grisáceos caían sobre el suelo reseco. El cráneo rodó hasta los pies del Moro, y eso lo hizo reaccionar.

—¡La gran puta! —dijo, y amartilló el lafuché.

Cuando iba a disparar, la bestia se elevó con poderosos aleteos y desapareció entre las colinas. El sargento abrió fuego, y sus seis disparos se perdieron en la nada. Apuntando al cielo, tembloroso, su brazo quedó extendido. Suárez se acercó y se lo bajó. El Moro lo miró con odio y perplejidad. El cura se persignó. Landaburu se quitó los lentes, y los soldados se miraron entre sí. Sin decir una palabra, todos corrieron hacia los caballos.

No los encontraron.

Ni siquiera estaba el alazán del Moro, famoso por su coraje y fidelidad.

Nadie se movía.

El Moro volvió a cargar el revólver, y eso pareció traerlo a la realidad. Lo enfundó, golpeó el hombro de Landaburu y dijo:

—¿Qué mierda era eso? —señaló hacia donde habían estado los caballos—. ¡Hasta el Chusco se me escapó! ¡Hable, porteño fanfarrón! ¿Qué era eso?

Landaburu se alzó de hombros, abrió grandes los ojos y negó con la cabeza.

El Moro resopló y dirigió su mirada al capellán:

—Y usted, padre: ¿qué era eso? ¿El diablo?

El sacerdote hizo una sonrisa tristona.

—¿Cómo puedo saberlo, hijo querido?

—¡Otro más! ¡Otro más! —rugió el Moro pateándole tierra a Landaburu—. ¡Usted se infla con que es profesor de acá y de allá, y no sabe una mierda! ¡Usted, padre, tanta persignada, tanta oración... y tampoco sabe un carajo!

—¡Hijo!

El Moro se sacó el sombrero y se pasó la manga por la frente.

—¡Claro —dijo—, total, para eso está el soldado, no! ¡Cuando los que tienen que saber no saben, el soldado pone el cuerpo! —desenvainó el facón y lo apuntó a Landaburu—. ¡Ta' bien, así nomás es la cosa! ¡Yo me voy a ocupar de ese bicho!

Resignados a andar sin monta, caminaron hasta el campamento. Eso sí: no dejaban de mirar al cielo. Un cielo de enero que vomitaba rescoldos sobre el desierto.

Cuando llegaron, el Moro ordenó:

—¡Dormimos acá, y mañana vamos a ver si encontramos a los fletes!

Armaron una fogata y terminaron de comer justo cuando caía la noche. Suárez haría la primera guardia. Mendizábal, Gallo y Motta dormirían juntos. El Moro en su tienda. El capellán y Landaburu compartirían una carpa.

Cuando se preparaban para dormir, el bramido lejano de la bestia llenó el aire. Instantes más tarde, en medio de la absoluta oscuridad del cielo, el monstruo sobrevoló el campamento. Todos escucharon el ominoso aleteo que pasaba sobre ellos y se alejaba. Y otro bramido. El Moro, con el porrón de grapa en la mano, amartilló el revólver. Lo alzó al cielo, hacia un blanco invisible. De nuevo el aleteo. El Moro apuntó siguiendo un objetivo que solo él veía y abrió fuego. Un alarido lastimoso coronó su puntería y su instinto.

Los soldados gritaron, y el Moro, volviendo a disparar al aire, rugió al cielo:

—¡Para que tengas, hij'una gran puta! —tomó un largo trago y siguió—. ¡A mí no me vas a comer! ¡A mí no me vas a comer!

Después encaró a Landaburu, disparó por encima de su cabeza y le puso el arma humeante frente a la cara.

—¡Esto, sabio! ¡Esto! —dijo agitando el revólver—. ¡Esto le va a salvar la vida y no sus libros! —golpeó el pecho del naturalista con el porrón, que le salpicó la cara—. ¡Ahora mamesé un poco y duerma, carajo!

Landaburu agarró la botella. El Moro se quedó parado ahí, mirándolo.

—¿Y, sabio? —dijo, y el caño del revólver golpeteaba el porrón como si fuese un badajo—. ¿Va a tomar o no va a tomar?

Ahora sólo se oía el chasquido de los leños al arder. Landaburu alzó el porrón, intentó beber un sorbo. Se atragantó. Tosió. El Moro rió a los gritos, enfundó el revólver y ordenó:

—Hacé el puesto al lado del fuego, Suárez, bien cerquita. Yo me voy a echar acá —tiró al piso la manta que llevaba al hombro—. Que el fuego no se apague, clínudo, porque si no te despeno. —Se acostó y, hablando para sí, dijo—: todos los bichos le escapan al fuego.

Landaburu bebió otro sorbo. No tosió. Se limpió la boca con el dorso de la mano y se quedó mirando al Moro. Admirando al Moro, mejor dicho. Admiraba su sangre fría, sus nervios de acero. ¿No sentía miedo el Moro? No, que iba a sentir miedo. Un ser básico, elemental. Si algo gritaba de dolor, era mortal, y eso resultaba suficiente razón para no tenerle miedo.

¿Y él? Él, Abelardo Landaburu, el gran biólogo, no sabía si podría dormir del terror que tenía.

Le vino la tentación de echarse junto al Moro, de acurrucarse como cuando buscaba refugio en la cama de sus padres: la presencia del Moro le garantizaba que saldrían vivos.

El cura se le acercó y le pidió el porrón.

—Mi buen Dios sabrá mirar para otro lado —dijo. Después de beber un largo trago se lo devolvió—. Total, con tanta oscuridad...

El cura se metió en la tienda, se echó a dormir. Landaburu lo acompañó con una mueca de resignación: confiaba más en las balas del Moro que en las oraciones de Mastronardi.

Los despertó un sol joven, aburrido de la noche fría.

El Moro ordenó levantar las carpas y que se prepararan atados con provisiones y las cosas que cada uno necesitara llevar. Dejaron todo listo para iniciar la marcha tan pronto como encontraran los caballos.

Mandó a Mendizábal y Motta en una dirección, y a Gallo y a Suárez en otra. Él buscaría con Landaburu y el capellán.

El terreno, reseco y plagado de hondonadas, hizo que muy pronto perdieran de vista a los demás. Los pocos árboles raquíticos y aislados de la zona no aportaban mucha sombra, y en ningún momento vieron cursos de agua.

Cada tanto, el Moro se agachaba, apoyaba los dedos en el suelo, miraba al horizonte y modificaba la dirección. En ese páramo, el único sonido lo producían los pasos de ellos tres. Ni siquiera había viento. El Moro se detenía y lanzaba el silbido que llamaba a su caballo. Pero el caballo no aparecía.

Los puños sobre la cadera, el Moro dijo con tranquilidad:

—Se espantaron feo, carajo. Vaya a saber dónde están. Si los otros no los encontraron, habrá que caminar hasta Palauco, nomás.

—¿Caminar hasta Palauco? —preguntó el cura—. ¿Con aquellos atados?

—¿Tiene otra idea mejor, padre?

—No me apretés, Moro.

—¿Entonces? Es lo que está más cerca. Recién salió el sol. Si caminamos parejo, a la noche llegamos. Y si llegamos, nos salvamos.

—Perdón por mi ignorancia, pero, ¿qué es Palauco? —preguntó Landaburu mirando alternativamente al Moro y al cura—. ¿Una ciudad? Digo... ¿un pueblo?

El Moro no pudo contener una carcajada salvaje. Se rascó la barba, miró hacia abajo, hizo un dibujo con la punta de la bota sobre el polvo y dijo, levantando la mirada, llorosa por la risa:

—Se lo dejo, padre. A mí ya me cansó —y se alejó.

El cura apoyó la mano en el hombro del naturalista y le dijo:

—Palauco es un punto de referencia. Un refugio precario, cerca de un cangrejal. Y con un pequeño curso de agua, un riacho. Cada tanto por ahí pasa una descubierta. Todo el mundo sabe que hay que ir a Palauco si se quiere salir del desierto.

—Y dígame, padre: ¿cada cuánto es ese “cada tanto”?

—Y, depende. Una semana, un mes... —el Padre Mastronardi se rascó la cabeza con el meñique—. No le quiero mentir. Quédese tranquilo, profesor: con la comida que tenemos en el campamento, podemos aguantar.

—El Moro...

—El Moro las ha pasado peores, y nos va a sacar como que hay Dios.

Landaburu buscó con la mirada el polvo que el Moro levantaba con su tosco andar y lo siguió.

No era más que un soldado bruto. Él, un hombre de mundo, podía entender que era injusto exigirle educación y modales a un pobre diablo como el Moro. Él tenía la obligación de comprender. Aquellos que habían tenido acceso a la educación se veían conminados a saber soslayar las ignorancias ajenas. ¿Qué sutileza podía esperarse de un tipo que vivía todo el tiempo luchando por sobrevivir? Sobrevivir. ¡Menuda tarea en ese sitio horrible! ¡Pero cortarle los testículos a un ser humano! De todos modos, no podía dejar de sentirse interpelado por la brutalidad del Moro, tan dentro del contexto que le había tocado vivir: ¿de qué cosas sería capaz él mismo, cuando su vida estuviese en juego?

Pronto se unieron a los soldados del abandonado campamento: ellos tampoco habían encontrado los caballos.

—Si no hay monta —dijo el Moro—, hay que aligerar. ¡Vamos, a desarmar los bagayos! ¡Nada más que comida y abrigo!

Landaburu no obedeció, dejó el atado tal como lo había armado.

El Moro se le acercó con una sonrisa socarrona.

—¿No oyó, usted? —dijo pateando el paquete—. ¡A ver, abra esa porquería!

—¡No, Moro! —gimoteó Landaburu—. ¡No haga eso, no lo patee! ¡Ahí adentro está mi microscopio!

—¿El qué?! —contestó el Moro y cortó la soga con el facón—. ¡Y a mí qué mierda me importa! ¡Es al pedo que lleve esto! —siguió, arrojando los libros sobre la tierra, medio agachado—. ¡Comida y abrigo dije, carajo!

Cuando el sargento revoleó el microscopio, Landaburu, a dos manos, levantó una roca y se la estrelló en la espalda. El Moro trastabilló unos pasos y se dio vuelta. Arqueó el lomo, con la mano apoyada en la cadera.

Landaburu se le arrojó encima.

El Moro sonreía cuando esquivó el puñetazo. Sonreía también cuando le descargó su puño en el estómago. Y no dejó de hacerlo cuando le habló, aplastando el microscopio con la bota, frente a la cara del naturalista caído, que tosía y levantaba nubecitas de polvo:

—Solamente comida y abrigo, porteño. —Y repitió dando un último pisotón al artefacto— : ¡Comida y abrigo! ¿Entendió?

El Padre Mastronardi fue a levantar a Landaburu. Con una enérgica mirada desaprobó al Moro.

—Vos, Moro... —dudó, y las palabras se le atropellaron—. Vos sos un animal.

El Moro no contestó, tanto solo lanzó una risita, para luego iniciar la caminata.

El Padre Mastronardi se ocupó de sentar a Landaburu, de mantenerlo derecho. Luego le envolvió charque, con manta de refuerzo. Landaburu, los ojos llorosos, recibió el atado.

—Vamos, Abelardo —dijo el cura, acomodándose en la espalda del naturalista—. ¡Sea un poco más fuerte, hombre! Ninguna de estas cosas es tan valiosa como para que se ponga así —señaló los libros y el microscopio, y lo ayudó a levantarse.

—No es por las cosas o su valor que estoy deshecho, padre —Landaburu se pasó la mano por la frente.

Entonces se le acercó Gallo y le entregó el fusil de Lozano.

—¿Sabe cómo se usa? —dijo el soldado.

Landaburu negó con la cabeza. Recibió las instrucciones, que apenas logró retener.

El Moro lideraba la formación. Lo seguían Suárez, Mendizábal, Gallo, Landaburu y Mastronardi. Motta, que además cargaba en el cinto dos bolsas de sal para charquear, cerraba el grupo.

Oyeron un bramido, y la bestia pasó sobre ellos, y pocos metros más allá retomó y se les abalanzó en vuelo vertical.

—¡Se viene! —gritó el Moro—. ¡Abajo del árbol, abajo del árbol! ¡Vamos, vamos!

Todos corrieron. El largo cordel de una de las bolsas que llevaba Motta se le enredó entre las piernas y lo hizo caer. Se levantó, lo cortó con el cuchillo y tiró lejos la bolsa. Iba a hacer lo mismo con la otra, cuando vio venir al monstruo. Fue inútil que intentara desenvainar el sable: la bestia lo atrapó con la garra de la cola y subió unos veinte metros. Lo cubrió entre las alas y se dejó caer. Antes de llegar al suelo, abrió las alas y dejó caer huesos, ropa y sable, se estabilizó y tocó tierra. De pronto comenzó a dar estertores y lanzó dolorosos alaridos en una danza frenética. Se tambaleaba, agitaba las alas. En el esfuerzo por alzar el vuelo, la piel se le agrietó, y de ella fluyó un líquido negruzco.

El Moro salió del estupor y cargó el fusil. Apuntó con cuidado y disparó: justo donde se unía con el cuerpo, el ala izquierda se descoyuntó. Gritó el monstruo, y el Moro acertó de nuevo en el mismo objetivo. El animal se quedó inmóvil. Ahora su vientre se agitaba como si algo pugnase por salir. Desenrolló la lengua y expulsó lejos una masa blancuzca. Sus patas de langosta apenas lo sostenían.

—¡Tírenle! —gritó El Moro—. ¡Tírenle ahora, carajo!

Cuando recibió la primera descarga, la criatura chilló, y con inesperada agilidad huyó sobre sus patas y desapareció tras una hondonada.

—¡Alto el fuego! —ordenó el Moro.

Cuando el polvo que había levantando la huida de la bestia desapareció, el Moro retomó la marcha, sin decir una palabra.

Landaburu se acercó despacio a la masa vomitada por el monstruo y la removió con la boca del fusil: era lo que quedaba de la bolsa de sal, mezclada en una compacta y hedionda espuma. Entonces buscó a su alrededor y encontró la otra bolsa, la que había hecho caer al pobre Motta. La acomodó dentro de su atado y alcanzó al grupo.

Nadie hablaba.

A media mañana, Landaburu se secó el sudor y concluyó que, para el mediodía, nada lo salvaría de una insolación. Tenían poca agua, y lo sublevaba la inminencia de la muerte. ¿Se apiadarían los soldados? ¿Le cederían parte de sus raciones, al saberlo desacostumbrado a ese medio?

Nadie pudo prever el ataque. El monstruo apareció desde atrás de una lomada, y el látigo de su cola rozó la cabeza de Landaburu y atrapó del cuello a Gallo. Suárez cargó el Remington y apuntó. El monstruo soltó a Gallo, hincó la garra en el vientre de Suárez y lo arrastró a la hondonada.

—¡Vamos a auxiliarlo! —gritó Mastronardi señalando a Gallo, y junto con Landaburu se acercaron al caído.

Gallo boqueaba sangre. Se le dieron vuelta los ojos y murió.

El cura sacó una cruz de entre sus hábitos, se persignó, impuso la mano en la frente del muerto.

—¡Carajo, padre —apuró el Moro—, vamos de una vez!

—¡Hereje, no ves que estoy celebrando un sacramento!

—¡Usted celebre lo que quiera! —gritó el Moro y se acomodó el fusil al hombro—. ¡Yo me voy!

—¡Pero qué estás diciendo, animal! ¿Te vas sin darle sepultura?

—¡Yo me voy! —contestó el Moro, y echó a caminar.

Buscando apoyo, Mastronardi miró a Landaburu: parado junto a él, le esquivaba la mirada.

El cura besó la cruz y volvió a persignarse.

Mendizábal siguió al Moro. Más apurado por irse de ahí que respetuoso, Landaburu tomó del brazo al cura para ayudarlo a levantarse. Mastronardi se sacó la mano de encima y miró a Landaburu de arriba abajo.

—¡Usted! —dijo, pateando el suelo—. ¡Usted se ha vuelto una bestia! ¡Igual que ellos!

Sin mirarse, los dos se unieron a la caminata. A unos doscientos metros, cuando llegaron a una loma, El Moro se frenó en seco.

—Sigán —ordenó.

Todos pasaron junto a él, lo dejaron atrás. Landaburu se detuvo unos pocos metros más allá. Desde ahí vio que El Moro miraba hacia donde había quedado tirado Gallo. ¿Se arrepentía de no haberlo enterrado? Landaburu consideraba eso una preocupante manifestación de debilidad. ¿Y si el Moro no era tan duro y salvaje? La angustiante inquietud, la necesidad de escrutar los sentimientos de aquella bestia llevaron a Landaburu a pararse junto al sargento, que notó su presencia.

—¿Tiene reloj? —preguntó el Moro.

—Son casi las once —contestó Landaburu, y volvió el reloj al bolsillo del chaleco.

El Moro retomó la vanguardia, seguido por Landaburu y Mendizábal. El cura cerraba la marcha.

El sol se acomodó justo sobre sus cabezas. De nada servían los chambergos. Landaburu avanzaba como llevando un yunque atado en cada tobillo, y al más mínimo tropiezo, caía. El aire polvoriento le quemaba los pulmones, ni lágrimas tenía que calmaran el ardor de sus ojos. El mundo se había convertido en una fragua, un sequeadal cuarteado, áspero. Sólo el Moro mantenía el ritmo.

El Padre Mastronardi trastabilló y cayó de rodillas. Mendizábal lo ayudó a levantarse. El Moro ni se enteró. Landaburu se dedicó a observarlo. Su economía de movimientos, su precisión en el andar, la solidez: un ejemplar destinado a sobrevivir. Y, como una revelación, supo que el Moro saldría vivo. Ni Mendizábal ni Mastronardi ni él con toda su ciencia. En ninguno de ellos latía el instinto de supervivencia como en el Moro.

Entonces aceptó el tan íntimamente combatido concepto de que el único camino para salir con vida tenía que ver con unirse al Moro. Lo venía pensando desde hacía rato. La perfecta simbiosis: el Moro representaba la fuerza indómita, irracional de la naturaleza; él, el intelecto en estado puro. Y, en esa asociación, no había lugar para ninguno más. Una cuestión básica de selección natural. Ya lo habían postulado Darwin y Wallace. Nada tenía de razonable que sobreviviera un cura, que no aportaría un bledo como reproductor, o un hombre viejo e ignorante como Mendizábal. Él representaba la juventud y la cultura. ¡Un científico! Y, por consiguiente, más provechoso para la sociedad. ¡Más que para la sociedad, para la humanidad! ¡El mundo necesitaba científicos, no curas o soldados decaídos! Tomar conciencia de sus maquinaciones lo llenó de espanto. Espanto que abruptamente fue reemplazado por una profunda tranquilidad: había alcanzado la solución del problema presente.

El grito del Moro lo volvió al desierto.

—¡Ahí viene! ¡Mendizábal, Landaburu, esta vez hay que bajarlo! ¡Padre, al suelo!

Delante de ellos se levantaba una nube de polvo.

Mendizábal y Landaburu se pararon apretados uno con el otro, muy junto al Moro.

—¡A ver, abombados! —los empujó con violencia—. ¡Así nos atropella a los tres!

Se separaron. Mendizábal quedó entre Landaburu y el Moro.

La nube venía muy rápido.

—¡No tiren hasta que yo lo diga! —ordenó el Moro.

Cien metros los separaban de la nube de polvo. Cincuenta metros. Se oyó el bramido. Veinte metros. A esa distancia, la bestia se hizo visible.

—¡Ahoraaa! —gritó El Moro.

Los tres dispararon al mismo tiempo. El retroceso del Remington *rolling block* tiró de espaldas a Landaburu. La bestia atacó, y arrastró a Mendizábal. El polvo se despejó, y a diez metros vieron al monstruo, agitado, con su única ala apretada contra el cuerpo. Los huesos del soldado cayeron mezclados con el uniforme. Dos balazos habían hecho blanco, y sobre el cuerpo de la bestia fluían dos gruesos regueros negruzcos. La criatura retrocedió y se alejó corriendo. Landaburu se levantó con dificultad, se preguntaba por qué El Moro no había disparado de nuevo.

El Moro meneó la cabeza. Se acercó a Landaburu y le sacó el reloj del bolsillo.

A su vez, Landaburu se lo arrebató.

—¡Traiga para acá! —dijo, y miró los huesos de Mendizábal y el polvo que levantaba el monstruo—. ¿Qué le agarró por saber la hora, Moro?

—¡Hay que apurarse, porteño! ¡Esto no es un paseo!

El Moro no pudo abrir el pestillo del fusil. No podía liberar el agujero en el que se colocaban las balas.

—¡Esta mierda se trabó! —revoleó el arma y se acercó al caído fusil de Mendizábal, o lo que quedaba, mejor dicho: el monstruo lo había destrozado.

Sólo contaban con ellos tres: El Moro, Landaburu y Mastronardi. ¿Armas? El fusil que cargaba Landaburu y el revólver del Moro.

El sargento inició una marcha forzada. Landaburu, de treinta años, a duras penas podía seguir ese ritmo. El cura, a la media hora se dejó caer.

—¡Basta, Moro, basta! —gimió—. ¡Ya no puedo más! —negaba con la cabeza—. ¡A este ritmo yo no sigo!

El Moro retrocedió, se agachó junto al cura y le dijo en voz baja:

—Párese o lo dejo, padre.

—¿Serías capaz, Alexander? —dijo el cura agarrándolo de la ropa.

—Haga la prueba —contestó el Moro sonriendo y se levantó.

La voz de Landaburu sonó quebrada, hueca, trastornada por el pánico.

—Moro... e... está... ahí.

A espaldas del cura, a unos diez metros de distancia, se erguía el monstruo, jadeante, amenazador. Demostraba una astucia superior: se había acercado con precaución, sin levantar polvo.

Landaburu alzó el fusil. La bestia avanzó, la cola restalló, y la garra se hincó en la espalda del cura. El Moro dio un paso atrás y desenfundó el lafuché. La garra, con pasmosa velocidad, soltó a Mastronardi, se clavó en el hombro del Moro, y lo desarmó. Luego comenzó a arrastrarlo.

—¡Hijuna' gran puta! —gritó el Moro, sacó el facón y cortó la cola de un tajo y después le arrojó el cuchillo, que golpeó con el cabo en el pecho de la bestia que bramaba de dolor.

Landaburu disparó otra vez, y ahora sólo trastabilló. Ayudó al sargento, que seguía con la garra prendida en el hombro.

La bestia aullaba: la bala de Landaburu le había reventado un ojo.

Mastronardi se arrastraba hacia ellos, estiraba una mano. La bestia, tambaleante, se le tiró encima.

Landaburu y El Moro se alejaron corriendo con sus últimas fuerzas.

Un kilómetro más adelante, el sargento se detuvo.

—¡Venga, sáqueme esto!

Landaburu rasgó la ropa del Moro. La garra estaba profundamente hincada. No había cómo sacarla.

—Está muy adentro —dijo Landaburu—. Si se la saco, Moro, se va a desangrar.

—¡Déjela ahí nomás entonces! ¿Qué hora es?

Landaburu, mirando muy fijo al Moro, sacó el reloj.

—Casi las cuatro.

—Hay que seguir.

Ni una nube. No había viento. No había aire que respirar. Se detuvieron para calmar el resuello. Tomaron la poca agua que les quedaba.

—¿Cuánto falta para llegar, sargento? —jadeó Landaburu.

—A las seis tengo que estar ahí... —contestó El Moro, con voz agitada.

—¿*Tengo* que estar ahí? —preguntó Landaburu y retrocedió un par de pasos—. ¿No será *tenemos*, Moro?

El Moro, debilitado por la pérdida de sangre, se dejó caer. Se quitó el chambergo y lo tiró a un costado.

—¡Es la misma mierda, porteño quisquilloso! —se quitó el pañuelo del cuello y se lo puso por la cara—. ¡Si yo llego, llega usted!

—No, Moro —dijo Landaburu, sin dejar de retroceder—. Para mí no es lo mismo.

—Me equivoqué. ¿Y queái si me equivoqué, porteño cagatinta? Uno está acostumbrado a...

—A hacer cualquier cosa para sobrevivir —interrumpió Landaburu con una sonrisa—. ¿Eh, Moro?

—¿Y usted —preguntó el Moro, mirando la garra sobre su brazo— no haría cualquier cosa?

—Haría lo mismo que usted —contestó Landaburu.

El Moro apoyó la mano en el cabo del sable, la única arma que le quedaba.

—¡Cuidado con lo que hace, Moro! —Landaburu cargó el fusil y le apuntó.

El Moro lo miró y sonrió.

—¿Me va a matar?

—¿Y usted —dijo Landaburu poniendo una pierna atrás y otra adelante para afirmarse— que haría?

El Moro lo miró entrecerrando los ojos, a causa del reflejo del sol.

—¿Y se va a animar a tirar?

—No me queda otra, Moro. Es usted o yo. Lo necesito para entretener al monstruo.

—Porteño ladino...—murmuró entre dientes el Moro.

—¿Usted creía que soy estúpido? ¿Qué no me di cuenta?

—¡A ver! —dijo el Moro, haciendo un ademán de impaciencia—. ¿De qué se dio cuenta el sabio?

Landaburu aflojó la postura. El caño del fusil bajó un poco, ya no apuntaba al Moro.

—De sus cálculos. Se fijaba cuánto tiempo se quedaba quieto el monstruo después de comerse a alguno. Por eso me preguntaba la hora.

—¿Y deái? —dijo el Moro, quitando con disimulo la traba del sable.

—Que al cura lo dejó morir. Usted pudo haberlo salvado, Moro —el fusil bajó un poco más—. Usted es rápido. Pudo haberlo salvado. Lo que pasa es que Mastronardi, con esa gordura... ¿no? Y después me tenía a mí, pero yo, el porteño, lo madrugué. David y Goliat, Moro.

El Moro mantuvo la calma. Se levantó despacio, apretando los dientes, bufando.

—¡Y de qué se queja! ¿No lo traje hasta acá? Olvídense de los demás. Yo lo puedo salvar. Yo puedo matar a ese bicho.

—Yo también puedo matarlo. No lo necesito a usted.

El Moro rio mostrando los dientes amarillos.

—¿Y cómo lo va a matar? ¿Con el Remington? ¡Si cada vez que tira se cae de culo!

—Con la sal que tengo acá —Landaburu bajó del todo el fusil, palmeando el atado que llevaba en la espalda.

—¿Sal? —dijo el Moro y afirmó la mano en el mango del sable—. ¡Dejesé de joder!

—Sí, Moro. Cuando el monstruo devoró a Motta, se tragó la sal que llevaba en la bolsa.

—¿Y?

—Y casi se muere. Con la ayuda de Dios, lo voy a matar con la sal.

—¡Vamos, Landaburu! —el tono del Moro se hizo amistoso—. ¡Usted y yo nos podemos salvar los dos!

—No, Moro —Landaburu negó con la cabeza—. Uno de nosotros dos se tiene que quedar acá, para entretener al monstruo. Para que la digestión le dé tiempo al otro para escapar —Luego agregó—: y el fusil lo tengo yo.

El Moro en un solo movimiento desenvainó el sable y arremetió.

Landaburu levantó el fusil, y al disparar retrocedió un par de pasos. El Moro tambaleó por el balazo en la pierna, y siguió avanzando con el sable en alto. Sin tiempo de acomodarse, Landaburu cargó y tiró al boleo. La bala entró en el vientre. El Moro rugió, pero no se detuvo. Un tercer disparo le dio en el cuello. El Moro tosió sangre. El sable bajó, volvió a subir... El Moro cayó de bruces y levantó una espesa nube de polvo.

Landaburu se acercó, le apoyó el caño en la nuca y disparó. Luego miró el reloj, pateó el cuerpo y dijo:

—Usted es grandote, Moro, me va a dar un buen rato de ventaja.

Eligió una dirección cualquiera y echó a andar.

¿Dónde encontraría Palauco? No le importaba. El instinto, una potencia que siempre había rechazado por considerarla un atavismo, le decía que llegaría a destino.

Al poco de caminar miró el reloj: calculaba que la bestia ya habría devorado al Moro. Entonces, por lo que había aprendido de esa criatura, le quedaban unas dos horas para alcanzar el refugio.

Ya no volvió a guardar el reloj: lo llevaba en un puño.

Palauco: una hondonada un poco más profunda de las que Landaburu ya había visto en el desierto. Un gigantesco zanjón natural de unos cuarenta o cincuenta metros de largo, por quince o veinte de ancho. Las paredes de los lados, de muy suave inclinación, contrastaban con la del fondo, abrupta y alta. Dentro de ella, se había practicado un agujero, ahora revestido con maderas. Landaburu no vio el cangrejal y no le interesó tampoco: frente al agujero había descubierto un cursillo de agua que formaba un triste charquito. Arrojó el fusil y metió la cabeza en el agua barrosa para saciar su sed.

Ya más calmo, revisó el lugar.

Apoyadas sobre un tronco caído había varias lanzas tacuara de casi tres metros. Encontró un largo tramo de sogas, una tosca escalera de troncos y un balde de madera podrida, con dos manijas. Ató la soga a la manija del balde y lo llenó con sal; después acomodó la escalera y lo colocó sobre una de las vigas del lado de adentro, cerca de la entrada al agujero. Se metió adentro y tiró suavemente de la soga: el balde tambaleó sobre la viga. Acomodó las tacuaras en el piso, cerca de sus pies.

El bramido se oyó lejos. Devorado el Moro, la digestión de la bestia le había dado el tiempo justo para preparar su trampa.

Iba a sobrevivir: el animal había sido herido muchas veces, le faltaba un ojo. Y, sin su garra, la cola ya no representaba un peligro. Landaburu evaluó su arsenal: dos balas una en el fusil, otra en el bolsillo y tres tacuaras. Se puso la soga entre los dientes. Amartilló el fusil y lo apuntó hacia la entrada.

Un segundo bramido se dejó oír muy cerca. Afirmó mejor el fusil en el hombro. El sol iba cayendo. Mordió fuerte la soga. Sintió el gusto áspero y salado del cáñamo sudado por cientos de manos. No le importó. Una sombra le reveló que la bestia ya caminaba dentro de la hondonada y que lo buscaba. Podía escuchar sus pasos y cómo arrastraba el ala herida.

Un chapoteo.

El monstruo se acercaba. Landaburu no pudo evitar sobresaltarse cuando la enorme figura se distinguió a contraluz en la entrada de la cueva. Cloqueó de gozo la bestia al detectar a su presa, y avanzó hacia ella. Landaburu calculó. Ahora el monstruo se colocaba debajo del balde. Landaburu mordió más fuerte la cuerda y dio un paso atrás.

El balde se volcó, y la sal se derramó sobre la criatura, que lanzó alaridos sacudiéndose sin dejar de avanzar. El estampido del fusil dejó sordo al hombre. Atontado sacó la otra bala y quiso colocarla, pero se le cayó. Retrocedió desesperado hasta caer de espaldas en medio de la oscuridad. La bestia se le abalanzaba. El naturalista alzó una de las chuzas y la afirmó en la tierra: quedó oblicua con la punta hacia adelante. Traspasada por su propio impulso, Landaburu sintió el impacto de la criatura al caer junto a él.

Se quedó quieto. Los estertores se fueron entrecortando.

Silencio

Supo que había vencido. Había vencido no sólo al monstruo, sino al desierto, al Moro y a su propia aparente debilidad.

Había prevalecido él, y se demostraba que la fortaleza física no constituía la condición excluyente para sobrevivir. La naturaleza perfecta también valoraba la inteligencia como atributo para la selección. El porteño sabiondo, el porteño de mierda, el abombado porteño cagatintas, seguía vivo, mientras el Moro formaba parte de las tripas de ese monstruo que él, Abelardo Landaburu, había eliminado. El orgullo lo hizo hablar en medio de las tinieblas:

—¡La inteligencia! —soltó una risita—. Sí, señor: la inteligencia antes que la fuerza.

Se levantó, y la cabeza golpeó contra algo muelle y correoso, como una bolsa llena de líquido. Nada veía. Junto a él tanteó una superficie veteadas en capas y nudos: la otra chuza.

Se quitó el pañuelo, lo enroscó en ella y encendió la tela con los fósforos que sacó de un bolsillo de la chaqueta. Alzó la improvisada antorcha. Colgando del techo, había tres bolsas con forma de higo, idénticas a aquella de donde había salido el monstruo que acababa de matar.

A Landaburu se le cayó la antorcha.

Corrió afuera, a gachas, hacia la luz de la entrada de la caverna, y tomó aire con desesperación. Llenó sus dos cantimploras y trepó la hondonada.

Lo que vio detrás, en el cangrejal, lo hizo reír.

Rió hasta que la risa se le volvió llanto.

De las ramas más gruesas de cada uno de los veinte o treinta árboles que medraban en el terreno húmedo, colgaba una bolsa.

Las bolsas tenían forma de higo.

Miró Landaburu hacia la derecha y vio un gran monstruo, similar al que yacía muerto en el agujero, aunque atrozmente enorme.

La bestia extraía de entre sus patas, con la garra de la cola, pequeños higos que iba colgando de a uno en los árboles.

Entonces giró la cabeza y descubrió a Landaburu.

Verdadera historia del buen ladrón

Encontré el escrito, compuesto de tres páginas cosidas, adentro de una voluminosa Biblia gótica, procedente —según podía deducirse de gastadísimos caracteres—, de Certaldo. El libro sagrado formaba parte de una singular biblioteca (singular por lo miscelánea) de una casa que compré en la zona de San Isidro. Me consta que el dueño de la casa gozó de fama de plagiario y falsificador irredento, por lo que esas páginas bien podrían tratarse de una impostura. Sin embargo, el papel mostraba auténticas huellas del paso del tiempo (nada que no pueda lograr un buen falsificador) y la lectura se me hizo ardua. Por su estilo de redacción parecía más una narración que una investigación (la lectura arrojará luz sobre el particular), pero las anotaciones al margen y al pie, en hebreo, latín y griego, escritas con tinta de otro color y de otro tiempo, correspondían más al género académico. No pude descifrar quién firmaba esos papeles: tal vez porque nadie lo hubiera hecho o porque los hongos y los piojillos se habían ensañado con extensas porciones del documento, lo cierto es que no di con el autor. No me atrevo a juzgar a la historia como veraz o apócrifa: me pareció verosímil, lo que suele aventajar a lo verdadero, por eso preferí transcribirla sin modificar una sola letra.

La cruz retumbó cuando cayó en el agujero cavado en la recia tierra del Monte Calvario. Al principio osciló y luego con una menguante vibración quedó firme en posición vertical. Los soldados romanos la aseguraron con palos y piedras.

Isajar, atado a ella con gruesas cuerdas húmedas, sangrante y lacerado, miró hacia su izquierda y vio que de otra cruz, a unos diez o doce pasos, colgaba otro ladrón como él: los conocía a todos. De pronto, en medio se alzó una tercera cruz con un hombre que no había sido atado sino clavado. Un cuerpo más roto que el de ellos, un cuerpo con el que se habían ensañado hasta destruirlo. Creyó ver en él al hombre del borrico.

La cara del tercer crucificado, cubierta por su pelo largo, mira hacia abajo, de su barba gotea sangre. Musita palabras.

El otro ladrón, que no había parado de plañir como una bestia, de pronto gritó desahogado:

—¡Eh! —echaba espuma por la boca— ¡Eh! ¿No eres acaso tú, el Cristo, el que levanta a los muertos? ¡Sálvate a ti mismo, y a nosotros!

Isajar se sintió ultrajado por esas palabras. Y su cuerpo volvió a sacudirse con el mismo temblor que paralizara sus piernas en la entrada de Jerusalén. Se removió en las cuerdas que le arrancaban la piel de brazos y piernas, y de su boca salieron palabras impulsadas por una voluntad que no reconoció:

—¡Salvaje! ¿Ni aún temes tú a Dios, estando en pleno suplicio? Y nosotros, con justicia; porque recibimos lo merecido por lo que hemos hecho; pero Éste no hizo nada malo —el llanto le quebró la voz, pero se recompuso y dijo al crucificado en el centro—: acuérdate de mí, cuando vengas en tu reino.

El otro alzó la cabeza con extrema lentitud, dirigió su mirada hacia él y con voz imperceptible para el oído, dijo:

“En verdad te digo, estarás conmigo en el Paraíso, Isajar, pero hoy no es tu día”.

Más tarde, unas tres horas después del mediodía, el crucificado en el centro volvió a susurrar algo y murió.

El cielo rugió y se ennegreció como si hubiera llegado la medianoche y se partió en mil relámpagos.

Isajar quiso llorar, pero sus ojos se llenaron de oscuridad.

Un palo ajustado impedía que sus mandíbulas masticaran sus labios y lengua; gruesas cuerdas le ataban las manos a la espalda para impedir que se desgarrara el vientre con las uñas y sus tobillos fueron atados juntos, para que no pudiera correr y embestir las paredes de roca viva o a los que lo observaban.

Y él había dejado hacer.

Sus amigos, los que lo amaban como el más sacrificado sirviente de los Apóstoles, ahora lo veían retorcerse en esa cueva a la cual lo habían llevado para alejarlo de las casas: sus aullidos hubieran inquietado a la gente, propensa a encontrar demonios en lo que no se trataba más que de una cruel enfermedad. Enfermedad terrible que había contraído de la picadura de alguna de las muchas alimañas que infestaban los lugares en los que se apiñaban los enfermos.

Los primeros síntomas habían comenzado repentinamente, muy temprano en la mañana, pero él sabía que para el mediodía, los ataques de furia que lo convertirían en una bestia, arrancarían. Por eso él mismo pidió ser encerrado en esa cueva. Él mismo indicó cómo

debían maniatarlo. Poco tiempo después daría inicio una agonía interminable. Alguno, a media voz, había sugerido un fin piadoso, pero la nueva doctrina que inflamaba los corazones descartaba a la muerte como una solución: sólo había Uno que podía dar y quitar la vida.

En los pocos momentos de lucidez que tenía entre sus accesos de furia asesina, sintió que no los odiaba, que no podía, pero al mismo tiempo sus ojos imploraban un final más rápido, más piadoso.

Recordó entonces su otra vida, que le pareció infinitamente lejana, infinitamente ajena, pero lo suficientemente cercana como para encontrar alguna razón para ese padecer.

Desde hacía varios años, las noches de la ciudad de Jerusalén se habían untado de una capa de terror que no podían limpiar ni siquiera los disciplinados soldados romanos. Robos en las casas, en los templos, en las inmediaciones de la ciudad, en la campiña. Robos que siempre terminaban con la muerte innecesaria y cruel de las víctimas. Se hablaba de una banda liderada por un hombre sin corazón, un hombre que se jactaba de no temer a Dios, de no temer a la muerte ni al tormento. Un hombre que producía terror entre sus propios secuaces. Un hombre que en ese momento, a la luz del día, impulsado por una fuerza extraña, se encaminaba a la entrada de la ciudad para ver con sus propios ojos a uno del que se decía que obraba prodigios.

Vio pasar a la multitud, oyó la algarabía mezclada con los tambores, los gritos, los ruegos y los llantos. Pensó que el robo de esa noche se vería facilitado porque los festejos tendrían distraídos a los romanos.

La gente había cubierto el suelo de la entrada a la ciudad con palmas, con sus mantos y otras hierbas como signo de reverencia: recibían a un rey.

En un momento en que la muchedumbre se hizo más abierta, vio a un hombre con la cabeza embozada por la capucha de su manto que, montado en un burro, avanzaba con lentitud sobre las palmas. Pensó que no podía tratarse del mismo hombre del que le hablaban con una mezcla de devoción y misterio. Ese hombre montado en un borrico no podía ser un rey ni obrar ningún prodigio.

Pensando así se acercó unos pasos, pero sus piernas de pronto temblaron, se detuvieron y ya no pudo caminar. Entonces el hombre montado en el burro movió apenas la cabeza. No

pudo ver su cara, pero sintió que lo miraba. Sintió que lo miró un efímero instante. Lo miró como conociéndolo, lo miró como reconociéndolo.

Algo incomprensible hormigueó en su interior cuando los ojos invisibles del hombre montado en el burro se posaron en él. Un fuerte calor lo invadió, sus piernas volvieron a temblar y recobró el poder sobre ellas. Sintió terror y corrió.

Los hombres de Isajar lo habían estudiado todo. Se movieron expertos en la noche y llegaron a la puerta más cercana al sitio donde el mercader escondía sus riquezas. La forzaron, pero se produjo un ruido no esperado. Un sirviente de coraje los enfrentó, pero pronto perdió la vida.

El mercader recibe un golpe en la cabeza, pero corre, pronto sus viejas piernas lo traicionan, cae y queda bajo la espada de Isajar. El anciano no dice una palabra, tan solo baja su cabeza. De su barba gotea sangre. Espera, porque sabe lo que sigue, pero no ruega, porque no demuestra terror. Isajar presta atención: el viejo musita palabras. Isajar cree entender que reza para disponer su alma, la entrega a las manos de su Dios y no teme. Sólo espera.

Los otros miembros de la banda, que ya habían llenado la bolsa, lo instaron a escapar, le advirtieron que se escuchaba el resonar de las armas romanas, que todo había sido una celada, una trampa.

Pero Isajar ha hecho tintinear su espada contra el suelo de piedra y ayuda al viejo a pararse. Lo mira, lo abraza y con voz apenas audible, le dice:

—Perdóname, he vivido equivocado.

Los secuaces de Isajar huyeron, los soldados entraron y se lo llevaron sin resistencia.

Entre los que lo miraban desde la entrada de la cueva, había quien lloraba, había quien rezaba de rodillas. La mayoría lo juzgaba: había sido tocado por un espíritu impuro y ya no podía considerarse como uno de ellos. La opinión del ser humano cambia con velocidad. Nada de lo mucho que había hecho, ningún sacrificio, ninguna renuncia servía para que se apiadaran de él. Y se dijo que podía odiarlos, porque ahora lo condenaban y lo olvidaban. ¿Acaso no lo había dado todo por ellos, por todos? ¿Ningún sacrificio de los muchos que había hecho

contaba hoy? Sin embargo, no podía odiarlos. ¿Odiarlos por qué? ¿Por su ignorancia? ¿Por no saber lo que hacían? Alguna vez todo sería entendido y la luz dominaría.

Al abrir los ojos, se dio cuenta de que lo habían arrojado a la pila de cadáveres que rodeaba al calvario. Aceptó esa suerte. Pero cuando vio que bajaban el cuerpo del crucificado que le hiciera la promesa, y se lo llevaban, desesperó. Quiso ir con él, seguirlos, saber adónde iban con el cuerpo, pero el dolor no lo dejó moverse. Entonces, al fin, lloró con desconsuelo hasta que perdió el sentido.

Cuando despertó, en una cama, dos mujeres lo miraban.

—Te han roto las piernas, te han bajado de la cruz, te han dado por muerto y tirado en la pila de cadáveres. Nosotras siempre vamos a revisar, porque al igual que a ti, hemos encontrado a otros. Y escuchamos tu llanto.

Él no podía contestar, pero podía respirar la piedad en esa tosca choza de barro y paja.

Muchos días libró la buena pelea con la muerte hasta que pudo alzar el torso por sí solo. Pudo pensar mucho, pudo aprender las oraciones que las mujeres rezaban mientras lo atendían.

Y comió y fortaleció su cuerpo hasta que sus piernas sanaron y, tembloroso, pudo pararse.

Nadie quiso saber de su pasado; nadie quiso saber qué lo había llevado a la cruz.

Una mujer, bella y madura, cuyo rostro traía la paz, que lo encontró sentado al sol, le dijo:

—Te han salvado dos veces: no desperdicies el regalo.

Y no lo hizo. Buscó y encontró a esos hombres a los que llamaban Apóstoles y con fervor aprendió lo que ellos habían aprendido. Durante años se entregó día y noche a los trabajos que no se ven, pero que hacían que fuera posible la tarea de los que pretendían desperdigar lo que llamaban fe: cavó fosas, amortajó cadáveres, hizo chozas, recolectó y transportó agua sobre sus hombros, mintió y alguna vez usó la fuerza para defender a la gente en la que creía. Rezó en la oscuridad, comió poco porque lo dio a otros y supo restañar, a solas, las heridas que ocultara a los demás. Y por sobre todo, curó a miles de enfermos, porque le sobrevino un don para esas cosas. Y así cayó enfermo él, muchas veces, pero lo escondió y siguió sirviendo.

Hasta que una noche sintió aquel piquete en el pie y un dolor agudo que pronto le subió por la pierna y, pocas horas después, durante la mañana, se presentaron en él los síntomas que tantas veces había visto en otros. Y como sabía qué debía hacerse, se acercó a los demás y lo avisó.

Apartó sus ojos de la entrada de la cueva y supo que su muerte tardaría mucho en llegar, que su tormento le llevaría días, semanas. Quiso pedir clemencia, pero se dijo: “¿soy acaso yo digno de cambiar mi destino?”. Se respondió que no, que había tenido una vida larga y feliz y que ahora tenía que pagar por su otra vida.

Y vino a él el recuerdo de aquel viejo mercader bajo su espada y entonces rezó y dispuso su alma.

De pronto, Uno con la cabeza embozada en la capucha de su manto, pasó entre la gente, sin empujar, sin roce alguno. Uno que resplandecía pero que nadie veía y que con un casi imperceptible movimiento de su mano hizo que sus ligaduras se aflojaran y las sogas cayeran. Se paró junto a él y esta vez lo miró directo a los ojos.

Sintió otra vez aquel temblor, pero que ahora lo llenaba de paz.

Con voz imperceptible para el oído, Aquel que resplandecía le dijo:

“Ven conmigo, Isajar, hoy es tu día”.